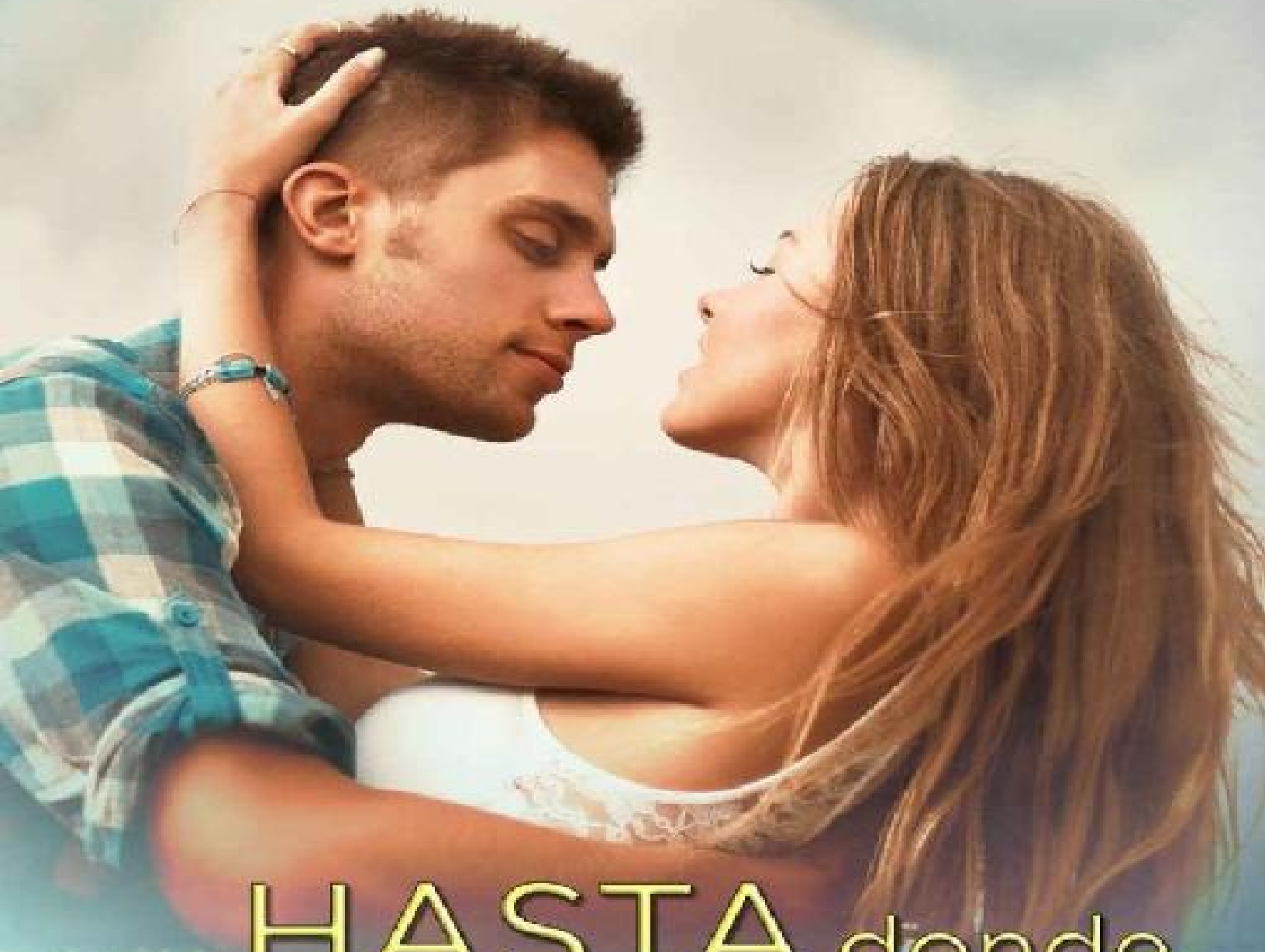


Laure Ever



HASTA donde
NOS LLEVE
EL AMANECEER



Hasta donde nos lleve el amanecer

Laure Ever



HASTA DONDE NOS LLEVE EL AMANECER

Laure Ever

«Alex no cree en las segundas oportunidades, Olivia sí. Descubre la historia de Alex y Olivia, personajes de Solo hasta medianoche.»

ACERCADE LA OBRA

Alex lleva años haciendo todo lo posible para evitar lo desconocido. Teme perderlo todo si se arriesga a cambiar algo de su vida, así que nunca lo hace.

Cuando Olivia decide seguir a su mejor amiga e irse a vivir a su ciudad, no sabe lo que le deparará el futuro, pero está dispuesta a averiguarlo.

Desde el primer encuentro, el mundo de Alex y Olivia se revoluciona y toma un rumbo diferente porque aparecen sentimientos que ninguno de los dos sabe gestionar.

Porque él no quiere arriesgarse a perder a su mejor amiga.

Porque ella no sabe qué hay detrás de su rechazo.

Ellos nunca se han entendido, pero eso no significa que no puedan llegar a hacerlo.

Alex no cree en las segundas oportunidades, Olivia sí.

Porque todos merecemos una.

ACERCADE LA AUTORA

Laure Ever es el pseudónimo que utiliza la autora nacida en Barcelona. Estudió diseño y edición editorial. Desde pequeña, le encanta leer y escribir, no imagina la vida sin los libros.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Prólogo: Alex

1. Olivia

2. Alex

3-Alex

4- Olivia

5- Alex

6- Olivia

7- Alex

8- Alex

9- Olivia

10- Alex

11- Olivia

12- Alex

13- Alex

14- Olivia

15-Olivia

16- Alex

17-Olivia

18- Alex

19- Alex

20- Olivia

21- Alex

22- Olivia

23- Alex

24- Olivia

25- Alex

26- Olivia

27-Alex

28- Olivia

29- Alex

30- Olivia

31- Alex

32- Olivia

33- Alex

34- Olivia

35- Alex

36- Olivia

37 Alex

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Para Miguel, por creer siempre en mí.

Prólogo

ALEX

Desde el primer momento en que la vi, supe que esa chica iba a traerme problemas. Lo llevaba escrito con luces de neón. ¿Por qué no lo vi? Nunca pensé que algo tan pequeño pudiese tener tanta furia en su interior. Era una pequeña fiera que nunca me daba tregua, y eso es lo que más me gustaba de ella. La vi entrar en nuestro apartamento con esa elegancia que tanto la caracterizaba, mirándolo todo con curiosidad, hasta que su mirada se cruzó con la mía.

Fue en ese momento cuando supe que estaba perdido. ¿Quién era esa chica y por qué estaba en mi salón?

—Esta es Olivia—explicó Hope con una pequeña sonrisa de disculpa. Me quedé pensando unos instantes. Accedí a tener una nueva compañera, no a dos. ¿Qué me había perdido?—. Ha venido de visita este fin de semana, espero que no os importe. Ella nunca avisa cuando viene, ¿verdad, Oli? Hay algo llamado teléfono móvil, a ver si lo usas para algo más que no sea mirar las redes sociales —dijo dirigiéndose a su amiga.

Me crucé de brazos y la observé mientras le dirigía una mirada de reproche a Hope. Sonreí divertido.

Iban a ser unos días interesantes.

Desde ese momento no pude dejar de pensar en esa chica morena, terca y malhumorada. Aunque, claro, solo parecía pagar su malhumor conmigo, con David y Hope era una persona completamente diferente. Atenta, divertida..., incluso amable. Sonreía y todo, lo que parecía todo un logro viniendo de ella. A mí solo me dirigía miradas de odio que no entendía muy bien a qué venían.

Desde ese momento nos convertimos en archienemigos, como le gustaba llamarlo a Hope. Mi meta en la vida era hacerla rabiar, y para ella lo más importante en esta vida era tocarme los cojones. Sí, he dicho cojones, ¿qué pasa? Perdonad, pero es que esa chica saca lo peor de mí.

¿Por dónde iba? Ah, sí. Olivia hacía todo lo posible por amargarme la existencia desde que había aparecido en mi vida, o mejor dicho, en mi salón. Algunas veces parecía esa amiga simpática que decía Hope que tenía, pero la mayor parte del tiempo no la soportaba. En cuanto entraba por la puerta ya quería que se largara. Y como nunca avisaba cuando venía, no había manera de decirle que no la quería en mi apartamento. ¿Tan difícil era avisar? Por lo visto sí.

Por esa razón, cuando dijo que se mudaba a Manchester casi consigo que me atragantara con la comida. ¿Había escuchado bien? Daba gracias de que estuviera buscando otro piso en el que quedarse que no fuera este. Porque quería que se fuera, ¿verdad? Lo que pasó meses atrás fue un error, un error que no se repetiría. Del que me arrepentía tanto como ella.

Lo que tampoco esperaba era que se llevara tan bien con su nuevo compañero de piso, Héctor. Me fui de allí hecho una furia, repitiéndome que para mí Olivia no era nada.

Esa pequeña fiera no iba a conseguir confundirme.

La quería fuera de mi vida. O al menos eso intentaba decirme la mayor parte del tiempo

Capítulo 1

Olivia

Unos meses antes...

Cuando me senté en el coche, arranque el motor y puse dirección a Manchester, no lo pensé detenidamente, simplemente me subí al coche, encendí el motor y me dije: ¿por qué no? Nunca había sido demasiado de pensar las cosas. Normalmente era de las que hacían algo y después se paraba a pensarlo.

En esta ocasión, ni siquiera tuve tiempo de hacerlo. Iba concentrada en la carretera, pensando en el tiempo que hacía que no veía a mi amiga y eso me rompía por dentro.

Hope siempre había sido un miembro más de mi familia, y ella lo sabía. Podríamos haberla adoptado si hubiese querido. Sabía lo mal que lo había pasado con su padre, y por esa razón me costó mucho irme a la universidad. Al principio no quería irme porque sabía que, de hacerlo, ella caería. Me prometió que no, pero no pudo evitarlo.

El último día que la vi fue cuando salió del hospital. Me quedé con ella unos días, ya que nadie más lo hacía. Les prohibió a mis padres que se hicieran cargo de ella, pero a mí, por mucho que me lo prohibiera, sabía que no le haría caso. Era cabezota, pero yo aún lo era más.

Así que, ahí me encontraba, después de meses, intentando llegar a una casa en la que nunca había estado. Me pasó la dirección en cuanto se mudó allí, por si algún día quería ir de visita. Tenía mucha curiosidad por su nueva vida. Sabía que lo había dejado todo atrás y que había empezado de cero en un nuevo sitio, y estaba muy orgullosa de ella. Hablaba con Hope todos los días y por eso conocía sus progresos. También había escuchado hablar mucho de sus compañeros de piso: David y Alex.

Alex... ese con el que compartiría unas palabras tan solo verlo. Si lo reconocía, claro.

Hope no paraba de hablar de él. Que si Alex esto, Alex lo otro, como me ayuda Alex, si no fuese por Alex... Odiaba a ese tal Alex, y ni siquiera lo conocía.

Estaba pensando en él y en la rabia que le tenía cuando tiré con demasiada fuerza del vestido y sentí cómo la tela se desgarraba. Mierda, ¿qué me pasaba esa mañana? No tuve más remedio que parar de camino y comprar otro.

Maldito sea.

Me paré delante del edificio y me quedé de piedra al verlo. Era precioso e impresionante. ¿A quién había tenido que sobornar Hope para terminar viviendo allí? Miré la pantalla del teléfono para asegurarme de que estaba en el lugar indicado. Un par de veces, por si acaso. Nunca se sabía. Me alisé el vestido nuevo, que me había costado más de lo que tenía previsto, la verdad. Pero era tan bonito... En cuanto lo vi, supe que tenía que ser mío. Era de color marrón y hacía juego con el sombrero que me compré hacía tan solo unas semanas y que, casualmente, me había puesto esa mañana. Cogí aire y me dirigí hacia la puerta. Muy probablemente habría estado bien llamarla y avisar de que me dirigía hacia allí, pero no me iba demasiado eso de anunciar mi llegada. Me arriesgaba mucho, lo sabía, quizá no estaba, pero entonces ya la llamaría. De momento, quería sorprenderla.

Y al parecer, lo conseguí.

—¿Olivia? —preguntó Hope cuando me vio parada en la puerta de su apartamento—. ¿Qué estás...? —No logró terminar la frase.

—¡Sorpresa! —grité mientras me tiraba a sus brazos. Después de la impresión inicial, me abrazó con fuerza. ¡Cómo la había echado de menos!—. He venido a pasar unos días contigo, ¿no es fantástico?

—¿Días? —preguntó perpleja—. Sabes que puedes llamar antes de venir, ¿verdad? No creo que te pasara nada por decirlo unos días antes. —Hice una mueca.

—Bueno, Hope, ya me conoces. Soy un alma libre. —Ella puso los ojos en blanco—. Además, no creo que pase nada porque me quede aquí un par de días, ¿no? —Se encogió de hombros—. Solo será el fin de semana, tranquila.

—No, claro que no. —Después murmuró algo que no llegué a entender.

Pero en ese momento, no le di demasiada importancia.

Cuando me separé, eché un vistazo a todo lo que me rodeaba, observándolo con detenimiento. Si el aspecto de fuera ya era impresionante, por dentro era aún mejor. Nunca había visto un apartamento así. Y tan limpio.

Yo solo tenía una habitación y... bueno, digamos que no estaba tan limpia y ordenada como debería. Cuando me di la vuelta, me topé con unos ojos verdes que me miraban con curiosidad. Era un chico alto, de cabello oscuro. Un chico muy atractivo, debo añadir.

Se me cortó la respiración de la impresión.

—Esta es Olivia —explicó Hope a ese chico de ojos claros—. Ha venido de visita este fin de semana, espero que no os importe. Ella nunca avisa cuando viene, ¿verdad, Olí? Hay algo llamado teléfono móvil, a ver si lo usas para algo más que no sea mirar las redes sociales —dijo mientras me miraba.

Ese chico se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada.

—Así que Olivia. —No me gustaba nada su mirada—. Soy Alex. —Así que aquel era el famoso Alex. Interesante.

—Como ya sabes mi nombre, no hace falta que me presente —dije mientras me cruzaba de brazos—. ¿Por qué no te apartas? Necesito pasar.

—¿Y tú por qué no te largas? Este es mi apartamento —dijo recalcando la palabra mi—, y tu visita inesperada hace que tenga que cambiar mis planes.

¿Había dicho atractivo? Lo retiraba.

Idiota.

—Vaya, cuanto lo siento —En realidad, no lo sentía ni un poquito—. Lamento haber trastocado tus planes, Alex. No volveré a pasar.

Desde ese día, me prohibí a mí misma avisar cada vez que pisara su casa.

Capítulo 2

Alex

Esa mañana, me levanté con ganas de afrontar el día con energía. Había estado esperando ese momento durante semanas. Y cuando por fin llegó, me sentía muy bien. No podía esperar hasta salir. Para algunos parecerá una tontería, pero para mí era el acontecimiento del año. Durante un solo día pondrían en el cine mi película favorita en versión original, y no podía esperar para ir a verla.

Me había comprado las entradas en cuanto las pusieron a la venta, y convencí a Rachel para que me acompañara. Aunque tampoco me hizo falta mucho para eso. Decirle que después la invitaría a cenar bastó para que me dijera que sí.

Pero un imprevisto hizo que todo mi día se fuera a la porra.

Sonó el timbre y todos nos miramos. No esperábamos a nadie.

—¿Hemos pedido pizza? —pregunté. Normalmente nadie llamaba a nuestro timbre a no ser que hubiésemos pedido algo. Hope se encogió de hombros y saltó de la silla.

Tardó en reaccionar después de abrir la puerta y no pude evitar preocuparme cuando vi que no se movía.

—¿Olivia? —Escuché que decía—. ¿Qué estás...? —No logró terminar la frase. Una voz aguda la interrumpió.

—¡Sorpresa! —gritó alguien que de pronto se tiró encima de ella. ¿Debía de ir a salvarla? — He venido para pasar unos días contigo, ¿no es fantástico?

Había dicho días, ¿verdad? No eran imaginaciones mías.

Cuando me levanté, vi a una chica con el cabello oscuro y un sombrero que parecía más grande que ella. Llevaba un vestido marrón que se le ajustaba al cuerpo, y debo decir que no podía apartar los ojos de ella. Era como si me hubiese quedado hipnotizado.

Hasta se me había olvidado la cita que tenía por la noche.

La vi entrar a nuestro apartamento, mirándolo todo con curiosidad, hasta que su mirada se cruzó con la mía. Tendría que haberme dado cuenta en ese momento de que mi vida nunca volvería a ser la de antes.

—Esta es Olivia —explicó Hope con una pequeña sonrisa de disculpa. Me quedé pensando unos instantes. Accedí a tener una nueva compañera, no a dos. ¿Qué me había perdido?—. Ha venido de visita este fin de semana, espero que no os importe. Ella nunca avisa cuando viene, ¿verdad, Oli? Hay algo llamado teléfono móvil, a ver si lo usas para algo más que no sea mirar las redes sociales —dijo dirigiéndose a su amiga.

Me crucé de brazos y la observé mientras le dirigía una mirada de reproche a Hope. Sonreí divertido.

Iban a ser unos días interesantes.

—Así que Olivia —dije saboreando su nombre en mis labios—. Soy Alex. —Cuando dije mi nombre fue como si hubiese dicho que era el mismísimo diablo. ¿Qué le pasaba? Me fulminó con la mirada, como si quisiera desintegrarme.

—Como ya sabes mi nombre, no hace falta que me presente. —Se cruzó de brazos y yo alcé las

cejas—. ¿Por qué no te apartas? Necesito pasar.

¡Hasta ahí habíamos llegado!

—Y tú, ¿por qué no te largas? Este es mi apartamento. —Recalqué muy bien la palabra mi—. Y tu visita inesperada hace que tenga que cambiar mis planes. —Algo que, por cierto, no me gustaba nada.

Olivia disimuló una sonrisa.

—Vaya, cuanto lo siento. Lamento haber trastocado tus planes, Alex. No volverá a pasar. —Algo me decía que no lo lamentaba para nada.

Dejándome con la palabra en la boca, se alejó de allí y se paró delante de David, con el que fue mucho más amable. ¿Pero qué le había hecho yo? Ni siquiera la conocía.

—No pienso cambiar mis planes —le informé a Hope—. Saldré luego, tal y como tenía planeado.

—Alex, sé que te pido demasiado, pero Olivia solo estará aquí durante el fin de semana, después se irá y no sé cuándo volveré a verla, y me encantaría pasar el rato con mis amigos. Sé que no habéis empezado con buen pie, pero podéis ser amigos, ¿no? O al menos intentarlo. Estoy convencida de que cuando este fin de semana termine, os llevareis mejor.

No sabía lo que estaba diciendo.

—No creo que pase nada porque me vaya unas horas —dije frunciendo el ceño.

—Es de mala educación. Tenemos invitados.

—Se ha invitado ella sola —le recordé—. Yo no le pedí que viniera. —Hope resopló a mi lado. Odiaba que me hiciera parecer culpable cuando no lo era—. ¡Joder! ¡Está bien! Cancelaré mis planes. ¿Contenta? —Hope sonrió y me besó en la mejilla.

—Eres el mejor—dijo con una sonrisa—. Gracias.

—Así que cancelamos lo de esta noche, ¿no? —dijo Rachel al otro lado del teléfono—. Pensaba que tenías muchas ganas de ir.

—Y las sigo teniendo —aseguré—, pero me han surgido otros planes y no puedo hacer nada. Lo siento, Rachel. Te paso las entradas para que puedas ir con alguien, así no se desperdician. —La escuché resoplar al otro lado.

—Solo a ti puede gustarte una película así, Alex —dijo ella—, pero bueno, intentaré que no se echen a perder, no te preocupes. Lo dejamos para otra ocasión, ¿verdad?

—Claro, nos vemos otro día.

Aunque tanto ella como yo sabíamos que eso era mentira.

Cuando bajé, pude ver a Olivia trastear en la cocina, sacando cosas sin colocarlas después en su sitio. Hice uso de toda mi fuerza de voluntad para no ir y decirle de nuevo que se fuera de mi apartamento. ¿Quién se creía que era? No podía llegar y hacer como si fuera su propia casa, porque no lo era.

Hope me vio fulminarla con la mirada y se acercó a mí.

—Intenta llevarte bien con ella, por favor —suplicó—. Solo te pido eso.

¿Llevarme bien con Olivia? Algo me decía que eso iba a ser completamente imposible.

Capítulo 3

Alex

En la actualidad...

—Olivia, ¿puedes quitar los pies de ahí? —le dije por tercera vez consecutiva—. Por si no te has dado cuenta, la mesa es de cristal. —Ella resopló, pero no me hizo caso—. No me obligues a ir —la amenacé. Ella sonrió en respuesta.

—¿Y qué harás? —Me retó—. Me gustaría verlo. —Entonces, el que sonrió fui yo. Algo vio en mi mirada, ya que apartó los pies de inmediato. Intentó levantarse, pero fui más rápido que ella. En un abrir y cerrar de ojos, la tenía subida en mi hombro y pataleando.

—Si no te estás quieta, te tiro aquí mismo.

—Ni se te ocurra —dijo sin dejar de forcejear—. ¡Suéltame!

—Ni hablar. A ver si así la próxima vez no se te olvida que este no es tu apartamento. Y hablando de apartamentos, ¿por qué no estás en el tuyo? —dije mientras avanzaba bajo la atenta mirada de todos mis compañeros de piso.

—Porque quería ver a mis amigos, aunque eso signifique verte a ti también, idiota. —Se agarró a la barandilla impidiendo que pudiera avanzar—. Alex, ¡suéltame!

—Niños, dejad de pelear—dijo Hope mientras nos miraba divertida.

—Dile a tu amigo que me baje —gritó Olivia.

—Dile a tu amiga que deje de poner los pies en la mesa —grité yo. Parecíamos dos niños pequeños—. Discúlpate.

—Nunca —dijo antes de que sus manos resbalaran de la barandilla y se soltara. Cuando vio que me dirigía hacia la puerta de entrada pataleó de nuevo—. Vale, vale. Lo siento, no pondré más los pies en tu estúpida mesa, pero suéltame—. No era la disculpa que esperaba, pero la acepté.

Una vez en el suelo me fulminó con la mirada.

—Idiota —murmuró más para sí misma que para mí.

—Insúltame otra vez y no te dejo volver a entrar. —Ambos sabíamos que eso era mentira.

Odiaba las obras. Las odiaba con toda mi alma, sobre todo cuando parecía que estaban dentro de mi cabeza. ¿Qué narices estaba pasando ahí fuera? Me tapé la cara con la almohada, esperando así silenciar ese ruido salido del infierno que amenazaba mi cordura. Poco después, alguien pareció escucharme, y por unos instantes, pensé ingenuamente que habíamos hecho alguna especie de tregua, hasta que el sonido volvió de nuevo haciendo que me levantara como si me hubieran echado un jarro de agua fría encima.

Abrí la puerta de golpe y puse todos y cada uno de mis sentidos alerta para saber de dónde narices venía ese dichoso ruido. Tuve una corazonada incluso antes de averiguar quién era el culpable de que estuviera levantado a esas horas. El sonido cesó y pude escuchar cómo dos personas intercambiaban opiniones. Ya no tenía duda de lo que estaba pasando. Me dirigí hacia la habitación de mi compañera de piso y la abrí sin pedir permiso a nadie.

Lo más extraño fue que no me sorprendí cuando vi lo que intentaba.

—Amor, ¿me explicas qué estás haciendo? —dije cuando la vi subida al mueble con el taladro

en la mano. Brad estaba a su lado y su cara era un reflejo de la mía.

—Hola, Alex. ¡Buenos días! —gritó. No pude evitar llevarme las manos a la cabeza. Recuerda que es tu compañera de piso, y tu amiga—. Pues estaba colgando un cuadro —dijo como si nada. Arqueé las cejas.

A eso lo llamaba yo venganza por esa vez que la despertamos intentando arreglar la habitación de nuestro nuevo inquilino.

—No me digas. Son las... Ocho de la mañana. —¿De verdad? ¿Pero qué clase de broma era esa?—. ¿No había otro momento para eso? Como, no sé, ¿las doce, quizá? El cuadro no se va a ir a ninguna parte.

—Muy gracioso. Ya lo sé, pero no podía dormir.

—Y por eso has decidido que el resto de tus compañeros tampoco tiene ese derecho que te ha sido robado.

—Más o menos.

—Hope, deja eso en el suelo y hazme el favor de irte a dormir. —Fue lo último que dije antes de cerrar la puerta.

Necesitaba dormir más.

Como era de esperar, no logré volver a dormirme. Tampoco es que me gustara estar hasta el mediodía en la cama haciendo el vago, pero teniendo en cuenta que me había acostado prácticamente a las cinco de la mañana, porque estaba revisando un maldito trabajo que tenía que entregar esa misma tarde, pues unas horas más de sueño no me habrían venido nada mal.

Últimamente me costaba mucho conciliar el sueño, tenía demasiadas cosas en la cabeza y eso impedía que me concentrara en algo más, como, por ejemplo, dormir. En cuanto cerraba los ojos, mi cabeza se dedicaba a enumerarme todas y cada una de las cosas que me faltaban por hacer, y también, todo eso que intentaba olvidar salía a flote cuando la idea de echar una cabezadita parecía de lo más tentadora.

Bajé las escaleras con el perro detrás, un perro que parecía crecer por momentos. En cuanto vi la cara de Hope supe que no iba a tener oportunidad de negarme a tenerlo en casa. No me gustaban los animales, no es que tuviera nada en contra de ellos, es más, este perro me parecía incluso simpático, pero no era bueno cuidando de mí mismo, así que no hablemos de cuidar a un pequeño animal indefenso. En esta ocasión solo accedí porque era Hope la que se haría cargo de él. Ella lo llevó al veterinario cuando Paula lo llevó a nuestro apartamento a escondidas, y se encargaba de todos sus cuidados. Yo solo lo sacaba algunas veces a pasear, pero al parecer, le encantaba perseguirme por todas partes.

Qué suerte la mía.

—Jack, ¿por qué no te tranquilizas, amigo? —Miré al perro que movía la cola con una velocidad que no podía ser normal. Avancé con Jack pisándome los talones. Sabía que era exactamente lo que quería, así que me acerqué a su cuenco de comida y le eché una generosa ración que no tardó en devorar.

Una vez tranquilizado el perro, me serví una taza rebosante de café y el primer sorbo me supo a gloria. Así daba gusto empezar el día, no con un taladro.

Ya no había nada que me sorprendiera de Hope, pero tengo que confesar que con esa idea de colgar un cuadro a las ocho de la mañana se había superado.

Una vez terminado mi primer café de la mañana, me serví otra taza, y no descartaba la idea de servirme una tercera. Si quería afrontar el día, más me valía estar bien despierto.

Capítulo 4

Olivia

Había tardado mucho tiempo en dar el paso, pero por fin había decidido mudarme y cambiar de universidad. Mi madre siempre me preguntaba si era feliz, pero hasta pasado un tiempo no llegué a comprender exactamente por qué me lo estaba preguntando. Echaba de menos a Hope, mucho más de lo que imaginé en un primer momento. Sabía que iba a ser complicado alejarme de ella, y de toda mi familia. Pero, a diferencia de ellos, Hope me necesitaba, y lo supe el día que necesité salir en medio de una clase para ir a verla al hospital. ¿En qué narices estaba pensando? Cuando la encontré de ese modo, frágil y vulnerable, supe que todo debía cambiar. Pero no fue hasta hace unos meses que por fin decidí darle una vuelta a mi vida. La universidad me gustaba, y había hecho buenos amigos, pero no era lo que yo quería.

Así que, después de discutirlo mucho conmigo misma, allí estaba, en una ciudad nueva y en una universidad que no era en la que había pasado los últimos años. Aunque pareciera lo contrario, estaba aterrada.

No me gustaban demasiado los cambios, ni enfrentarme a lo desconocido.

Pero era algo que debía hacer, lo tenía claro.

Irme de mi antigua universidad tampoco supuso demasiado. Tenía algún que otro compañero con el que me llevaba bien, pero tampoco es que hubiese hecho muchos amigos. Siempre que tenía un día libre, o lo pasaba en casa o lo pasaba con Hope y sus compañeros de piso, incluido Alex.

Alex era el protagonista de todas y cada una de mis pesadillas. Hubo una vez en la que pensé que quizá nos podríamos llevar bien. En realidad, era culpa mía que no nos entendiéramos, ya que siempre buscaba la excusa para llevarle la contraria. Pero un día me di cuenta de que nunca nos llevaríamos bien. Lo aprendí por las malas, pero al final lo entendí. Desde ese momento, nuestra relación había sido incluso más fría que al principio, y todos se dieron cuenta de ello. Por nuestra parte, nunca habíamos contado nada, se lo prohibí tajantemente.

Pero, para mi desgracia, era la persona que siempre aparecía en mi mente en los momentos menos indicados.

—Estúpido —murmuré para mí misma, sin poder evitarlo.

—¿Qué dices? —preguntó Héctor, mi compañero de piso, que en ese momento pasaba por mi lado.

Negué con la cabeza.

—Nada, no he dicho nada. —Me incliné encima de la mesa y suspiré—. Estoy reventada, casi podría llorar.

Solo pensar que dentro de un rato tendría que volver a la cafetería conseguía deprimirme. Héctor suspiró mientras se acercaba. Odiaba mi trabajo y él lo sabía. Había perdido la cuenta de las veces que me había quejado de lo mucho que lo detestaba.

—Ese sitio no vale la pena, Olivia —dijo él mientras se sentaba a mi lado—. Deberías buscar otra cosa. ¿Cuántas horas has estado esta semana?

—No quiero ni contarlas —dije mientras escondía la cabeza entre los brazos—. Pero estoy segura de que más de las que debería. —Héctor chasqueó la lengua.

—A eso mismo me refiero. No puedes dejar que hagan lo que quieran contigo, OI i —se quejó—. Tienes que poner límites.

—Lo sé. lo sé. —De verdad que lo sabía—. Pero no tengo nada mejor. Y tengo un alquiler que pagar, ¿sabes?

—Puedo ayudarte unos meses, si con eso me aseguro de que lo dejas.

—Aunque aprecio mucho tu ayuda —dije mientras me levantaba—, necesito el trabajo.

—Pues haz el favor de ir buscando otro. —Aún me reía cuando salí por la puerta.

Sí que era cierto que mi empleo era el equivalente a trabajar en el infierno.

Una jefa que no se pasaba nunca por allí, y si lo hacía era para criticar nuestro trabajo, y una encargada que desaparecía durante todo el día dejándote a solas en un local lleno de gente. Nunca recibía palabras de apoyo y tampoco me felicitaba por el trabajo bien hecho. Si abría la boca era para quejarse de mí o de mis compañeros. Y os preguntareis, ¿por qué seguía allí? Pues muy sencillo, no tenía nada mejor. Había estado buscando trabajo desde que llegué, y por alguna razón solo quisieron contratarme allí. Según la encargada, era un local donde los trabajadores no se quedaban mucho tiempo.

Ahora entendía el porqué. Sinceramente, preferiría trabajar en el infierno antes que volver a pisar esa estúpida cafetería.

Iba pensando en las pocas ganas que tenía de volver a ver a la encargada cuando me sonó el teléfono.

—¿Qué haces dentro de diez minutos? —preguntó Hope nada más descolgar. Miré el reloj.

—Pues no entro a trabajar hasta dentro de una hora, así que no demasiado. ¿Por qué?

—Tengo un descanso dentro de nada y me preguntaba si querías desayunar. Yo invito.

—Nunca digo que no a un desayuno gratis —dije entre risas—. Estoy de camino.

—Perfecto, nos vemos. —Colgó antes de que pudiera despedirme.

Desde que me había mudado a Manchester indefinidamente no podía estar lejos de Hope. Volvimos a los días que pasábamos juntas, una en casa de la otra. Aunque también debo añadir que pasaba más tiempo en su casa que en la mía. Siempre habíamos sido inseparables. Hope era la persona que siempre había estado conmigo, y no quería perderla por nada del mundo. Para mí, era como de mi familia.

Últimamente intentaba evitar pisar su apartamento. Había llegado un punto en el que Alex y yo solo nos peleábamos. Parecía que no podíamos tener una tregua por mucho que lo intentáramos. Le molestaba todo lo que hacía, si ponía los pies en la mesa, en el sofá o en el suelo. Daba lo mismo. Y había llegado a mi límite. Nuestra intención era llevarnos bien, pero no había manera. Y por mucho que lo intentara, no podía sacármelo de la cabeza. Él siempre estaba ahí, con su sonrisa y su mirada que nunca sabía descifrar. Era como si el simple hecho de respirar el mismo aire que él, le molestara.

Nunca se lo puse fácil, y una gran parte de que nuestra relación no funcionara era culpa mía, pero él tampoco es que pusiera mucho de su parte. Más bien era como si no le importara.

Quizá debería hacer algo. O quizá simplemente debía dejar que aquello continuara hasta que uno de los dos se cansara.

Capítulo 5

Alex

Todos pensaban que mi vida era estupenda y no los culpaba por ello, era exactamente lo que siempre había tratado que pensarán. Pero daba la casualidad de que mi vida no era tan buena como se la pintaba a los demás. Desde pequeño había vivido en una familia con dinero, eso siempre crea confusión cuando dices que tener dinero no siempre es sinónimo de tenerlo todo.

No tuve una mala infancia, por si os lo estáis preguntando, ni unos padres que desatendieron por completo a sus hijos cuando éramos pequeños. Tampoco me mandaron a un internado en la otra punta del mundo. Eran unos padres normales, intentaban pasar tiempo con sus hijos, aunque de eso último no es que fueran sobrados. Ambos eran abogados y por ende, yo debía serlo también. Mi padre era dueño de uno de los bufetes más importantes de la ciudad, y no es que no quisiera seguir sus pasos, más bien me daba miedo tropezarme al intentarlo. Mi familia no era conocida por fracasar, y eso me aterrorizaba. Me gustaba mi carrera, me había volcado por completo y había sacado siempre las mejores notas. Quería que mis padres estuvieran orgullosos de mí, pero después, al pensar en dedicarme a ello profesionalmente era donde empezaba a tener dudas.

Quizá no estaba lo suficientemente motivado como para trabajar con mi padre. Era un buen hombre, pero trabajar con él era muy complicado. En el despacho no había lazos familiares, siempre se interponía el trabajo, y eso era algo que me preocupaba. Me gustaba estar con él, pero con respecto a lo laboral prefería mantenerme alejado, siempre lo había intentado, pero cuando empezara a trabar allí..., iba a ser muy difícil mantenerme al margen. Siempre me había dicho que quería que, junto a mi hermano, lleváramos la empresa cuando él no estuviera.

Él siempre me había dicho que estaría orgulloso de mí trabajara donde trabajara. Pero, aunque no lo dijera en voz alta, sabía que quería que mi lugar de trabajo fuera con él, igual que Jack, mi hermano mayor, con el que me llevaba casi cinco años.

Jack era todo lo contrario a mí. Era un chico centrado y siempre había querido seguir los pasos de mis padres y hacerse cargo del bufete. Tenía claro su futuro desde hacía años, algo que a mí siempre me había costado. En mis largas noches de insomnio le daba vueltas al mismo tema: ¿y si al final no quería trabajar en la empresa? ¿Y si todo lo que había creído que quería, en realidad era simplemente lo que me había obligado a mí mismo? No quería despertarme una mañana y comprender que había estado malgastando mi vida durante todos aquellos años. Y tampoco quería que en un futuro me contrataran por mi apellido y no por mi experiencia.

Podíamos añadir algo más a mi larga lista de miedos, una lista que parecía no terminar nunca.

Esa mañana no era ni de lejos la mejor que había tenido. Al salir de la universidad tras entregar mi último trabajo, me sentí más ligero. Había estado noches enteras sin dormir, trabajando duro para que todo quedara lo mejor posible. Me gustaba dar siempre lo mejor de mí. Todo tenía que estar absolutamente perfecto.

Así que ese último trabajo no podía ser menos.

Decidí que podía dar un rodeo antes pasarme por el trabajo. Necesitaba que me diera un poco el aire. Desde hacía unos meses estaba a media jornada en una pequeña empresa que necesitaba

apoyo en el departamento legal. Eran amigos de mi familia, como no, y a mi padre le había entusiasmado la idea de empezar a meterme en el mundo tal y como empezó él. Yo agradecía no empezar inmediatamente a trabajar con ellos. Antes quería saber lo que era hacerlo por mi cuenta, sin tener a mi hermano o mi padre encima.

Nunca hablaba de mi familia y la razón era que no quería que los demás notaran mis inseguridades. Solo podía hablar del tema con Hope. Ella era la única que me entendía y que no me decía simplemente lo que quería escuchar.

Entré en el pequeño local y los diferentes olores a pasteles me abofetearon nada más poner un pie dentro. En una esquina de la tienda vi a Hope recogiendo lo que parecía una lluvia de cristales mientras una chica no dejaba de pedir disculpas a su lado. No había ido allí a molestar, así que me senté en uno de los taburetes que había junto a la barra y esperé pacientemente a que mi compañera de piso se acercara.

—¿Un día duro? —pregunté una vez la tuve delante. Ella resopló haciendo que su flequillo se elevara por unos segundos.

—No sé por qué seguimos teniendo a Anne con nosotros —dijo más bien para ella misma—. De verdad que no lo entiendo. ¡Si prácticamente hemos tenido que renovar toda la vajilla!

Había escuchado hablar de esa chica, era de lo primero que se quejaba al entrar por la puerta.

—Mira el lado bueno, al menos no tienes que pagarlo tú. —Eso pareció convencerla.

Después de hablar unos minutos con Hope e intentar convencerla de que me contara dónde narices había guardado el taladro para tirarlo a la basura y que de ese modo no pudiera volver a usarlo, continué mi rutina y me encaminé hacia el trabajo. No me hacía especial ilusión, ya que se respiraba un aire poco normal en la oficina, así que no tenía prisa por llegar, aún iba con tiempo suficiente para disfrutar de un paseo. Podía sentir cómo envejecía veinte años cada vez que entraba por la puerta. En esa empresa no parecía que nadie fuera feliz, a excepción de la que trabajaba en la recepción. Esa chica era lo único que me motivaba a ir todos los días. Siempre sonreía, aunque tuviera un mal día. Y su sonrisa era contagiosa.

Tenía un buen horario y el sueldo me daba justo para cubrir gastos. No podía quejarme. Había estado trabajando en muchos sitios, no soportaba la idea de estar demasiado tiempo en el mismo lugar.

Nunca había tenido que preocuparme por pagarme la universidad, pero sí que tenía un alquiler que me negué por completo a que me pagaran, y tampoco podía vivir del aire. Cuando me instalé en el apartamento que compartía con mis amigos, hacía meses que nadie lo habitaba. Mis tíos tenían pisos como quien coleccionaba sellos, así que no tuve que insistir demasiado para que me lo alquilaran. Vivir allí había sido una de las mejores decisiones que había tomado en toda mi vida.

Iba tan enfrascado en mis propios pensamientos que no vi cómo una chica se abalanzaba encima de mí. Cuando quise darme cuenta estaba en el suelo mientras escuchaba cómo alguien maldecía. Solo podía ver un montón de pelo oscuro moverse de un lado a otro y me envolvió un aroma que conocía muy bien.

La chica que tenía encima levantó la mirada y sus ojos pasaron de estar avergonzados a estar furiosos. Esos ojos azules que me acechaban cada noche.

—¿Puedes quitarte de encima? —dije intentando controlar mi voz—. Algunos queremos ir a trabajar.

Olivia me fulminó con la mirada antes de apartarse a un lado para levantarse. Hice lo mismo antes de que se le ocurriera pisarme un dedo.

—Has sido tú el que se ha puesto en mi camino. —Resoplé. No estaba de humor—. Así que si no te importa...

Me agaché para recoger ese sombrero negro que últimamente llevaba a todas partes y se lo tendí. Ella pareció recelosa al principio, pero no tardó demasiado en arrancármelo de las manos de un tirón. Sus dedos rozaron los míos y no pude evitar recordar mis manos en su cuerpo. Su piel fina, su tacto...

Ese pelo que antes había sido completamente negro ahora era más castaño. No iba a engañar a nadie diciendo que no estaba preciosa. Olivia tenía los rasgos finos y unos ojos azules que quitarían el aliento a cualquiera. Mentiría si no dijera que eso fue lo primero que me llamó la atención. Pero no me podía permitir estar con ella, era la mejor amiga de Hope, si después de un tiempo algo salía mal... Y seguro que sería así, no quería tener que obligar a mi amiga escoger.

Nunca le haría algo parecido.

—Para nada —dije antes de que pudiera seguir hablando—. Ya nos veremos.

No pude evitar sonreír mientras me alejaba.

Capítulo 6

Olivia

Estúpido Alex. Estúpido, ¡estúpido! No tenía ni idea de por qué lo estaba insultando en esa ocasión, pero ya me ocurriría algo por el camino, no os preocupéis. Seguro que se merecía todos y cada uno de mis insultos. Odiarlo e insultarlo se había convertido en mi pasatiempo favorito. ¿Quién había dicho que odiar a alguien no era divertido? Quien lo dijo, no tenía ni la más mínima idea.

Al principio no lo odiaba, al menos, no demasiado. Simplemente me parecía una persona complicada, de esas a las que les cuesta abrirse a los demás.

Mentiría si dijese que no lo intenté en más de una ocasión, pero nunca conseguí que me dijera más de dos palabras seguidas. Aún con mis recelos hacia su persona, lo intenté, pero fracasé, lo que hizo que me costara mucho más no resoplar cuando él estaba delante. Hubo un tiempo en que él era mi medio de comunicación con mi mejor amiga. Cuando se le acumulaba el trabajo, tenía como costumbre esconder su teléfono y evitar que el mundo se pusiera en contacto con ella. Así que mis opciones eran bastante reducidas. No quise recurrir a él, y siempre era la última opción, pero cuando no tenía más remedio, lo llamaba.

Todo fuese por el bien de Hope, aunque no me lo agradeciera como era debido. Ahora, si quería ponerme en contacto con ella, llamaba a su novio, Brad, que era mucho más simpático.

Aún recuerdo cuando metí la pata y mi sentido común me abandonó por completo, haciendo que mi cuerpo dominara la situación. ¿En qué momento me dejé enredar? Aunque, debo admitir, por mucha rabia que me dé, que fue un día que no olvidaré. Todo iba bien hasta que volvió a comportarse como el capullo que era. Aunque quise arrancarle la ropa desde el primer momento en que lo vi con el ceño fruncido y mirándome con cara de quién eres y qué haces en mi casa, siempre intenté que no se me notara demasiado, y me repetía una y otra vez que eso no debía pasar. Nunca. Hasta que pasó.

Sabía que Alex no era una persona de relaciones largas. Lo sabía por Hope, que siempre se quejaba de ello. No esperaba que me jurara amor eterno después de acostarse conmigo, pero tampoco esperé que me dijera que lo mejor era que eso no se repitiera.

Aunque una parte de mi cerebro sabía que era lo más sensato, hacer como si nada hubiera pasado, la otra parte no estaba tan segura.

Y me dolió escucharlo.

Me costó varios segundos más darme cuenta de que me había quedado parada en el mismo sitio desde que me había tropezado con Alex. Aún sentía sus dedos en los míos cuando me pasó el sombrero.

Suspiré y me puse en marcha. Ya había hecho suficiente el ridículo por un tiempo.

—¿Cómo que estoy despedida? —dije aún sin creérmelo—. ¡No podéis echarme! —Claro que podían, simplemente no podía creérmelo.

—Lo siento, cielo —dijo con una falsa sonrisa—, pero no das la talla para trabajar aquí.

Sabía que eso era completamente falso. Había estado años trabajando en cadenas de cafeterías donde tenías que servir prácticamente cuatro cafés a la vez mientras hacías otros pedidos porque

no dejaba de entrar gente y la cola empezaba a llegar a la esquina de la calle.

En esa cafetería había hecho como mucho un té y un café a la vez. No había punto de comparación. ¿Y tenía las narices de decirme que no daba la talla? Pero claro, ella era la encargada, tenía el derecho de decidir si me quedaba o no. Ella ni siquiera se pasaba el tiempo suficiente detrás de la barra para saber lo que hacíamos y cómo lo hacíamos. Tenía tanto papeleo dentro que no tenía tiempo, o eso era lo que decía. Lástima que ninguno de nosotros se lo creyera.

Las veces que habíamos entrado en el almacén para dejar algunos cartones o recoger cajas, nunca la veíamos tan liada como ella insinuaba.

Aquella mañana estábamos escasos de personal, un compañero había llamado para decir que estaba enfermo y Sofía, mi compañera, no tardaría mucho en finalizar su turno. Eso me dejaba sola a la hora que más gente entraba en la cafetería. Miré el reloj y sonreí ante la idea malvada que se iba formando en mi mente.

Me quité el delantal bajo la atenta mirada de la encargada, que empezó a fruncir el ceño.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

—Me has despedido. No pensarás que me voy a quedar hasta que finalice mi turno dentro de unas horas, ¿verdad? —dije al mismo tiempo que a ella le iba cambiando la cara.

—No puedes... —Empezó a decir.

—Claro que puedo —le corté—. Mírame. —Dicho esto, me di media vuelta y me fui—. Que te diviertas atendiendo a toda la gente tú sola.

No tardé demasiado en recoger mis cosas, no quería pasar ni un minuto más en el local. Es más, esa misma tarde empezaría a poner reseñas negativas como si no hubiera mañana.

Esa odiosa cafetería no había sido mi primera opción. La verdad, habría preferido trabajar con Hope, pero de momento no necesitaban a nadie. Tenía algo de dinero ahorrado porque sabía que quizá no encontraría trabajo inmediatamente. Cuando me contrataron pensé que trabajar allí no estaría tan mal, podía combinarlo con las clases y, sinceramente, eso me iba a venir muy bien.

Me lo habían pintado todo tan bonito que fue imposible negarme: horario flexible, fines de semanas rotativos, vacaciones... Ahora que lo pensaba detenidamente, incluso demasiado. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Estaba tan cegada con la idea de encontrar un empleo que no lo pensé demasiado.

Había estado desde el instituto trabajando en cafeterías y restaurantes, tenía una experiencia que muchos matarían por tener. Bueno, quizá no, pero ya me entendéis. No era el trabajo de mi vida, ya que por algo estaba estudiando, pero no se me daba mal y me gustaba. Se me daba bien el trato con la gente. Era experta en llevar diez platos a la vez, ya os lo demostraré algún día.

—Olivia —dijo Sofía, mi ahora ex compañera de trabajo, mientras se acercaba—. Lo siento mucho. —Parecía apenada de verdad, aunque ella no tenía la culpa—. Sé lo que ha pasado y no tiene nada que ver contigo. —Ahora sí que tenía toda mi atención—. La escuché hablar el otro día con la jefa, diciéndole que quería que su hija empezara a trabajar aquí, pero le dijo que no contratarían a nadie más hasta que uno de nosotros se fuera. —Ahora todo tenía sentido.

—Pues espero que su hija lo haga tan mal que esta cafetería tenga que cerrar. —Sofía sonrió.

—Si te sirve de consuelo, yo también tengo pensado irme dentro de poco y Dylan no creo que tarde mucho en irse también. Sarah se comporta como si fuera la dueña de aquí y no pisa la cafetería a menos que sea para regañar a alguien. Ella, igual que nosotros, debería estar fuera y no dentro haciendo Dios sabe qué. —Se cruzó de brazos mientras resoplaba—. Muchas veces vamos ahogados de trabajo, lo sabe y le da completamente igual.

—Me gustaría ver a las dos trabajando como madre e hija cuando no quede nadie para

ayudarlas a servir mesas.

—Creo que antes dejaría sola a su hija ante el peligro que salir con ella.

Sonreí.

—Tienes razón, no sé cómo no se me había ocurrido antes.

—Espero que nos veamos fuera, podemos quedar los tres un día. —Asentí.

—Claro, tenéis mi teléfono. —Me coloqué el bolso en un hombro y me despedí—. Hasta pronto.

Segundos después, volvía a estar en la calle, y como no podía ser de otra forma, la lluvia me dio la bienvenida.

Podría decirse que me arrastré hasta la puerta de mi apartamento. Al salir no había cogido ni el coche ni la bicicleta. ¿Para qué? Me había dicho, hace un día precioso, vamos a aprovecharlo. En qué momento se me ocurrió esa idea.

Cuando salí de la cafetería, empezaron a caer finas gotas de lluvia que al principio pensé que no pasarían de ahí. Pero claro, me había levantado con el pie izquierdo.

Y cuando me levantaba así, la mala suerte me acompañaba durante todo el día.

Hacía semanas que no sacaba el coche, primero porque no tenía el suficiente dinero como para echarle gasolina y segundo porque había decidido que pagar una plaza de parking era demasiado dinero a fin de mes y lo había dejado en la calle. Estaba segura de que si lo sacaba de allí, no volvería a encontrar aparcamiento nunca más.

Entré por la puerta creando charcos por donde pasaba. Mis compañeros se giraron para mirarme y arquearon las cejas en una sincronía que me asustó.

Ana, que estaba tumbada en el sofá, abrió la boca y la cerró unas cuantas veces, como pensándose mejor lo que iba a decir. Héctor, en cambio, no tardó demasiado en abrir la boca.

—¿Te has metido en la ducha vestida? —preguntó. Madre mía, ¿qué compañeros de piso más graciosos me había buscado!

—Claro, Héctor. Lo suelo hacer cada mañana, ¿tú no? —contesté en el momento en que dejé todas las cosas esparcidas por el suelo. No iba a llevármelas a mi habitación para dejarlo todo perdido después. Ni hablar. Sacaría las cosas e intentaría secar ese desastre en cuanto me secara yo. Me quité las botas de un tirón y las dejé en la entrada mientras me hacía un moño en lo alto de la cabeza.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó obviando mi pregunta anterior.

—Me han despedido. —Decirlo en voz alta hacía que pareciera más real.

Madre mía, me habían despedido. ¿Qué iba a hacer?

—Te dije que ese sitio no valía la pena —miré a mi compañero y asentí.

—Lo sé —dije en un suspiro—, pero era mejor que nada. —Antes de que pudiera decir nada más, estornudé. Lo que me faltaba, resfriarme. Me soné la nariz e hice lo más sensato que se me ocurrió en ese momento: quitarme el vestido. No era la primera vez que mis compañeros de piso me veían en ropa interior. Era lo que tenía vivir en un espacio tan reducido, no había intimidad.

Si alguien tenía que lavarse los dientes y otro se estaba duchando, entraba y se iba tan rápido como podía. Además, no iba a ponerme quisquillosa. Eran un sujetador y unas braguitas. Un conjunto muy bonito, por cierto. ¿Por qué no lucirlo? Estaba desaprovechado.

—¿Nos estás insinuando algo, Olivia? Mira que a mí se me da muy mal eso de decir que no.

No iba a contestar a eso. Me fui al cuarto de baño y abrí el agua caliente, esperando olvidar mis problemas durante un rato.

Lo siguiente que haría, sería llamar a mi mejor amiga.

Capítulo 7

Alex

Llevaba dos horas mirando un documento y, si no fuera porque debía hacerlo inconscientemente, diría que no había parpadeado en todo ese periodo de tiempo. El encuentro con Olivia había hecho que mi mente volara hacia sitios que habían sido vedados, tanto por mi propio bien como por el de mi salud mental. ¿Qué tenía esa chica que hacía que no pudiera pensar en otra cosa? No dejaba de revivir una y otra vez la escena que habíamos vivido horas antes.

Estaba empezando a preocuparme.

No me arrepentía en absoluto de lo que pasó en verano, aunque a ella le hiciera creer todo lo contrario. Tenerla tan cerca hacía que dejara de pensar con claridad, así que tenía que alejarla de la mejor forma posible. Pareciendo un capullo. Podría llevarme bien con ella, pero no podía ser su amigo. Así que prefería que me odiara a que sintiera simpatía hacia mi persona. Hablábamos lo justo y necesario, y siempre era para saber cómo estaba Hope. Era un tema del que podía hablar y mantenerme ocupado para no pensar en otras cosas, como en alargar la mano y acariciarle el pelo, por ejemplo. Era débil con respecto a ella. Pero desde que Brad entró en nuestras vidas, dejó de llamarme, me pregunto por qué sería.

Seguía en mi mundo, muy lejos del trabajo, cuando Elena, la chica simpática de recepción, tocó la puerta con los nudillos. Asomó su cabeza como hacía cada mañana y sonrió.

—¿Te vienes a desayunar? —preguntó con su sonrisa diaria.

—Claro, dame un par de minutos y voy con vosotros.

—Estupendo. —Retrocedió un paso, pero segundos después se acercó de nuevo, como si se hubiera olvidado algo. Levanté la vista—. Por cierto, ¿crees que tendrás el documento listo antes de que te vayas? —Fruncí el ceño.

—No creo que lo tenga listo para hoy, si es lo que me estás preguntando. —Ella negó con la cabeza.

—Quiero decir antes de que te vayas de la empresa la semana que viene.

—¿Me van a despedir? —Puede que llevara en las nubes desde que había llegado, pero ese tampoco era motivo suficiente como para echarme a la calle, ¿no?

—¡Claro que no! Si fuera por nosotros, te quedarías más tiempo, pero tu padre ha llamado esta mañana diciendo que empezarías a trabajar en su empresa a principios de la semana que viene. Nos lo podrías haber dicho antes, nos hemos quedado muy sorprendidos. —Apreté los puños debajo de la mesa.

—Os lo habría dicho de haberlo sabido. —Elena me miró sorprendida

—¿No lo sabías?

—Como siempre, soy el último en enterarme de las cosas, pero tranquila, me he acostumbrado. —Miré a Elena y casi pude ver cómo su mente funcionaba a mil por hora. Abría la boca y después la cerraba. Intenté sonreír para alejar un poco su incomodidad, al fin y al cabo, tampoco era culpa suya—. Déjame recoger unas cosas y me reúno con vosotros en un momento. —No tuve que decirlo dos veces. En cuanto levanté la vista, había desaparecido.

Ojalá pudiese hacerlo yo también.

Mi último día de trabajo fue el peor de todos. Siempre había sido una persona bastante inquieta y se me daba terriblemente mal conservar un empleo. A las pocas semanas me aburría y decidía probar con algo nuevo. Era algo temerario, teniendo en cuenta que necesitaba el dinero para pagar el alquiler, pero no podía evitarlo. En cambio, la oportunidad de trabajar con Joseph en su empresa me estaba empezando a gustar. No me daban todas las responsabilidades, ya que tenía un superior que iba seleccionando los trabajos que debía realizar, pero era la primera vez que me sentía útil de verdad.

Y me lo habían arrancado de golpe y sin avisar.

Mi padre pensaba que todo lo que hacía era por mi bien, pero me habría gustado que antes de tomarse las libertades que siempre se tomaba, me preguntara si, por lo menos, me parecía bien.

Me pasé todo el camino a casa pensando en lo que le diría cuando lo viera.

Aunque seguramente no le dijera nada, pensar en todo eso me tranquilizaba.

Después, cuando lo tenía delante, se me iban las palabras. No es que me intimidara, pero siempre hacía que me lo pensara dos veces. Nunca había hablado con él de lo que significaba para mí, y seguramente nunca lo haría. Una vez le dije que quizá trabajar con él no era lo que quería y pude ver la decepción en su rostro. Me dijo que no pasaba nada, que lo entendía. Me aseguró que si no quería trabajar allí de momento le parecía bien, que igualmente estaría orgulloso de mí, hiciera lo que hiciera. Pero ahora me encontraba con que había rechazado un trabajo por mí, uno que realmente me gustaba. Sabía que no tenía malas intenciones, pero eso no quería decir que no me molestara.

Cuando entré por la puerta todo estaba en silencio, así que me fui directamente a mi habitación, sin dejar de darle vueltas al tema.

Mis pensamientos fueron irrumpidos por el sonido del teléfono. Resople cuando vi quien me llamaba.

—Hola —dije en cuanto descolgué. Odiaba hablar por teléfono y él lo sabía.

—Ya me ha dicho papá que el lunes empiezas a trabajar con nosotros —dijo mi hermano al otro lado del teléfono—. ¿A qué se debe ese cambio tan repentino?

—A qué papá decide por los demás —contesté mientras me tumbaba en la cama. —No tenía ni idea de lo que planeaba. —La risa de mi hermano invadió la línea.

—Ya decía yo que me parecía muy raro que decidieras trasladarte. Papá siempre ha sido así, no se lo tengas en cuenta.

—Ya lo sé. Pero me gustaría que de vez en cuando contara con la opinión de los demás antes de decidir por ellos.

—Mira el lado positivo, nos veremos más a menudo. ¿Cuándo fue la última vez que pasamos un rato juntos? Parece que haya pasado una eternidad desde la última vez que quedamos para comer.

Tenía razón. Antes de terminar las clases, siempre estaba muy liado con los trabajos y los exámenes, y teniendo en cuenta que si no estaba en la universidad, estaba trabajando, eso no me daba margen de tener mucha vida social. Y siendo sinceros, cuando tenía un día de fiesta lo pasaba con mis amigos. Aunque los viera cada día porque vivía con ellos.

Desde la primera vez que vi a David supe que seríamos buenos amigos, y no me equivoqué. Era una persona con la que se podía hablar, te dejaba tu espacio cuando lo necesitabas y siempre estaba ahí cuando tenías un mal día.

Con Hope me pasó algo parecido. El día que la vi en la puerta de la universidad, parecía tan

perdida que algo me impulsó a querer guiarla. Nada más conocerla me encantó su forma de ser, y teniendo en cuenta el fracaso con nuestro antiguo compañero de piso, que se largó sin decir una palabra, decidí tirarme a la piscina y confiar en ella.

Poco a poco fui conociéndola, y cada vez me iba cautivando más. Nunca había sentido más que amistad por Hope, por muy difícil que fuera de comprender, sabía tener amigas. La quería muchísimo, pero nunca traspasé los límites de la amistad, y sabía que a ella le pasaba lo mismo. Nunca me había dado la impresión de que quisiera traspasar esos límites tampoco. Por mucho que David pensara lo contrario.

La llamaba amor porque era una broma entre nosotros. Todo había empezado en nuestro primer día de convivencia, cuando comprendí que algo no iba bien. Siempre tenía una sonrisa en la cara, pero nunca le llegaba a los ojos. Era una máscara para ocultar la tristeza que crecía en ella, y eso no me gustó. Sentí que tenía que hacer algo, así que me propuse sacarle una sonrisa sincera cada día.

Ahora parecía mucho más feliz, aunque no era mérito mío, sino de Brad.

Desde que entró de nuevo en su vida, Hope era una persona diferente, y por fin había arreglado las diferencias con su padre. Aunque, siendo sincero, aún tenía cierta molestia hacia él. La había hecho sufrir durante años, puede que mi amiga lo perdonara, pero conmigo lo iba a tener más complicado.

Brad había sido el último en entrar en nuestro pequeño círculo de amigos, pero no por eso era menos importante. Era un buen tío, y nos habíamos dado cuenta de que teníamos muchas cosas en común.

No sabía qué había hecho para merecerme la amistad de todos ellos. Siempre me había considerado un amigo terrible. Olvidaba las fechas importantes, algunas veces llegaba tarde y no sabía dar buenos consejos.

Un desastre, vamos. Aunque ellos parecían no tenérmelo en cuenta.

Algo que al final, era de agradecer.

Capítulo 8

Alex

El primer día en la oficina no fue tan malo como pensé en un principio, pero sí fue algo extraño. Odiaba que me miraran de la forma en la que todos lo hacían, pensando que me contrataban por quien era y no por lo que sabía. Puede que mi padre me quisiera allí por ser su hijo, pero si no valiera para ello, no lo habría consentido. Se tomaba muy en serio su empresa, no iba a dejar que uno de sus hijos la echara a perder. Por muchas ganas que tuviera de que trabajáramos juntos, como una gran familia. Quizá me habría enviado a otro departamento, o quien sabe, me habría dejado ser libre y trabajar de lo que quisiera.

Pero eso es algo que nunca sabré, ya que para mi suerte o desgracia, fui uno de los mejores de mi promoción.

Suspiré mientras avanzaba, aflojándome la corbata. Odiaba llevar traje, pero en la empresa eran muy estrictos con la vestimenta. No podíamos ir en pantalones vaqueros y camisetas holgadas. Eso sería un signo de rebelión. Así que ahí me encontraba, con mi mejor y único traje, avanzando mientras todo el mundo me prestaba atención. La verdad, había entrado de la forma más arrogante posible. Con la cabeza alta, las gafas de sol y mirando la hora como si tuviera cosas más importantes que hacer que estar ahí. Sí, yo también me habría mirado de la misma forma que el resto de los empleados.

Toqué con los nudillos la puerta del despacho de mi hermano y entré antes de que pudiera decirme que me largara. Cuando me vio entrar de esa guisa empezó a reírse, y aún se estaba riendo mientras me abrazaba.

—¿Quién lo habría dicho? —Se apartó mirándome de la cabeza a los pies—. Alex con traje. Es un día para marcar en el calendario. —Me reí mientras me quitaba las gafas de sol.

—No te pases, no es la primera vez que lo llevo. —Enarcó las cejas.

—¿Es el de la boda de Charlotte? —Me encogí de hombros. Claro que era el de la boda. ¿Tenía pinta de tener más de un traje en el armario? Mi hermano sonrió mientras abría la puerta de su despacho.

—Vamos, te enseñaré un poco esto. —Y, aunque me conocía esa oficina como la palma de mi mano, lo seguí sin decir una palabra.

El día pasó como un borrón. Jack me enseñó la oficina como si no la hubiera visto nunca, me presentó a algunos empleados y me enseñó mi nuevo despacho. Era un poco más grande que la caja de zapatos en la que había estado trabajando los últimos meses, pero no me impresionaba. Al fin y al cabo, iba a trabajar, no a divertirme.

Me dejé caer en la silla de cuero, agradeciendo un poco de tranquilidad.

Había estado toda la mañana andando de un lado a otro y conociendo personas cuyo nombre ya había olvidado. Suspiré y di la vuelta a la silla para ponerme de cara a la ventana que había detrás de mí. El despacho tenía muchísima luz, algo que seguramente agradecería al final de la jornada, ya que no tendría que estar con la cara pegada a los documentos para leer algo.

Mi idea era irme antes que nadie, al fin y al cabo, no había sido de utilidad en todo día, no tenía nada mejor que hacer que pasearme. La que sí veía que estaba de faena hasta al cuello era la

asistente de mi padre. Por lo visto estaban desbordados de trabajo y la pobre no tenía ni un momento libre. Estaban haciendo entrevistas, pero no había nadie que encajara en el perfil que buscaban.

Cuando por fin entré por la puerta de casa, lo primero que hice fue quitarme esa estúpida corbata.

Mucho mejor.

—¿Cómo ha ido tu primer día de trabajo en el infierno? —preguntó Hope en cuanto entré en su campo de visión. Resoplé y me dejé caer en el sofá entre ella y Brad.

—Mal —respondí mientras echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos—, pero podría haber sido peor.

Hope hizo un puchero y recostó su cabeza en mi hombro.

—Pobrecito. ¿Te explotan mucho?

Sabía que trabajar con mi padre sería difícil, pero no había imaginado ni por asomo que sería así.

—He pasado de saber lo que tenía que hacer a no saber hacer nada —confesé—. No es que no quiera más responsabilidades, es que me hubiese gustado estar un poco más preparado. Entré en la empresa prácticamente sin saberlo.

—¿Tu padre no te preguntó antes? —inquirió Brad frunciendo el ceño.

Reí sin ganas.

—Estaría bien que algún día me preguntara algo. Menos mal que estoy acostumbrado. Además, ahora mismo están buscando a un ayudante porque el último se ha ido al poco de empezar. Estaba previsto que se quedara unos meses hasta que el trabajo aflojara y pudieran contratar a alguien más, así que la oficina parece un caos. —Me llevé las manos a la cabeza—. Recuérdame por qué he aceptado trabajar para mi padre.

—Porque necesitas el dinero para no morirte de hambre —dijo Hope mientras me daba unas palmaditas en el hombro.

—Es verdad, gracias. No sé qué haría sin ti, amor. —Erad se rio a mi lado mientras negaba con la cabeza.

—¿Acabas de decir que necesitáis personal? —preguntó ella.

—Sí, eso he dicho. ¿Por qué? —Quise saber.

—Bueno... una amiga de la universidad está muy preocupada porque se ha quedado sin trabajo y necesita el dinero urgentemente para que no la echen del piso. ¿Crees que podría enviar el currículum para ver si encaja en el puesto?

—No veo por qué no. —Me levanté del sofá mientras bostezaba—. En fin, necesito dormir. Te daré la dirección por la mañana, espero que tu amiga tenga suerte.

Hope sonrió mientras yo me alejaba, y tendría que haber sabido que aquella sonrisa no auguraba nada bueno.

Capítulo 9

Olivia

Estuve hablando con mi amiga durante horas, explicándole lo cabreada que estaba con el universo por dejarme sin trabajo y sin dinero para pagar mis facturas. Esa misma noche me llegó un mensaje de Hope diciendo que había hablado con un amigo y que le había dicho que en la empresa donde trabajaba necesitaban personal urgentemente. Así que, sin rechistar demasiado, mandé mi currículo en cuanto mi amiga me pasó la dirección. Sabía que no tenía ninguna posibilidad de conseguir ese empleo, por lo que me había dicho necesitaban a un ayudante en un bufete de abogados. ¿Qué tipo de experiencia tenía yo en ese sentido? Ninguna. Pero estaba desesperada, así que quizá adorné un poco mi experiencia y dije que había estado unos meses más de los que realmente había estado trabajando como secretaria. No era mentira del todo, había estado un verano en la recepción, y no era tan complicado. Solo atender llamadas, podía hacerlo.

El trabajo de camarera me gustaba porque me dejaba compaginarlo con las clases y podía cambiar el horario cuando quisiera, siempre y cuando alguien estuviera dispuesto a hacerlo. Pero normalmente todos éramos estudiantes y nos ayudábamos. No tenía muy claro el horario que correspondía a este empleo, pero puestos a que estábamos en verano y las clases ya habían finalizado, no tendría ningún problema.

¿Qué narices hacía un ayudante? ¿Hacer fotocopias y traer café?

Esperaba no equivocarme.

Lo que no esperaba era que me llamaran por teléfono esa misma mañana.

—¿Diga? —contesté no muy convencida.

—Buenos días. ¿Hablo con la señorita Olivia Davis? —preguntó una voz chillona al otro lado de la línea. Carraspeé.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo? —Eso de hablar con desconocidos no era mi punto fuerte.

—Llamo de la empresa donde ha enviado su currículo hace unas horas. ¿Aún está interesada en el puesto? —Tragué con fuerza. Habría sido un milagro que me contrataran en algún sitio en esas últimas horas.

—Sí, sí, sigo interesada —me apresuré a contestar.

—No voy a engañarla, necesitamos urgentemente a una persona para cubrir un puesto provisional durante unos meses. ¿Cuándo podría venir para una entrevista?

—Ahora mismo. —Bueno, quizá fui algo brusca—. Si no tienen nada que hacer, me refiero. Podría pasarme dentro de una hora, si les va bien.

—Le paso la dirección por correo electrónico. La esperamos a las doce en punto. Pregunte por Cristina cuando llegue y bajaré a buscarla.

Nada más colgar, corrí hacia mi habitación a buscar algo decente que ponerme.

Cuando llegué a la puerta de las oficinas me quedé paralizada. ¿Qué hacía en un bufete de abogados? Estuve tentada a dar media vuelta e irme por donde había venido. Después, mi parte lógica me recordó que no tenía dinero y que necesitaba urgentemente un empleo para pagar el alquiler.

Está bien, Olivia, me dije a mí misma, puedes hacerlo.

Porque podía hacerlo, ¿verdad?

Después de unos segundos y de respirar profundamente unas diez veces seguidas, reuní el valor que necesitaba y crucé la puerta con un nudo en la garganta.

Gracias a las indicaciones que me dio la chica que había en la recepción, encontré el despacho donde tenía que ir. Todos me saludaban cuando pasaban por mi lado, y yo les devolvía el saludo aunque no tuviese ni idea de quienes eran. ¿Serían todos igual de amables? No tardaría en averiguarlo.

No sabía si tenía que entrar o esperar a que me llamaran, así que me alisé el vestido y me senté en uno de esos sillones que había frente a los despachos.

No se escuchaba ni un solo sonido, y eso hacía que empezara a ponerme nerviosa de nuevo. No pintaba nada en ese lugar, ¿por qué había ido? Me levanté dispuesta a marcharme cuanto antes, entonces, la puerta que tenía delante de mí se abrió y salió una mujer morena con un montón de carpetas en la mano.

Cuando se percató de que había alguien más, se giró, así que no se me ocurrió otra cosa que volver a sentarme.

—Olivia, ¿verdad? —Asentí mientras me levantaba de nuevo—. Soy Cristina, hemos hablado por teléfono hace un rato. —Asentí de nuevo—. El señor Dune no podrá hacerte la entrevista, tiene una reunión importante en unos minutos, así que me encargaré personalmente, si no te importa. —Empezó a andar y la seguí—. Podemos ir a la sala de conferencias que hay al final del pasillo, estarás más cómoda.

La seguí sin decir una palabra mientras mi mente me gritaba que aún estaba a tiempo de salir corriendo. No le hice caso.

Abrió la puerta con un poco de dificultad y dejó las carpetas encima de la mesa antes de sentarse. Hice lo mismo.

—Cómo has podido comprobar, vamos un poco desbordados de trabajo. —Asentí, al parecer, no sabía hacer nada más—. Soy la asistente personal del señor Dune, y además de mi trabajo, tengo que hacer otras muchas tareas y, sinceramente, no llegamos a todo. Por esa razón, hemos decidido que sería bueno contratar a una persona para que nos ayude en tareas sencillas como organizar una reunión o imprimir todo lo que sea necesario. —No parecía tan difícil—. ¿Qué experiencia tienes en el sector? —Estupendo, ya podía irme a casa.

Me removí un poco en la silla con ganas de decirle que había sido una equivocación aceptar la entrevista. Estaba asustada, trabajar ahí significaba salir de la zona de confort que me había creado desde que empecé la universidad. Pero no era una cobarde, así que lucharía por este trabajo.

—La verdad, no demasiada —me sinceré—, pero aprendo muy rápido. Estuve trabajando como recepcionista unos meses, atendiendo llamadas, y cuando era necesario también asistía a las reuniones para tomar notas. Soy muy rápida. —Era algo de lo que estaba orgullosa, así que, porque no decirlo—. Prometo que, si me dais el empleo, daré lo mejor de mí cada día, trabajaré las horas que haga falta. Ya he terminado las clases, así que hasta que empiece de nuevo, puedo trabajar a jornada completa, no hay problema. Puedo hacer fotocopias, traer el café, preparar las reuniones..., lo que sea.

Cristina no levantaba la vista de su libreta donde parecía estar anotando toda clase de cosas mientras asentía con la cabeza. Cuando se dio cuenta de que me había callado, se bajó un poco las gafas y me miró.

—¿Hay algo más que quieras añadir? —Negué con la cabeza. Al parecer, también sabía hacer

eso.

Ella asintió y se levantó cogiendo el montón de carpetas que había traído consigo minutos atrás. Con un suspiro, me levanté pensando en darle las gracias por su tiempo y después, desaparecer unas horas.

—¿Te importaría esperar aquí unos minutos? —preguntó mientras hacía malabares para que no se cayeran las carpetas mientras abría la puerta—. Vuelvo enseguida.

—Claro, no hay problema.

Ella sonrió y desapareció por la puerta.

Inspiré hondo mientras me dejaba caer de nuevo en la silla. No sabía si el que se fuera era buena o mala señal. Igualmente, era la entrevista de trabajo más larga que había tenido hasta el momento. Normalmente tardaba entre cinco y diez minutos en finalizar una entrevista. No sabía muy bien el motivo, pero así era.

No habían pasado ni dos minutos cuando el móvil me vibró en la mano.

Hope: ¿Cómo ha ido? ¿Cómo ha ido?

Olivia: Pues la verdad, no lo sé. ¿Es normal que te dejen sentada y se vayan? Nunca me había pasado, así que no tengo con qué compararlo.

Hope: No lo sé. Bueno, quizá han ido a buscar algo porque quieren contratarte.

Olivia: Claro, y un gorrito de fiesta también.

En ese momento, Cristina volvió a entrar por la puerta.

Olivia: Acaba de llegar, hablamos luego.

Hope: ¡Suerte!!

—La verdad —empezó Cristina mientras entraba por la puerta—. Nos gustaría a alguien más especializado en el sector y con más experiencia. —Ahora venía la parte del ya te llamaremos—. Pero necesitamos a alguien urgentemente. —Vaya, eso era nuevo—. Las últimas entrevistas que hemos tenido no han sido lo que esperábamos. He discutido con mi jefe tu experiencia laboral y, aunque no es exactamente lo que buscamos, sí que se ajusta lo suficiente como para contratarte. Que tengas experiencia asistiendo en reuniones y en la recepción nos ayuda bastante, así que hemos pensado que serías una buena candidata para el puesto.

—¿Eso quiere decir que estoy contratada? —pregunté para asegurarme.

—Si no tienes ninguna objeción y puedes traernos todos los papeles el lunes, sí, el puesto es tuyo.

—Claro, ningún problema. Los traeré el lunes a primera hora.

Al salir de la oficina, sentí que me había quitado un peso de encima. Nunca me había sentido tan ligera.

Olivia: ¡El trabajo es mío!

Capítulo 10

Alex

El viernes, al llegar a casa, me dejé caer en el sofá como si no me hubiera sentado en todo el día. Algo que, como ya habréis adivinado, era completamente falso. Me pasaba toda la mañana y gran parte de la tarde sentado, solo me levantaba para ir a buscar un café o al baño. Algunas veces, me daba el lujo de pasearme un poco para poder estirar las piernas. De momento, todo mi trabajo estaba supervisado por Jack, algo que a él le encantaba recordarme. Lo quería, pero algunas veces me gustaría poder callarlo. A primera hora de la tarde, había llegado a mis oídos que el puesto de ayudante ya había sido ocupado, así que no tendría que volver a salir a por un café o a por fotocopias. Lástima, eran mis momentos favoritos del día. En ese instante recordé a la amiga de Hope, la que necesitaba el trabajo. Esperaba que lo hubiera conseguido.

Estaba delante de la televisión cambiando de canal una y otra vez, sin encontrar nada interesante, cuando noté a alguien a mi lado.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me sorprendió Brad. Enarqué las cejas y apagué el televisor.

—¿Qué pasa? —No sabía si preocuparme, pero al ver que parecía tranquilo, me relajé. Me hice a un lado y Brad se sentó.

—Puede que te parezca raro, pero es algo en lo que llevo mucho tiempo pensando. No quiero que te lo tomes mal, simplemente es una pregunta, puedes no responder. —No sé por qué razón imaginé que era lo que me quería decir.

—Adelante —lo animé.

—¿Por qué...? ¿Por qué llamas Amor a Hope? —Sonreí—. Es decir, no es que me importe, la verdad, pero hace tiempo que siento curiosidad por eso.

—¿Sabes? Has tardado mucho más de lo que pensaba en hacerme esa pregunta. David y yo apostamos a que lo preguntarías mucho antes. —Puso los ojos en blanco y yo me reí.

—Me encanta que ganéis dinero a mi costa. —Volví a reírme.

—Pues... la verdad es que todo empezó porque quise que sonriera. Pero no una de esas risas falsas, una que de verdad le llegara a los ojos. Hope... estaba muy perdida cuando llegó aquí, y yo solo quería que se encontrara. Al principio se cabreaba y eso hacía que se olvidara de todo durante los segundos que le duraba el enfado. —En ese momento, Jack hizo su aparición y se sentó en el sofá a mi lado, dejando caer su cabeza en mis piernas—. Después, simplemente se convirtió en una costumbre. —Me encogí de hombros mientras acariciaba al perro.

Brad asintió a mi lado.

—Hope ha tenido mucha suerte de encontraros.

—Y nosotros de encontrarla a ella.

Por un momento se hizo el silencio hasta que, de pronto, algo explotó. Lo siguiente que sé es que teníamos el salón lleno de agua y jabón.

—Pero ¿qué...? —dije mientras me levantaba del sofá de golpe—. Dime que eso no significa que tenemos que comprar una lavadora nueva. —Brad pareció dudar a mi lado y Jack se acercó corriendo hacia la lavadora y empezó a ladrarle como si así pudiera detener el desastre que se

estaba formando en el salón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hope mientras bajaba corriendo—. ¿Habéis empezado una fiesta sin mí? —preguntó parándose de golpe a los pies de la escalera.

—Ojalá. Creo que tenemos que comprar una lavadora nueva.

—No, ni hablar —dijo mientras se arremangaba los pantalones y se acercaba—. Compramos un microondas el mes pasado, y el otro una nueva lámpara. Que pasa, ¿os habéis propuesto renovar todo el salón o qué? —Brad rio a mi lado y yo tuve que contenerme para no hacer lo mismo.

—No es culpa nuestra, amor —dije mientras me llevaba al perro de allí—. Ya sabías que esto ocurriría tarde o temprano.

—Sí, pero no tan temprano —dijo frunciendo el ceño—. ¿Estás seguro de que no hay posibilidad de arreglarla? —Miramos la lavadora, que seguía escupiendo espuma.

—¿Tú que crees? —dije mientras me cruzaba de brazos.

—Mierda, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Iremos a comprar una mañana, seguro que encontramos algo que no sea demasiado caro —dijo Brad mientras se acercaba a ella.

Estábamos fregando el salón cuando alguien llamó a la puerta.

—Ya voy yo —dije mientras me acercaba—. Lo más seguro es que sea David. —Pero al abrir, me di cuenta de que me equivocaba—. O quizá no. Hola, Olivia, ¿qué se te ha perdido hoy por aquí? —Ella hizo una mueca y después me miró de arriba abajo.

—¿De dónde vienes? —preguntó obviando mi pregunta.

—Hemos decidido hacer una fiesta en el salón. ¿Por qué no te unes a nosotros? —Ella dio un paso hacia atrás.

—Creo que estáis un poco ocupados, así que, ya vendré en otro momento.

—Fue a dar media vuelta, pero la cogí del brazo.

—Venga, seguro que te lo pasas de miedo —le dije mientras la guiaba hacia el salón.

—¿Pero qué narices habéis hecho aquí? —preguntó mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—No nos culpes a nosotros, no lo hemos empezado. —Le tendí la fregona y ella se la quedó mirando—. Ya que estás aquí, podrías ayudar.

—Claro, y mientras yo me pongo a fregar, ¿tú que harás?

—Yo iré a buscar la otra fregona, iremos más rápido. —Olivia me arrancó la fregona de la mano y empezó a limpiar a regañadientes—. Has venido en el mejor momento.

—Si lo llego a saber, me quedo en casa —repuso en voz baja.

—Eso te pasa por no avisar, pequeña —respondí burlón. Fui hacia el armario de la cocina y cogí la otra fregona y el cubo. Le pasé a mis compañeros un par de trapos y nos pusimos en marcha.

—¿Qué le habrás hecho a la pobre lavadora para que explote de esa manera? —preguntó Olivia en voz baja.

—Te estoy escuchando —le dije sin mirarla—. ¿Y por qué asumes que es culpa mía?

—No he dicho que fueras tú, pero si te has sentido aludido es por algo. —Dicho esto, moví la fregona en su dirección, mojándole los pantalones.

—¡Alex! —exclamó al notar el agua—. ¡Encima que os ayudo!

—No paras de quejarte, eso no es ayudar. —Fue a decir algo, pero la corté—. Es lo menos que puedes hacer después de presentarte sin avisar.

—Se acabó. —Dicho esto, movió la fregona hacia mi dirección, pero fui más rápido que ella y

me aparté, lo que hizo que aún se enfadara más. La soltó de golpe y se abalanzó hacia mí, con tan mala suerte que resbalé y ambos caímos al suelo. La atraje hacia mí, evitando caer encima suyo, por lo que ambos terminamos tendidos en el suelo mojado del salón. Olivia empezó a reír y yo no pude evitar no hacerlo también—. Que te sirva de lección para la próxima vez.

—Si la próxima vez terminamos igual, no me importa —dije sin poder evitarlo.

—¿Qué hacéis en el suelo? —nos preguntó Hope mientras nos levantábamos.

—Nada —contestamos a la vez. íbamos a ponernos de nuevo a limpiar cuando tocaron al timbre por segunda vez.

—Esta vez sí que espero que sea David —dije mientras abría. Efectivamente, David se encontraba delante de mí, con las bolsas de la compra en ambas manos.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó mi compañero cuando vio el salón.

—Mejor te lo contamos con una pizza —dije mientras cerraba la puerta.

Desde hacía unos meses, habíamos decidido que el viernes era la noche de no cocinar, pero ese mes íbamos a tener demasiados gastos extra, como comprar una nueva lavadora y arreglar algunas cosas que no queríamos que corrieran la misma suerte, así que hasta que no entrara más dinero en casa, no podríamos permitirnos el lujo de pedir comida a domicilio. Tendríamos que apañarnos con lo que había en casa, que debo decir que tampoco era mucho.

Para mi suerte, había los ingredientes suficientes para hacer una pizza, así que me puse manos a la obra.

—¿Qué haces? —preguntó Hope haciendo que casi se me cayera la pizza al suelo. Resoplé y la metí en el horno—. ¡Me encanta la pizza! —exclamó mientras miraba por encima de mi hombro.

—Lo sé. —Metí la segunda en el horno y lo cerré—. Por eso he hecho dos.

—Hope arrugó la nariz.

—No me la voy a comer toda. —Arqueé las cejas—. Lo de la última vez fue un error. —Las arqueé aún más—. ¡Pensaba que ya habíais comido todos! No es mi culpa. —Sonreí.

—Un poco más y nos quedamos sin cenar, amor. —Hope hizo una mueca.

—Lo que tú digas. —Fue lo último que dijo antes de ponerle la correa a Jack y salir por la puerta.

Ese fin de semana me lo tomé con calma, unos días para aclarar mis ideas.

Escribí los pros y los contras de trabajar para mi padre y mi hermano. Uno de los pros que más peso tenía era el de ganar dinero para pagar las facturas, y el contra que más me preocupaba era tener que estar bajo presión casi las veinticuatro horas del día.

Esperaba no convertirme en otra versión de mi hermano. Una versión más joven, pero más alta.

Me pasé las horas arriba y abajo, bajo la atenta mirada de mis compañeros de piso, que me miraban como si me hubiera vuelto loco.

Por esa razón, lo primero que hice el lunes cuando llegué a la oficina fue ir directamente al despacho de mi padre.

—Tenemos que hablar.

Y todos sabíamos que detrás de esas palabras no podía salir nada bueno.

Capítulo 11

Olivia

No sé quién de las dos se tomó mejor mi nueva oportunidad laboral. En cuanto le envié el mensaje, recibí una llamada suya gritando de alegría, como si en lugar de encontrar un empleo, me hubiese tocado el premio gordo. Yo también me alegraba, pero no iba a ponerme a gritar en medio de la calle, aunque sabía que a Hope le daba igual gritar en una cafetería llena de gente. ¿Sentido de la vergüenza? Eso no estaba es su vocabulario.

Continuamos hablando sin parar hasta que llegué de nuevo a casa. Mis compañeros de piso habían desaparecido, así que me fui quitando los zapatos a medida que iba avanzando por el pasillo. Héctor odiaba que lo hiciera. Algunas veces me contenía, pero otras me quitaba los zapatos de una patada y los dejaba por ahí tirados hasta que él me los traía a mi habitación con cara de que sea la última vez. Cosa que tanto él como yo sabíamos que volvería a hacer.

El lunes me levanté con las energías renovadas. Iba a ser mi primer día de trabajo en una importante empresa y tenía que hacerlo bien. No sabía qué habían visto en mí, pero no quería que me echaran el primer día. Por lo que me dijeron, trabajaría directamente para uno de los hijos del dueño, pero también debía hacer otras cosas que ya me irían diciendo. Cristina me iría llamando cuando necesitara que hiciera algo. Me puse lo más profesional que había en mi armario y salí de casa pensando en una frase que me motivara lo suficiente como para no salir corriendo en cuanto llegara a la oficina.

Había sido una mañana de locos. Cuando decían que necesitaban a alguien con urgencia, lo decían de verdad. Aún estaba terminando mi última tarea en el asiento que me habían asignado cuando vi aparecer a Cristina con varias carpetas. Me levanté en cuanto las palabras sígueme salieron de su boca.

—Esto tienes que llevarlo a la planta dos —informó Cristina—. Ordénalos todos por prioridad, te he puesto etiquetas. En esta carpeta de aquí está todo lo que tienes que fotocopiar para la reunión de esta tarde. No te olvides de formar un dossier para cada miembro. Una vez los tengas listos, los llevas a la sala y colocas uno en cada asiento libre. Tendrás que preparar el café y dejarlo en una de las mesas de la esquina. También deberías imprimir esto para Mónica, imprímelo dos o tres veces porque siempre se le olvida y luego no sabe dónde lo ha dejado... Diría que me olvido algo. —Mientras Cristina no dejaba de ponerme carpetas encima, yo hacía malabares para que no se cayeran al suelo.

Había llegado un punto en el que ya no veía por donde caminaba, pero claro, me había dicho que la siguiera. A medida que avanzábamos, iba poniendo alguna carpeta o archivador a la pila que llevaba en brazos, y os juro que pensé que me caería, lo tiraría todo al suelo y tendría que pasar horas ordenándolo de nuevo.

Desde que había entrado por la puerta, me había estado dando órdenes. Olivia ven aquí, ¿ves esa carpeta de ahí? Memorízala... Olivia haz una fotocopia de esto... Olivia, ¿dónde estás?

A ese paso, acabaría odiando mi nombre en un par de horas. También me gustaba que me pidieran las cosas por favor, pero quizá se le había olvidado cómo se hacía. Me había recorrido toda la oficina en pocos minutos y había tenido que memorizar quién había en cada despacho, para

qué servía cada espacio y qué había en cada planta. Creo que lo conseguí. Ya os lo confirmaré cuando tenga que ir al baño.

La perseguí sin ver por donde pisaba durante unos minutos más y después me dejó a mi suerte.

Está bien, Olivia. Puedes hacerlo. Ya lo verás.

Me di la vuelta y conseguí dejarlo todo sobre mi mesa sin perder nada. Una vez conseguí respirar, lo dividí por prioridades. Por el tono de Cristina, adiviné que lo de clasificar era lo más importante, así que lo recogí todo y me dirigí hacia la segunda planta.

Una hora después, subía corriendo por las escaleras porque el ascensor había decidido tomarse la mañana libre, y por mucho que le diera al botón, se negaba a bajar. Había estado demasiado rato clasificando, así que tenía poco margen para ir a mi mesa, fotocopiar todo y dejarlo en la mesa de reuniones. Si llegaba viva a mi apartamento, sería de milagro. Llevé los papeles hacia la fotocopidora y me paré delante intentando averiguar cómo funcionaba. Varios minutos después, aún no lo había conseguido.

—Vale, esto no puede ser tan difícil... ¿Por qué tiene tantos botones? Vamos a ver, es una fotocopidora, solo debería de tener uno, le das y te fotocopia lo que esté debajo. ¿Por qué complicarse tanto? —Había empezado un monólogo interior cuando vi que esa máquina tenía más botones de los que había visto en mi vida—. Entonces... —Un carraspeo me sacó de mis pensamientos y de mis ganas de empezar a pegarle patadas a ver si así se rompía y me libraba de tener que hacerlo. Me giré y vi a un chico que intentaba hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír. Lo que menos necesitaba ahora era que se rieran de mí.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el chico.

Lo fulminé con la mirada. ¿Hacía falta preguntarlo? Era obvio que la necesitaba. Lo miré de reojo de nuevo, iba impecable. Un traje más planchado de lo que nunca había estado mi ropa, unos zapatos que tenían que costar más que lo que pagaba de alquiler al mes... Supongo que os hacéis una idea.

—No. —Olivia, ¿se puede saber que estás haciendo?—. Está todo controlado, ¿no lo ves? —El chico arqueó las cejas. Estaba claro que no lo había logrado engañar. Intenté disimular, como si en realidad supiera lo que estaba haciendo, pero no se lo tragó.

—Es bastante fácil de usar, una vez sabes cómo va. —Se estaba riendo de mí.

—No tengo culpa de que en mi primer día me manden fotocopiar un montón de cosas, pero se les olvide decirme cómo funciona esta maldita máquina. —El chico en cuestión se acercó a mí, le dio a dos botones y la fotocopidora empezó a escupir papeles. ¿De verdad?—. Dime cómo has hecho eso. Llevo más de diez minutos intentando averiguar cómo funciona. Estaba por mirar si había un manual de instrucciones.

—Solo tienes que darle aquí, y... aquí. —Asentí. Iba a ser cierto eso de que no era tan difícil.

—Entonces, ¿los demás botones? —pregunté extrañada. Él se encogió de hombros—. Ah, fantástico. —Empezó a reírse de nuevo y estiró su brazo hacia mí.

—Jack —me dijo con una sonrisa. Ladeé la cabeza, esa forma de sonreír... y esos ojos de color verde me recordaban a alguien, pero no sabía a quién exactamente.

—Olivia. —Estreché su mano y sonreí—. La asistente que espera no perder el empleo en su primer día.

—No lo creo, mi padre lleva intentando contratar a alguien desde hace semanas. Ahora que lo ha encontrado, no creo que te deje escapar. Nos vemos, Olivia. —Se dio la vuelta y se fue.

Había dicho su padre, ¿verdad?

Sí, eso pensaba.

Mierda.

Intenté no pensar demasiado en que había quedado como una completa imbécil delante del hijo del jefe, al menos delante de uno. Esperaba al menos causarle mejor impresión al segundo. Por lo que había escuchado, el señor Dune tenía dos hijos. Cada vez que pensaba en el ridículo que acababa de hacer, me daban ganas de darme cabezazos contra la fotocopiadora. Habría pensado que era una inútil, y tenía todo el derecho de hacerlo. Me lo imaginaba con su padre, en el despacho: pues la nueva asistente no sabe ni usar una fotocopiadora, ¿puedes creerlo? Ja, ja, ja.

Sacudí la cabeza apartando esos pensamientos de mi mente. No solucionaba nada torturándome a mí misma. Lo recogí todo y miré hacia atrás un total de diez veces, asegurándome de que no me dejaba nada, y en una de esas, choqué con algo, haciendo que todo lo que llevaba en las manos volara por los aires.

Estupendo.

Me dispuse a recogerlo todo antes de que nadie se diera cuenta, cuando noté una mano rozando la mía.

—Lo siento —murmuré rezando para que me tragara la tierra. No quería saber con quién me había chocado, pero al levantar la mirada lo vi.

Debía estar volviéndome loca.

—¿Olivia? —preguntó una voz que conocía muy bien.

Mierda.

Otra vez.

Capítulo 12

Alex

—Tú dirás, hijo. —Mi padre me miró mientras juntaba sus manos, un gesto muy propio de él. Cogí aire, y me dispuse a contarle todas mis dudas, todo en lo que había estado pensando en los últimos días.

Podía hacerlo.

—Lo he estado pensando mucho y si he aceptado trabajar aquí es bajo la condición de que no me presiones y de que no me des algún trabajo solo para ponerme a prueba. No quiero tener que hacer algo para lo que no estoy preparado, déjame que avance a mi ritmo y no al que tú quieres. —Mi padre se quedó pensativo unos instantes y después empezó a hablar.

—Alex, no te dije que vinieras a trabajar aquí para ponerte a prueba, no te lo habría dicho si no supiera que estás capacitado para hacer este trabajo. Tienes miedo, y lo entiendo, pero estabas desaprovechando la oportunidad de dar todo de ti, te gustaba ese empleo, pero porque era fácil. Si en un tiempo ves que esto no es lo que quieres hacer el resto de tu vida..., siempre puedes irte, no voy a retenerte aquí contra tu voluntad. Sé que empezaste la carrera por mí y por tu hermano, se te da bien, realmente bien, Alex. Tienes mucho potencial, pero eso no quiere decir que te guste. —Respiró hondo y se levantó de la silla—. Te propongo algo: quédate por un año. Sí después ves que no es lo que quieres hacer, eres libre de irte y hacer lo que tú quieras. Pero no te rindas antes de intentarlo.

¿Tenía razón mi padre? ¿Me estaba rindiendo antes de empezar?

—¿Trato hecho, hijo? —preguntó.

—Trato hecho.

Después de eso, hablamos un poco de todo lo que haría durante ese tiempo.

Mi hermano me iría dando lo que él viera que podía hacer. También estuvimos hablando de la nueva asistente que habían contratado, y en un principio, trabajaría conmigo, además de hacer de refuerzo de todo lo que Cristina, que era la asistente de mi padre, no pudiera llevar. Pobrecita, ahora hasta me sentía culpable por haberle mencionado el empleo a Hope. Cristina era buena persona, y muy profesional, pero solía ahogar de trabajo a otras personas. Así que supuse que la chica que había visto llevando un montón de carpetas era la nueva.

Salí de su despacho sintiéndome un poco más ligero. Necesitaba tener esa charla y había ¡do mucho mejor de lo que había imaginado.

—¿Cómo ha ¡do? —preguntó mi hermano en cuanto me vio. Me encogí de hombros.

—Bien. Creo. —Me llevé las manos a la cabeza—. Hemos estipulado un plazo de un año. Si veo que no es lo que quiero, me iré.

Jack asintió.

—Es lo justo. Siempre he pensado que estabas haciendo esto por nosotros y no por ti. Sinceramente, nunca pensé que llegaría el día en que trabajaras aquí.

—Sonreí—. He conocido a la nueva asistente —dijo cambiando de tema.

—¿Ah, sí? —pregunté con curiosidad—. ¿Cómo es?

—Creo que te lo pasarás bien con ella —dijo entre risas mientras yo fruncía el ceño—. Nos

vemos en la reunión, hermano. —Dicho esto, desapareció.

Seguí mi camino en dirección al despacho, suponiendo que tendría trabajo que hacer, pero no logré llegar muy lejos.

Cuando quise darme cuenta, había chocado con alguien y una lluvia de papeles empezó a caer sobre nosotros. Me agaché a ayudar a quien fuese que había chocado conmigo. No tardé demasiado en darme cuenta de que era una chica. Tenía el cabello castaño que le caía por la cara. Su aspecto me resultaba familiar, pero no fue hasta que se colocó un mechón detrás de la oreja que la reconocí.

Parpadeé. No podía creerlo. ¿Olivia era la chica nueva que habían contratado? Ante esa pregunta estúpida que me había formulado a mí mismo, muchas cosas me cuadraron, empezando por Hope diciéndome que una compañera de universidad estaba buscando trabajo. ¿Cómo no caí antes?

—Lo siento —dijo Olivia sin ni siquiera levantar la mirada y fijarse en que era conmigo con quien se había chocado.

—¿Olivia? —pregunté, aun sabiendo perfectamente que era ella. Al verme se quedó muda, así que opté por seguir hablando—. Ya sé que me echas de menos, pero tampoco hacía falta que te colaras en mi trabajo. —Sentí cómo todo su cuerpo se tensaba. Poco a poco levantó la mirada y un gesto de horror invadió su rostro cuando se dio cuenta de quién era. Hice una mueca, tampoco era para tanto.

—¿No serás tú el que me persigue? —dijo cruzándose de brazos—. De todos modos, ¿qué estás haciendo aquí? —Alcé las cejas. ¿Me lo estaba preguntando en serio?

—Bueno, dicen que de vez en cuando no está mal pasarse por tu propia empresa. Ya sabes, para que te respeten y esas cosas. —Frunció el ceño.

—Eso es ridículo, tú no tienes ninguna empresa.

—Aún —puntalicé. Aunque, si podía evitarlo, esperaba que nunca cayera sobre mí esa responsabilidad—. Es de mi padre, pero mi hermano y yo nos haremos cargo algún día.

—Eso no puede ser —negó ella—. Esta es la empresa de los... —Pareció pensárselo mejor—. ¿Cómo dijiste que te apellidabas?

—Dune —dije con una sonrisa—. Y usted, señorita Davis, tiene trabajo que hacer. —Sabía que me estaba comportando como un capullo, pero no podía evitarlo—. ¿No tienes que preparar una reunión?

Mi hermano tenía razón, me lo iba a pasar muy bien.

Una vez en mi despacho, me puse a pensar en todo lo que podría hacer para sacar a Olivia de sus casillas. Nuestra relación había sido así desde el principio. Tenía la ligera sospecha de que me odió simplemente con mirarme.

Nunca había entendido por qué, pero estaba claro que le hice algo sin ni siquiera conocerla. Después me odió aún más, si se podía. En ese sentido la entendí, yo también me odiaría a mí mismo después de lo que le hice.

Pero por mucho que lo intentara, no podía sacarme esos ojos azules de la cabeza.

Horas después, seguía igual. Intenté que no se notara demasiado que no lograba quitar la mirada de ella. Se había recogido el pelo en un moño, que le caía desordenado por el cuello, y aún estaba repartiendo carpetas cuando entré con mi hermano por la puerta. Jack me indicó con la cabeza que era la nueva ayudante y asentí como si fuera la primera vez que la veía. En algún momento tendría que decirle que la conocía más de lo que me gustaría, pero en ese momento me lo guardé solo para mí. Olivia parecía preocupada. Me hubiese gustado acercarme y decirle que

todo iba a salir bien, pero me había propuesto alejarme de ella lo máximo que pudiera. Estar trabajando a su lado no ayudaba para nada. No podía hacer que la despidieran, no era tan cruel, y tampoco quería que renunciara ella misma al empleo, pero sí que quizá podría divertirme un poco a su costa.

Solo un poco, para devolverle las veces que había venido a mi apartamento sin avisar.

Me senté en mi sitio, junto a la ventana, esperando pacientemente que fuese mi turno para que me diera una de las carpetas. Cuando llegó, fruncí el ceño.

—Esta está un poco arrugada de la esquina, ¿lo ves? —Olivia empezó a sonrojarse, y no de vergüenza.

—Yo no veo nada —admitió—. Está perfectamente, no le pasa nada a la carpeta.

—¿Me puedes dar otra? Esta no me gusta. —Con un resoplido, me tendió otra carpeta.

—¿Te gusta esta? —Negué con la cabeza.

—Prefiero la que tienes ahí —dije señalando la penúltima—. Sí, quiero esa—. Sé que Olivia estaba haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no tirarme todas las carpetas naranjas encima. Cuando me la tendió, sonreí.

Antes de que pudiera decirle nada más, pasó a la siguiente persona.

Aún no había empezado la reunión cuando repartió los cafés. Iba de un lado a otro, rellenando los vasos de cartón y entregándolos a los empleados. Era difícil que me diera el café tal y como me gustaba, pero eso me daría oportunidad de volver a sacarla de sus casillas. Cuando me tendió el mío me sorprendí. Era un café hasta la mitad del vaso con una simple gota de leche.

¿Cómo lo sabía?

—Está frío —me quejé cuando le di un sorbo. Olivia resopló.

—Lo acabo de hacer, es imposible que esté frío —se quejó.

—Pues lo está, ¿me lo puedes calentar un poco? —Respiró hondo antes de contestar.

—Espérate a que sirva a todo el mundo y te lo traigo.

Y así fue. En cuanto sirvió el último café, me lo arrancó de las manos y se lo llevó. Supuse que iría a la cocina, era el único lugar que disponía de microondas.

—¿Dónde va? —preguntó Jack extrañado.

—Mi café estaba frío, así que se ha ofrecido a calentarlo un poco en la cocina. Ahora vuelve. —Arqueó las cejas.

—Vaya, eso es dedicación. —Intenté no reírme. Si supiera lo que pasaba de verdad, me llevaría una buena bronca.

Minutos después, Olivia volvió con una bandeja y me tendió el vaso humeante de cartón.

—¿Así está mejor? —preguntó con una sonrisa tensa bajo la atenta mirada de todos los empleados.

—Está un poco caliente. ¿Me lo cambias de vaso? —Aún no sé cómo no me gané que me tirara el café a la cabeza. Lo cambió de vaso con una rapidez impresionante y me lo dejó delante sin preguntar.

No me dio tiempo a decir nada más, empezaba la reunión.

Una vez de vuelta a mi despacho, tardé demasiado en terminar todo lo que había encima de la mesa. Quería ser eficiente, no dejar nada para el día siguiente, y si para ello debía quedarme algunas horas más, lo haría. La reunión había ido mejor de lo que pensaba y me di cuenta de que Olivia sabía lo que se hacía. Mi padre estaba encantado con ella. Poco después, entró en mi despacho y después de dejar en mi mesa unos documentos, se fue sin decir una palabra. Supongo que me lo merecía.

A las ocho, dejé de mirar el reloj porque me cabreaba conmigo mismo por no poder hacer las cosas a un ritmo normal. La música de mi teléfono me hizo salir de la espiral en la que yo mismo me había metido.

—¿Diga? —dije con desgana mientras me llevaba el teléfono móvil a la oreja. Durante unos segundos no se escuchó nada al otro lado y pensé que quizá se habían equivocado de número—. ¿Hola? —¿Quién llamaba para no decir nada?

—Alex. —Una voz añorada y asustada apareció al otro lado de la línea. Tuve que mirar la pantalla para asegurarme de que era ella de verdad. ¿Por qué me llamaba a mí y no a su hermano?

—¿Paula? —pregunté aun sabiendo la respuesta—. ¿Pasa algo? —En realidad estaba empezando a asustarme.

—¿Puedes... puedes venir a buscarme? —Podía escuchar cómo se sonaba la nariz—. Por favor. —No le hicieron falta esas últimas palabras, ya estaba cruzando la puerta de la oficina.

—Pásame la ubicación inmediatamente y ni se te ocurra moverte de ahí, ¿entendido? —dije mientras bajaba las escaleras a toda prisa—. Llegaré en unos minutos.

Aceleré el paso hasta que me metí en el coche.

Una voz desde mi teléfono me avisó de que había llegado al lugar donde se encontraba la hermana de David. De un tirón, lo saqué de su soporte y salí del coche dando un portazo. Había anochecido y no había rastro de Paula por ninguna parte. David no había dicho que tenía pensado traer a su hermana, así que supuse que no tenía ni idea de que ella se encontraba en la ciudad.

Anduve sin rumbo por toda la estación, mirando hacia todas las direcciones posibles, pero no la encontraba por ninguna parte y estaba empezando a ponerme nervioso. No era normal que me llamara a mí antes que a su hermano, como tampoco lo era que lo hiciera llorando. Paula era una chica que siempre sonreía y estaba llena de vida. Que no quisiera que viniera a casa no tenía nada que ver con ella, más bien con su forma de hacer las cosas. Tampoco me gustaba que lo hiciera avisando con tan solo unas horas de antelación. Odiaba los cambios, y si tenía planes no soportaba tener que cambiarlos. Quizá nunca le había dado la bienvenida como se merecía, pero traer animales al piso tampoco hacía que su presencia fuera más tolerable. Era como un pequeño torbellino, uno incapaz de quedarse quieto.

Me paré en seco cuando vi a alguien sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas. Tenía el pelo largo y de color azul, así que no me lo pensé dos veces para correr hacia donde se encontraba. Me agaché a su lado y le pasé la mano por los hombros. Ella se sobresaltó, y levantó la mirada con el pánico dibujado en los ojos. En cuanto me vio, las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas y se abalanzó sobre mí.

—Paula, me estás preocupando —le dije mientras la abrazaba, pero ella no dejaba de llorar, lo que hacía muy difícil mantener una conversación. La aparté un poco y le sequé las mejillas con los pulgares—. ¿Me cuentas qué ha pasado? —Estaba empezando plantearme pegar a alguien. Tras unos segundos en silencio, empezó a hablar.

—Estaba en casa de Jennifer, una amiga de Penelope, que nos había dicho que podíamos pasar allí unos días estas vacaciones. A mí me hacía mucha ilusión ir, así que acepté. No pensé que acabaría odiando estar allí. Llevábamos tres días en la casa y ya no aguantaba más, todos los días eran fiestas, parecía que en lugar de una casa de verano fuera una discoteca. Les dije que quizá podrían tomárselo con más calma, que en lugar de pasar la noche bebiendo y el día durmiendo podíamos hacer algo como tumbarnos al sol o pasarlo bien en la piscina. Pero se rieron de mí, en mi propia cara. Me dijeron que era una aburrida. Así que esa tarde, cuando me negué a bajar, me sacaron a la fuerza a la calle y me dijeron que ya no era bienvenida. —Apreté los puños hasta que

me dolieron. ¿Qué clase de amigas eran? Paula empezó a llorar de nuevo, así que la atraje hacia mí y la abracé—. David me dijo que no eran buenas amigas y que me arrepentiría de irme con ellas, pero no quise escucharle. Sé que no te caigo bien y que odias que esté en tu casa, pero solo con que me dejaras pasar esta noche... —No la dejé terminar.

—Paula, eso no es verdad —dije mientras le pasaba la mano por la espalda—. Simplemente no me gusta que mi salón esté lleno de animales. —Noté cómo se reía y eso me relajó un poco—. Aunque aún no te he dado las gracias por traer a Jack a casa. —Ella se encogió de hombros. La aparté un poco y sonreí—. ¿Quieres comer algo? Yo invito. —Asintió y ambos no pusimos en marcha.

Cuando le dije a David que había ido a buscar a su hermana a la estación, casi le da un ataque al corazón. No sé si estaba más enfadado conmigo por no decírselo antes o con Paula por irse sin llamarlo. En ambos casos, estábamos en problemas, así que, después de cenar, decidimos dar un pequeño rodeo antes de llegar al apartamento. Casi la pierdo cuando vio a un gato negro al final de la calle, pero mis reflejos fueron lo suficientemente rápidos como para tirar de ella antes de que cometiera una locura. No iba a cambiar nunca.

Abrí la puerta de casa y David no tardó ni dos segundos en venir hacia

Capítulo 13

Alex

—¿Me puedes decir en qué estabas pensando cuando decidiste que era buena idea que Olivia y yo trabajáramos juntos? Porque me encantaría escucharlo.

—Pues...eh... —Pocas veces dejaba a Hope sin palabras, así que intenté disfrutar de ello unos segundos.

—Sigo esperando, Hope. —Me crucé de brazos mientras la miraba intentando que la sonrisa que asomaba en mis labios no me delatara.

—No uses el tono jefe conmigo, Alex —me dijo apuntándome con el dedo—. Es mi amiga, ¿qué querías que hiciera? Se había quedado sin empleo, tiene el apartamento, las clases... el dinero que tiene ahorrado no iba a durar para siempre.

—Decirlo claramente habría ayudado. —Me aclaré la garganta—. Algo así como: ¡oh, Alex! Olivia necesita trabajo, ¿crees que podría hacerme un favor y hablar con tu padre? ¿Ves? No es tan complicado.

—Yo no hablo así. —Ahora fue su turno de cruzarse de brazos—. Además, ¿bromeas? Nunca le habrías dado el trabajo sabiendo que era Olivia. —Enarqué las cejas.

—¿Me puedes explicar por qué exactamente no le habría dado el puesto? —pregunté irritado.

—Oh, vamos, Alex. Olivia no te cae bien, estaba claro que...

—¿Me estás diciendo que no habría contado con ella simplemente porque no nos llevamos bien? —la corté—. Hope, pensé que me conocías mejor.

—Alex...

No esperé a que terminara la frase. Fuera lo que fuese lo que quería decirme, no quise escucharlo.

No disimulé mi enfado. Al llegar a mi habitación no pude evitar ser el Alex adolescente y cerrar de un portazo. Me tiré encima de la cama esperando a que esta se llevara todos mis problemas, cosa que obviamente no fue así.

¿Mis amigos me veían de esa forma? Hope no creía que pudiese dejar las diferencias con Olivia durante una pequeña fracción de tiempo, ofrecerle mi ayuda cuando era obvio que la necesitaba. No. Estaba claro que Alex tenía que darle la patada. Paula pensaba que iba a dejarla tirada en la puñetera estación de tren. ¿Quién quería enemigos teniéndolos a ellos?

Sí que era verdad que nunca le había dado la bienvenida a Paula cuando de pronto David aparecía con ella, ni a Olivia cuando se presentaba en la puerta de nuestro apartamento con una maleta en la mano, pero no era culpa mía. Todos sabían lo que opinaba de los planes improvisados y de las visitas sin avisar, esas que se iban a prolongar por días. Todos teníamos nuestros defectos y ese era uno de los míos. Tampoco costaba demasiado marcar un número de teléfono y avisar unos días antes.

En esos momentos me llegó un mensaje al teléfono.

Paula: ¿Puedo pasar?

No, definitivamente no costaba demasiado.

Cuando Paula entró, estaba en la misma posición que cuando me dejé caer en la cama. Ni

siquiera abrí los ojos cuando ella se sentó, tampoco lo hice cuando se tumbó a mi lado.

—No eres mala persona, Alex —dijo a mi lado—. Simplemente no sabes gestionar los cambios. —Bufé y ella empezó a reírse—. Gracias por lo de hoy. Tenía miedo de decírselo a David, él..., es demasiado protector conmigo. Bueno, ya lo conoces, el papel de hermano mayor se le ha subido a la cabeza. No sabía a quién acudir, pero lo que sí sabía era que si te llamaba, vendrías, porque eso es lo que haces, ayudar a las personas que te necesitan, a tu familia. Y sé que por mucho que te quejes todos nosotros somos tu familia. Para mí, eres como mi hermano.

—Enana, al final me harás llorar. —Con una carcajada, Paula se tiró encima de mí, haciendo que su abrazo me pillara completamente desprevenido—. Ya sabes que por muy gruñón que sea nunca te dejaré tirada, ¿verdad? —Ella asintió y yo sonreí. Quizás el papel de hermano mayor tampoco se me daba tan mal.

Respiré hondo, intentando saborear la tranquilidad que se respiraba en ese momento, sabiendo que, de un momento a otro, se evaporaría. Supe que no me equivocaba cuando David entró de pronto frunciendo el ceño.

—Oh, vamos. ¿Es que nadie sabe lo que es llamar en esta casa? —me quejé.

—¿Qué está pasando aquí? —Advertí un tono amenazante en su pregunta que decidí pasar por alto—. Alex...

—Oh, vaya. Nos ha pillado, ¿ahora qué hacemos? ¿Deberíamos fugarnos para que nuestras familias no nos impidan estar juntos? —dijo mientras se llevaba una mano al pecho.

—Paula, no le des más razones a tu hermano para que me pegue un puñetazo. —Me incorporé en la cama mientras me frotaba las sienes. Solo quería un poco de tranquilidad, ¿era demasiado pedir?—. ¿Qué pasa? —Intenté sonar lo menos irritado posible.

—No lo sé, dímelo tú.

—Venga ya, ¿en serio? —Poco a poco su rostro se fue relajando, por lo que supuse que estaba entrando en razón—. ¿Por qué todos pensáis lo peor de mí? Y de tener algo con tu hermana —David fue a hablar, pero le corté— que no es el caso, ¿tan malo sería? Es decir, ¿me ves capaz de hacerle daño? —El rostro de David se contrajo.

—Joder, claro que no. Pero entiéndeme, entro y os veo tumbados en la cama, ¿Qué quieres que piense? —Lo fulminé con la mirada.

—Yo que sé, oye mira, me duele la cabeza. ¿A qué has venido?

—Creo que deberías hablar con Hope. No me voy a poner a favor de ninguno, y te voy a decir lo mismo que le he dicho a ella, arregladlo antes de que os arrepintáis.

Dicho esto, se fue dejando la puerta abierta.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que decidí bajar a comer algo. En algún momento de la tarde me había quedado dormido, ya que no recordaba el momento en el que Paula dejó mi habitación para irse a la de David. Habíamos hablado durante varias horas. La gran parte del tiempo estuvimos criticando a sus supuestas amigas. Al menos, de ese modo, conseguí sacarle alguna que otra sonrisa.

Abrí la nevera, y vi un plato con dos generosos trozos de pizza. Supuse que los habrían dejado para mí, pero de no ser el caso, no me importaba, iba a comérmelos de todas formas. La pizza fría era una de mis comidas favoritas, podía alimentarme de ello todos los días sin importarme demasiado.

Estaba terminando mi segunda porción cuando escuché que alguien bajaba las escaleras.

—¿Tú también vienes a decirme que arregle las cosas con Hope? —dije al ver a Brad. Él se limitó a encogerse de hombros.

—No voy a ser yo el que os obligue. Lo que hizo Hope no estuvo bien, y ella lo sabe. Simplemente es demasiado orgullosa como para dar el paso y disculparse. Los dos lo sois. —Se sirvió un vaso de agua y se alejó—. Pero hacedme un favor y arregladlo antes de que me explote la cabeza.

No pude evitar reír mientras él se daba media vuelta y subía las escaleras de nuevo.

Al despertarme a la mañana siguiente, vi algo moverse por mi habitación.

—Menos mal, pensaba que no ibas a despertarte nunca.

—Jesús, Hope —dije mientras me llevaba las manos al pecho—. De verdad que un día conseguirás que me dé un infarto. —Me incorporé en la cama y le indiqué con la mano que se acercara—. ¿Qué pasa?

Se sentó en el borde y me miró.

—Mira, sé que no me comporté bien contigo ayer. Y lo siento, de verdad. Sé que no eres así lo que pasa es que... bueno, sabía que no te haría ninguna gracia trabajar con ella, por eso no te lo dije directamente. Sabes que en parte tengo razón.

—Hope, que me lleve algo mal con Olivia no quiere decir que me niegue a ayudarla. Sí, tienes razón, no me hace gracia trabajar con ella, pero bueno, tendré que acostumbrarme.

—Eres un gran amigo, Alex —dijo mientras sonreía—. Ahora levántate. —Reí mientras me arrastraba hacia la puerta.

No sabía si enfrentarme a Olivia en el trabajo sería algo positivo o algo negativo, tanto para ella como para mí. Estaba claro que no disfrutaba estando en la misma habitación que yo, y a mí... sinceramente me deba igual, pero me había esforzado tanto en aparentar que me molestaba que ya me salía solo. En más de una ocasión intenté hacer memoria y saber qué es lo que dije o hice para que me odiara solo mirarme, pero por mucho que lo intentaba, no se me ocurría nada. Quizá no fui el más simpático cuando la vi cruzar la puerta, pero no la conocía de nada y venía dispuesta a quedarse unos días, y sin avisar. Esa noche tuve que anular todos los planes que tenía porque Hope me obligó a hacerlo. Según ella, no habría sido de buena educación. Según yo, podía hacer lo que me diera la gana porque era mi apartamento y yo no la había invitado. Al final me quedé, y eso hizo que estuviera de mal humor todo el fin de semana.

No era culpa mía que lo primero que había visto fuera esa parte de mí, si se hubiera molestado en llamar cada vez que se le hubiera ocurrido presentarse en nuestro piso, quizá me hubiera visto con otra cara. De momento, aún no había día que no apareciera sin avisar. Pero después de lo que pasó entre nosotros aquella tarde... Ahora sí que tenía motivos para odiarme. Fui un capullo, lo admito. Perdí el sentido común ese día, verla delante de mí me nubló la mente e hice lo único que me había prohibido hacer. Desde ese día, nuestra relación había pasado de ser fría a inexistente. Parecía que le molestara hasta escucharme respirar, y no la culpaba. Todo eso fue culpa mía, y vivía cada día con ello. Nunca podré olvidar su cara cuando salió de mi habitación. Quise correr tras ella, decirle que era mentira, pero no pude. En ese instante dejé de existir para Olivia.

Olivia. No sabía hasta qué punto su nombre me hacía perder el sentido.

Capítulo 14

Olivia

—Hope, recuérdame por qué acepté este trabajo y por qué no debo dejarlo —le pregunté a mi amiga mientras me dejaba caer en la cama. Había llamado a Hope en cuanto salí de la oficina esa tarde.

—Porque tienes un alquiler que pagar —me contestó con voz monótona.

—Gracias, ¿qué haría sin ti?

—Al parecer, morirte de hambre. —Hice una mueca a sabiendas de que no podía verme, me arranqué las botas con bastante dificultad y me senté—. ¿Qué haces esta noche?

—Estaba entre un maratón de esa nueva serie que acaba de salir o... —Repasé mentalmente mis opciones—. Creo que eso es lo más interesante que se me ha ocurrido. ¿Me estás invitando sutilmente a algún plan? —La escuché reírse al otro lado de la línea—. Piensa que el protagonista es Kane Jacobs, nada puede mejorar eso.

—Bueno, he pensado que podrías pasarte por el apartamento esta noche y... —No la dejé terminar.

—No, ni hablar. Ya tengo bastante con aguantar a Alex en la oficina. ¿Qué te hace pensar que también quiero soportarlo en tu apartamento?

—¿Que es viernes y el único plan interesante que tienes es ver una serie durante horas?

—Y con palomitas —puntalicé—. No te olvides de las palomitas. Es un dato muy importante. —Esperaba haber comprado después de terminarme la última bolsa—. Además, mis compañeros de piso no están y puedo verla al volumen que quiera.

—Claro. —No parecía muy convencida—. Bueno, te dejo con tu gran plan.

—Y con Kane Jacobs —recalqué, pero ya había colgado Dos horas y dos bolsas de palomitas después, seguía en mi habitación, atenta a todo lo que estaba pasando. Había conocido a Kane Jacobs gradas a su grupo de música, así que cuando anunciaron que sería el protagonista de la nueva serie que adaptaba mis libros favoritos, no podía esperar a que se estrenara. Pegué tal grito que Héctor tuvo que entrar corriendo en mi habitación porque pensó que me había pasado algo. Según él, alguna estantería había cedido al peso y me había aplastado. Era un exagerado, no tenía tantos libros... todavía.

Con todo el lío de las últimas semanas, casi me había olvidado del estreno, y era algo que no podía perdonarme. Cuando lo conociera y se enamorara de mí, ¿cómo le iba a contar a nuestros futuros hijos que me había olvidado de ver el estreno de la última serie de su padre? No, eso no podía pasar, así que me puse manos a la obra y decidí que aquella noche los vería todos. Era buena pasándome la noche viendo series, era una de las pocas cosas que se me daban bien.

Me fui a meter otro puñado de palomitas a la boca cuando me di cuenta de que se me habían terminado. Con un gruñido, pausé el capítulo y me levanté de la cama dispuesta a calentar otra bolsa en el microondas. Cuando me di cuenta de que era la última, supe que necesitaba un plan B, no podía ver la serie sin estar comiendo. Cogí el teléfono y llamé a la pizzería que había al final de la calle para que me trajeran mi favorita a domicilio. Era demasiado perezosa como para

vestirme, salir a la calle y pedirla por mí misma. Coloqué la bolsa en el microondas y esperé pacientemente. No pasaron ni dos segundos cuando llamaron a la puerta.

—¿Se puede ser tan rápido preparando una pizza? —murmuré mientras abría.

No era la pizza. Estuve a escasos segundos de volver a cerrar la puerta y hacer como que allí no había nadie.

—Sorpresa —dijo Alex mientras pasaba como si estuviera en su propio apartamento.

—Ha sido idea suya —dijo automáticamente Hope mientras señalaba a su amigo—. Yo no he tenido nada que ver. —Arqueé las cejas. Estaba completamente segura de que no era del todo cierto—. Bueno, quizá yo he ayudado un poco. Pero la idea de venir ha sido de Alex, lo juro.

La amenacé con el dedo.

—Sabías que tenía planes, tenía muchas ganas de ver la serie.

—Oh, vaya —dijo Alex fingiendo que estaba arrepentido—. ¿Te hemos estropeado los planes de esta noche por venir sin avisar? —Se llevó una mano al pecho—. ¡Que cruel por nuestra parte! —Se estaba riendo de mí. ¿Cómo se atrevía?

—Tú... —Llevé mi dedo amenazador hacia Alex mientras pensaba algo ingenioso que decirle. Pero todo se esfumó cuando me miró con esos ojos mientras sonreía de medio lado. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Y por qué me seguía gustando? Sería mucho más fácil odiarlo si no sintiera nada por él.

—Te acostumbrarás —dijo repitiendo mis palabras, las que dije el día que nos conocimos, ¿Cómo se acordaba? Encendió el televisor y se acomodó en el sofá. ¿En qué momento le había dicho que podía hacer lo que le diera la gana? Olfateó el ambiente y frunció el ceño—. ¿Estás encendiendo una fogata? —Entonces fue mi turno de mirarlo extrañada.

—Nos hemos encontrado a este chico en la puerta —dijo David mientras entraba con su hermana y Brad pisándole los talones, señalando al chico de la pizzería—. No nos ha dejado que subiéramos la pizza nosotros, así que aquí lo tienes.

—Gracias, Brian. —Le tendí el dinero—. Quédate con el cambio. ¿Crees que podrías traer otras... tres pizzas más? —El chico asistió mientras lo anotaba—. Gracias.

—¿Qué pasa si no me gusta la pizza que has pedido, pequeña? —Alex me había asignado ese apodo hacía unas semanas, cuando le confesé que apenas llegaba al metro sesenta. Respiré hondo, no iba a conseguir cabrearme.

—Pedimos siempre la misma pizza, no creo que sea un problema.

—¿Y si la quiero con cebolla?

—Alex, odias la cebolla. —Me crucé de brazos. ¿Qué pretendía?

—¿Cómo...? —Fue a decir algo, pero volvió a olfatear el ambiente como un perro—. ¿Seguro que no has decidido quemar todos tus libros?

—¿Qué...? —Entonces caí en la cuenta—. Mierda, ¡las palomitas! —Fue en ese momento cuando todo se volvió un auténtico caos. Abrí el microondas mientras maldecía, haciendo que una humareda negra se tragara toda mi sala de estar. Di un traspie cuando algo peludo rozó mis pies, así que grité—. ¿Qué narices ha sido eso? No me jodas que ha entrado una rata. Dime que no es una rata. —Entonces la rata maulló—. Mierda, pero qué narices...

—¿Desde cuando tienes gato? —preguntó Hope mientras se abría paso—. Paula...

—Te dije que la vigilaras —dijo Alex mientras abría la ventana—. Ya sabes que nunca hay que quitarle un ojo de encima. Ya decía yo que tardaba mucho en subirse al coche. ¿Es que no aprendes?

—Como si ahora todo fuera culpa mía —se quejó David—. Yo no lo he traído.

—Es que... era solo un cachorro... —se defendió la niña.

—Ya hemos hablado de eso. ¿Qué hacemos cuando nos encontramos un animal en la calle? — Alex se cruzó de brazos.

—Llamamos a la protectora de animales —repitió Paula como si lo tuviera ensayado—. Lo tenemos en marcación rápida.

—Muy bien, ¿y por qué has decidido traerlo? —A todo eso, el gato se hizo un rincón en el sofá, como si llevara viviendo aquí toda la vida.

—Pues... —Paula no llegó a responder.

Estaba más pendiente de lo que pasaba a mi alrededor que de lo que estaba haciendo, así que no fue de extrañar que me quemara.

—¡Mierda! —grité cuando la bolsa de papel se abrió y me quemé todos los dedos—. ¡Joder, cómo quema! —Ni siquiera me dio tiempo a parpadear y Alex estaba delante de mí.

—¿Estás bien? —Si no fuese porque lo conocía, juraría que incluso sonaba preocupado—. ¿Por qué no has cogido un trapo?

—¡Yo qué sé! —grité nerviosa al borde de las lágrimas—. Todo ha sido un caos desde que he abierto la puerta. La pizza, el gato, las palomitas... —Estaba empezando a hiperventilar. ¿Qué iba a hacer con un gato? No sabía cuidar las plantas, mi madre ya ni me pedía que las regara cuando estaban de viaje, ¿Cómo iba a cuidar de un ser vivo? Tampoco podía dejarlo fuera, pobre animal. ¿Y si nadie lo quería y tenían que sacrificarlo? No me lo perdonaría nunca. Era tan pequeño y... espera un momento, ¿estaba tumbado en mi lado del sofá?

—Respira, Olivia. Respira. —Intenté hacer lo que Alex me pedía. Dejé de pensar y me concentré en que el aire volviera a llegar a mis pulmones—. ¿Mejor? —Asentí. Más o menos, pero tampoco tenía porque entrar en detalles—. Hablaré con Paula, tranquila, nos lo llevaremos esta noche. —Negué con la cabeza.

—No pasa nada, se puede quedar aquí.

—¿Estás segura? —preguntó no muy convencido.

¿Lo estaba? Asentí mientras lo miraba. Era pequeño y de color blanco, con unos ojos de un intenso color azul. Cuando me miró, sentí algo muy difícil de describir. No me perdonaría que le pasara nada malo.

Nunca había tenido una mascota, ya era hora de remediarlo.

Después de ventilar el salón y tirar las palomitas a la basura, miré a mi alrededor. Todo estaba decente. No me habían dado tiempo a que ordenara un poco, así que no se podían quejar. Después caí en la cuenta de algo a lo que había estado dándole vueltas desde hacía unos días.

—¿Alguno de vosotros podría mirarme la estantería? —pregunté. Descarté a Héctor en cuanto esta cedió y todo lo que había encima cayó al suelo. De lejos escuché como mi compañero de piso gritaba no pienso arreglarlo, así que, después de intentarlo durante varias horas, decidí que necesitaba ayuda.

—Luego somos nosotros los que rompemos cosas —contestó Alex. Lo ignoré.

—El otro día, digamos que se soltó, y ahora no puedo ponerla como estaba.

—Mira que te dije que no la cargaras tanto —me regañó Hope.

—No había tantas cosas, de verdad. —De fondo distinguí una risa que conocía muy bien.

Alex se levantó del sofá y se acercó a mí.

—Vamos, pequeña. Enséñame qué has roto ahora.

Con una media sonrisa en los labios, guie a Alex hasta mi habitación.

—¿Cómo puedes tener tantas cosas en un espacio tan pequeño? —Me encogí de hombros—.

No me extraña que la estantería cediera. Menos mal que no estabas debajo.

Decidí ignorarlo de nuevo. Tampoco había tantas cosas, así que deduje que fue porque la coloqué mal.

—Cuando dije que alguien la mirara, sabes que no decía ahora, ¿verdad? —pregunté mientras lo veía trabajar.

—Con la suerte que tienes, no me extrañaría que se soltara la otra parte mientras pasas por debajo. —Decidí no contestar a eso. La verdad es que él era la última persona que esperaba que me ofreciera su ayuda. Siempre parecía tenso a mi lado, y tampoco es que nos lleváramos especialmente bien. Cuando terminó se sacudió las manos y me miró con una media sonrisa que casi me deja sin respiración.

—Bueno, ya está. Intenta no cargarla tanto la próxima vez y así no tendré que volver a arreglarla.

—No te he pedido que la arregles, solo que la miraras. Además, te has ofrecido voluntario. — Se sentó en mi cama y miró a su alrededor—. ¿Tengo tu aprobación? Me ha costado mucho decidir el orden de los muebles. —Cogió la foto que había al lado de la cama y la miró—. Es del primer día de colegio, nos la hizo mi madre. —No me hacía falta verla, sabía cómo era a la perfección.

En ella aparecíamos Hope y yo, cabeza con cabeza. Su color pelirrojo era mucho más intenso que ahora. Ambas sonreíamos, pero yo tenía algunos dientes menos.

—Estoy seguro de que recibíais muchos castigos.

—No tantos. Aunque una vez nos castigaron por entrar un montón de palomas en el colegio. Estaba lloviendo y nos daban pena, a los profesores no tanto. Una de nuestras maestras casi se desmaya cuando entró en el aula y las vio.

—No sé por qué no me extraña —dijo entre risas. Dejó la fotografía encima de la cama y se levantó—. ¿Necesitas algo más? —Negué con la cabeza—. En ese caso, me voy. Intenta no volver a romperla.

Desapareció antes de que pudiese contestarle. Me senté en la cama y cogí la foto para devolverla a su sitio. Pero en lugar de marcharme inmediatamente, me quedé unos minutos más contemplando la habitación.

Me despedí de ellos bien entrada la madrugada. Desde que Hope dejó atrás esa norma suya de volver a casa a medianoche, que había decidido recuperar todo el tiempo perdido. Seguía sin beber demasiado, aún tenía miedo de volver a la espiral que dejó atrás, pero tener por fin una relación normal con su padre la había cambiado en muchos aspectos. Ya no era la chica rota que conocí.

Hope había cambiado mucho a lo largo de los últimos años, y no solo por su padre. Brad, David..., y por mucho que odie admitirlo, Alex, también la habían ayudado mucho a avanzar. Y, aunque en algunos tramos del camino había tropezado, nunca había dejado que eso la desanimara. Y sé que Alex tuvo que ver mucho en eso. Esa fue una de las razones por las que odié a Alex tan solo verlo.

Mientras yo había estado alejada de mi mejor amiga durante mucho tiempo, él había sido un pilar muy importante para ella. Me fastidiaba no haber sido yo la que estuviera ahí, durante semanas tuve que aguantar cómo me hablaba de él a todas horas. Si hubiese sido el chico que le gustaba, me habría dado lo mismo.

Pero para Hope era su mejor amigo y para mí un rival y mi peor enemigo.

Capítulo 15

Olivia

Cuando mis compañeros de piso aparecieron al día siguiente y vieron a la bola de pelo durmiendo en mi lado del sofá, se quedaron sin palabras.

—¿Desde cuándo tenemos un gato? —preguntó Héctor mientras lo señalaba. Él estaba ajeno a todo lo que estaba pasando.

—Desde anoche. —Me encogí de hombros. Si parecía tranquila, quizá no se me notaba tanto lo nerviosa que estaba en realidad—. Se llama Kane. —En honor a la serie que no terminé de ver, por cierto.

—¿Cómo el actor ese que te gusta? —preguntó arqueando las cejas.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Algún problema?—Él levantó las manos.

—Solo preguntaba. Por cierto, en unos días podrás tener el apartamento para ti sola, pero nada de fiestas, jovencita.

—¿Os vais? —pregunté mientras me giraba de golpe. Por fin tenía una nueva oportunidad de ver algo al volumen que quisiera. Incluso podría hacer una locura como poner la serie en la televisión, ¿a qué sonaba bien?—. ¿Dónde? —Intentaba por todos los medios ser una buena amiga que se preocupaba por sus compañeros de piso.

—Ana se va a pasar unos días con su familia —explicó mientras se dejaba caer a mi lado. Ahora que lo mencionaba, algo me decía que esa conversación ya la habíamos tenido. Asentí como si lo recordara. Me decían tantas cosas a lo largo del día que era imposible recordarlas todas—. Yo me iré a visitar a unos amigos a Santa Mónica durante unas semanas. Me quedaré en casa de mis tíos, ¿quieres venir?

—Dudo mucho que me dejenirme de vacaciones cuando apenas hace dos semanas que he entrado a trabajar en la empresa, pero es muy amable por tu parte acordarte de que tienes una amiga que le encantaría ir a Santa Mónica.

Él se encogió de hombros.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme. —Sonreí—. O si te despiden. —Eso ya no me hizo tanta gracia.

Se levantó corriendo, pero no fue lo suficientemente rápido como para evitar que el cojín impactara de golpe en su cabeza. Levanté los puños en señal de triunfo mientras él reía. Si no fuera porque sabía que bromeaba, le habría tirado dos.

Me dejé caer de nuevo en el sofá, haciendo nota mental de todo lo que haría cuando estuviera sola. Kane ronroneó a mi lado, como si quisiera recordarme que él también estaría conmigo.

—Tranquilo, amiguito —dije acariciándolo—. No me olvido de ti. Ya te contaré los primeros capítulos para que no te pierdas.

El lunes me levanté de un humor diferente. Era la primera vez que no me enfurecía ir a trabajar. Tal vez fuera porque Kane había trepado a mi cama y se había acurrucado junto a mí toda la noche. Cuando alargué la mano para acariciarlo, respiró hondo y una sensación extraña se instaló en mi pecho. Parecía relajado mientras mis dedos acariciaban su suave pelaje blanco.

Tras decidir quedármelo, lo había llevado al veterinario y le había comprado todas las cosas necesarias para un gato. También le había dado una buena ducha, sabiendo que le sentaría bastante bien. Al principio había parecido asustado, pero tras unos segundos, juraría que hasta le había gustado. Algo extraño, ya que tenía entendido que los gatos odiaban el agua. Lo había frotado con jabón por todo el cuerpo, haciendo que el agua empezara a estar de color marrón. ¿Dónde había estado metido? No quería ni imaginarlo. Mi intención fue usar el secador, pero ahí ya me dijo que el secador me lo podía quedar yo.

Había salido disparado a tal velocidad que me fue imposible alcanzarlo. Aún seguía sin saber dónde había estado escondido el resto de la tarde.

Dejé mis pensamientos atrás y me levanté mirando el reloj. Si no me daba prisa, al final llegaría tarde. Me arreglé lo más rápido que pude y me dirigí hacia el trabajo con una sonrisa. Mientras caminaba, pensé que quizá, a la vuelta, podría comprarle a Kane algún capricho. Ese gato acabaría conmigo en un abrir y cerrar de ojos. Ya le había comprado una especie de casa gatuna, que incluía espacios para que se afilara las uñas. A ver si de ese modo dejaba el sofá tranquilo.

Al final, llegué a la oficina antes de lo previsto, así que dejé las cosas en mi mesa, y aproveché esos minutos extra para ir a la máquina a por un café, pero mi tranquilidad se esfumó cuando Alex entró en mi campo de visión. Al principio no me vio, pero como si sintiera que lo estaba mirando, se giró lentamente y me sonrió. Me sonrió. A mí.

Mientras escogía que clase de café quería, miré hacia mi alrededor con disimulo.

Sí, era a mí a quien Alex estaba sonriendo.

—Buenos días —dijo una vez a mi lado, sin dejar de sonreír.

—Buenos días. —Le di al primer botón que vi. Tenerlo tan cerca en algunas ocasiones me volvía estúpida. ¿Qué había pedido?—. ¿Quieres un café? —Esa mañana me había levantado amable.

—Ojalá —dijo mientras miraba su reloj—, pero tengo una reunión en menos de dos minutos. Solo he venido a saludarte. —Si hubiese estado bebiendo algo, lo habría escupido—. ¿Cómo tienes la mano?

—Estupenda —dije mientras la levantaba—. No fue para tanto. —Alex rozó sus dedos con los míos, inspeccionando la zona para ver si tenía razón. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando noté su tacto frío.

—La próxima vez, sácalas con un trapo. Te podrías hacer daño. —Miró la hora antes de soltarme—. Hasta luego, Olivia. Nos vemos más tarde.

—Adiós —respondí perpleja.

Recogí mi café y bebí un sorbo. Chocolate, no estaba mal. Y, mientras me lo terminaba, me encaminé hacia mi lugar de trabajo.

Capítulo 16

Alex

No dejé de mirar el reloj durante toda la reunión. Si había accedido a ir era porque mi hermano había insistido, de no ser así, me habría quedado en mi despacho, terminando las cosas que tenía pendientes. Mi padre evaluaba cada movimiento que hacía, así que me mantuve inexpresivo la mayor parte del tiempo. Cuando se dio por finalizada, mantuve esa actitud hasta que estuvieron todos fuera, ese fue el momento en que me permití resoplar.

Iba a ser un año entretenido.

Antes de entrar a mi despacho, me giré y vi a Olivia ir arriba y abajo con diferentes carpetas. No pude evitar sonreír mientras entraba. Al sentarme, mi mente voló meses atrás, justo en el momento en que lo jodí todo.

Como era de esperar, Olivia se había presentado ese fin de semana sin avisar. Parecía que tuviera alergia a los teléfonos. En esos instantes de mi vida intentaba tomármelo con filosofía, tranquilamente, como si en el fondo, que se presentara en mi apartamento trastocándome todos los planes, no me molestara para nada.

Algo que obviamente no era cierto.

Esa mañana había entrado como siempre, con sus dos maletas y su sombrero negro mientras parloteaba sin parar. Hope me había mirado disculpándose, y yo había bufado resignado. Ya estaba ahí, no podía dejarla en la calle. Algunas veces pensaba que no decía nada por si le cogía yo el teléfono y le decía que no podía venir. Sinceramente, si un día llamaba para avisar de que vendría en los próximos días, incluso la recibiría con una sonrisa.

Pero claro, ella no era de esas personas que avisaban para decir que iban a presentarse unos días después.

No, claro que no.

El resto del día había pasado tranquilo, nos evitamos todo lo que nos permitía el apartamento. Yo me había pasado las horas encerrado en mi habitación haciendo trabajos, y ella... no sabía muy bien donde había estado, pero el instinto me decía que con Hope. Cuando Olivia venía de visita, no se despegaban.

Incluso se me había olvidado que ella estaba allí, hasta que de pronto alguien entró a mi habitación como si se estuviera derrumbando el edificio.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo una voz a mis espaldas, una voz que distinguí perfectamente sin necesidad de girarme.

—Olivia, estoy ocupado. —No me molesté en levantar la cabeza—. Sea lo que sea, puede esperar.

—No, no puede esperar. —Cada vez la escuchaba más cerca—. ¿Por qué tocas mis cosas?

—No sé de qué me hablas. —Sinceramente, no tenía ni idea—, pero estoy ocupado. —Llevaba semanas con ese trabajo, lo que menos necesitaba era a alguien gritándome mientras intentaba concentrarme.

—¡Te has comido mis galletas! —gritó como si fuera algo horrible—. ¡Alex! ¡Mírame cuando te hablo! —Di un golpe en la mesa y me giré.

—Olivia, no sé de qué hablas y, si lo supiera, son unas simples galletas, por el amor de Dios.

—Pero te las has comido, ¿crees que no lo sé? —Me acerqué poco a poco a ella, hasta que su rostro quedó prácticamente pegado al mío.

—Lo que creo es que buscas cualquier excusa para hablar conmigo. —Su rostro estaba cada vez más cerca del mío, y por alguna razón que desconozco, no quería que el momento terminara. Notaba su respiración agitada y cómo intentaba apartar la mirada.

Levanté una mano, y le acaricié la mejilla con los nudillos, sintiendo por primera vez el contacto con su piel. Se me pasó por completo el enfado.

—Yo... yo... —Entonces hice lo más estúpido que pude haber hecho. La besé. Hoy en día me arrepiento por muchas razones distintas. Y la primera es porque le hice daño, lo último que quería era dañar a Olivia. Me arrepentí en el mismo instante en el que lo hice. No porque no quisiera hacerlo, realmente lo deseaba, pero era la mejor amiga de Hope. Si pasaba algo entre nosotros y salía mal, algo que seguramente pasaría, ya que era de mí de quien estábamos hablando, Hope estaría en medio, y eso era algo que quería evitarle. Tanto Olivia como yo éramos dos personas muy orgullosas, ninguno de los dos daría el brazo a torcer y no dejaría que Hope pasara por algo así.

—Lo siento —dije mientras me separaba. Sabía que eso no estaba bien—. No sé qué me ha... —Pero no logré terminar la frase.

De pronto, sus labios estuvieron de nuevo encima de los míos, haciendo que mis brazos rodearan su espalda. Una parte de mí se había negado a soltarla, la otra me decía que me largara de allí. Pasé mis manos por sus brazos, su espalda, su pelo... y ella respondía a todas mis caricias. Cuando la palma de su mano entró en contacto con mi piel, me estremecí. Era una sensación extraña, no había sentido nunca nada parecido. Paseó lentamente la yema de sus dedos por mi estómago y un suspiro entrecortado se escapó de mis labios sin poder evitarlo. Me besó haciendo que quisiera abrazarla y no soltarla jamás.

Aún me odio por la estupidez que cometí después.

—Esto no volverá a pasar. —Le había dicho mientras recogía su ropa del suelo y se la tendía.

Ella parpadeó confundida, hasta que le tiré la ropa. Tras unos segundos, su rostro se tiñó de furia, algo totalmente comprensible.

—Tranquilo, esto nunca ha pasado —dijo con los ojos llenos de lágrimas mientras se vestía, acto seguido, cerró de un portazo.

Pero, sobre todo, me odio por hacerla llorar.

Parpadeé volviendo a la realidad viendo cómo una mano pasaba por mi rostro una y otra vez.

—¿Tengo que llamar a una ambulancia? —preguntó Olivia. Aparté su mano de un rápido movimiento.

—¿Qué quieres, Olivia? —pregunté sin muchas ganas.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que esta mañana te habías levantado de buen humor. ¿Tan mal ha ido la reunión? —Negué con la cabeza—. Te he traído esto —dejó un vaso de cartón encima de la mesa y se alejó—. Me gustas más cuando sonríes —dijo antes de cerrar la puerta.

Miré el interior del vaso y sonreí cuando vi su contenido. Con caféina, mi mañana se haría más productiva.

O eso creía.

El día pasó en un suspiro, uno del que prácticamente no recordaba nada.

Cuando quise darme cuenta, eran pasadas las ocho de la noche. ¿Cómo no me había dado cuenta de que había anochecido? Me froté las sienes con los dedos mientras me estiraba. Iba a ser

verdad eso de que no sabía lo que era trabajar hasta ahora. Cerré el ordenador y me dispuse a irme, ya terminaría al día siguiente lo que me quedaba. Me negaba a pasarme la noche trabajando en el despacho.

Yo no era mi padre.

Recordaba las noches en las que me pasaba horas delante de la puerta, esperando a que apareciera. Me negaba a irme a cenar o a dormir hasta que no llegara. Algunas veces pensaba que su trabajo era más importante que nosotros.

No quería esa vida, estar atado al trabajo no beneficiaba a nadie.

Entré en el ascensor dispuesto a ir a buscar el coche para irme a casa de una vez por todas, pero aún no se habían cerrado las puertas cuando escuché que alguien gritaba.

—¡Espera, espera! —Con rapidez, apreté el botón para abrir las puertas antes de que se cerraran del todo, y una chica que identifiqué a la primera, entró corriendo—. Gracias, pensaba que iba a quedarme a dormir en... —Se calló cuando se dio cuenta de que era conmigo con quien estaba hablando.

—Me alegro de que te tomes en serio tu trabajo, Olivia. —Hizo una mueca—. Pero dime una cosa, ¿qué haces aquí tan tarde? Deberías haberte ido hace horas.

—Lo sé, pero hoy ha sido una completa locura y no he podido estar ni cinco minutos sentada para ordenar todas las carpetas. No me pagan lo suficiente como para hacer tantas horas extras. —Disimulé una sonrisa—. Es la tercera vez que me quedo esta semana.

—Intenta organizarte el día. No hace falta que vayas corriendo de un lado a otro, la mayoría de las cosas no corren tanta prisa como crees. Cuando te levantes, haz todo lo que puedas, así no tendrás que levantarte cada dos minutos.

—También tienes razón. —Se colocó la mano en el mentón y sonreí—. No te lo creas demasiado. Habría llegado a esa misma conclusión en unos días.

—Por supuesto. —Carraspeé—. Vamos, te llevo a casa —dije cuando las puertas del ascensor se abrieron de nuevo.

—Está bien —accedió haciendo que sonriera—, pero no te acostumbres.

—Eso debería decirlo yo, ¿no crees? —Se encogió de hombros.

—¿A que no voy? —dijo mientras se paraba en medio del parking.

—¿A qué te vas andando? —respondí en su mismo tono—. Además, ¿por qué nunca vienes en coche?

—No tiene gasolina —respondió aún detrás de mí.

—¿Y por qué no le pones? —intentaba entender a Olivia, pero algunas veces se me hacía muy difícil—. ¿No sabes?

—Claro que sé ponerle gasolina al coche, ¿qué te crees? —respondió—, pero si lo saco de donde lo tengo aparcado, estoy segura de que no volveré a encontrar aparcamiento nunca más. —Ya no pude evitarlo más y me reí, haciendo que Olivia se parara y se cruzara de brazos con el rostro furioso.

—Eso solo podrías pensarlo tú —respondí sin dejar de reír.

—Las bicicletas contaminan menos y no pasa nada por venir andando algún día, ¿sabes? Deberías probarlo.

Negué con la cabeza.

—Ni hablar, voy más cómodo al volante y tú también lo harías.

—Prefiero ir andando antes que ir contigo. —Se dio la vuelta con tanto ímpetu que tropezó. Para no caerse, se agarró a la pared y no sé muy bien dónde presionó, pero saltó la alarma. Me

puse las manos en los oídos.

—¿Se puede saber qué haces? —Olivia me miró ofendida.

—Pero si yo no he sido —gritó—. ¿Cómo sé que no has sido tú?

No iba a discutir con ella, mucho menos cuando estaba a punto de perder un tímpano.

—Sube al coche —grité mientras abría la puerta.

—¿Qué? —respondió en un grito.

—Que subas al maldito coche —chillé aún más fuerte.

—Ni hablar —dijo mientras negaba con la cabeza.

—No seas cría. Sube, maldita sea. —Cerré la puerta con fuerza. Me iba a estallar la cabeza como no saliera de allí. Olivia seguía parada, encendí el motor e hice amago de arrancar. No hizo falta mucho más para que abriera la puerta y subiera a mi lado.

—No te acostumbres —dijo mientras se abrochaba el cinturón—. No volverá a pasar.

Capítulo 17

Olivia

Si pudiera volver atrás, habría hecho algunas cosas de forma distinta. Como por ejemplo, no dejar que ese maldito gato me quitara mi lado del sofá. Una parte de mí quería cambiarlo de sitio, pero la otra lo veía tan tranquilo que me daba pena. ¡Será posible! Le di unos golpecitos en el lomo con el dedo índice.

—Qué sea la última vez —le dije con el tono más amenazador que pude—. Mañana te pones en el lado de Héctor. ¿Entendido? —Ni siquiera se dignó a mirarme—. Kane, si no me haces caso, esta relación no funcionará. —Ni caso.

Tendría que ir haciéndome la idea. Y a aprender a salir corriendo para que no me quitara el sitio.

Al día siguiente, llegué al trabajo con un termo lleno de café, dispuesta a poner a prueba la teoría de Alex. Anoté todo lo que tenía que hacer fuera de mi mesa y lo que tenía que hacer una vez allí, y lo dividí por horas.

Vaya, así parecía mucho más sencillo, y estaba segura de que no me cansaría tanto. ¿Quién quería ir al gimnasio pudiendo subir y bajar las escaleras diez veces al día?

Ordené papeles, hice fotocopias y, mientras esperaba los cafés para la reunión, llevé carpetas de un lado a otro... todo en un tiempo récord. Quizá debería hacer más caso a Alex, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

No se lo digáis, será nuestro secreto.

Me dio tiempo hasta de ordenar mi escritorio, estaba tan limpio que se podía comer en él. Aproveché esos momentos de tranquilidad, en los que nadie me pedía que le trajera nada, para poner algo de música. Siempre trabajaba mejor si escuchaba música.

Pero claro, mi tranquilidad no iba a durar demasiado.

—Olivia —me llamó Cristina. Automáticamente me arranqué los auriculares como si fuesen veneno—. ¿Crees que hoy podrías ayudar al señor Dune? Necesita programar algunas reuniones y de momento no tiene secretaria. —Asentí—. Es en lo que quedamos el primer día que entraste, pero con tanta faena retrasada me ha sido imposible explicarte lo que tienes que hacer. —Al parecer, se me había olvidado hasta a mí.

—Claro, no hay problema. —Me levanté y me tendió un aparato que no tenía muy claro cómo funcionaba.

—Tienes abierto el programa —me explicó mientras lo sacaba de la funda—. Solo tienes que ir anotándolo todo. ¿Crees que podrás? —Asentí. No parecía tan difícil.

—Claro, ningún problema.

Cristina empezó a andar y la seguí mientras toqueteaba algunas cosas. Las nuevas tecnologías nunca habían sido mi fuerte, no quería parecer una anticuada delante de mi jefe. No me apetecía que me despidiera. Después de llamar a la puerta, entró, y yo fui detrás, sin tener muy claro hacia dónde iba. Estaba demasiado ocupada intentando entender el maldito programa. ¿Por qué tenía tantas funciones distintas?

—Si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarme. Olivia, para cualquier cosa me llamas,

¿entendido? —Asentí—. Que tenga un buen día, señor Dune.

—Igualmente. —Me tensé solo escuchar su voz—. Bueno, Olivia, ¿empezamos? —¿Por qué tenía tan mala suerte? —Asentí. Al parecer, no sabía hacer nada más—. Está bien, empezaremos por la de mañana. —La pantalla se apagó y lo agité, como si así solucionara algo—. Alex carraspeó desde su asiento—. ¿Sabes cómo funciona? —Me tensé.

—Pues claro —dije lo más segura que pude—. Más o menos. ¿Cómo se borra? —Se le escapó una carcajada.

—Ven. —Se levantó y arrastró la otra silla hasta que ambas estuvieron juntas—. Sién-tate. Creo que esto nos llevará un rato. —No pude evitar sacarle la lengua cuando creí que no me miraba. Pero por su sonrisa, algo me dice que sí me vio.

Me senté a su lado, intentando que no se me notara que estaba empezando a ponerme nerviosa. Era el efecto de tenerlo tan cerca. Algunas veces intentaba hacer como que no lo veía, a ver si así despistaba a mi nerviosismo, haciendo que el sentido común ocupara su lugar. Pero otras, no era tan fácil. Sobre todo cuando llevaba un traje que le quedaba tan bien. ¿Podía mi estúpida mente dejar de distraerse? Sería de gran ayuda.

—Y aquí pasas de página —dijo mientras le daba a una pestañita que había en una esquina. ¡Vaya! Pues sí que era sencillo—. ¿Lo vas pillando? —Algo dentro de mí me decía que se pensaba que era tonta.

—Sí, soy más lista de lo que crees. —Aunque no tenía muy claro donde me situaba eso—. Entonces, a ver si lo entiendo. —Podía notar cómo sonreía, si es que disfrutaba haciéndome sufrir el muy imbécil—. Solo tengo que apretar la casilla para poder escribir y la pestaña de arriba para cambiar de página. Lo demás es automático, ¿voy por buen camino?

—Estupendo, vas a tener razón con eso de que no eras tan tonta. —Entrecerré los ojos.

—¡Qué gracioso! Bueno, será mejor que empecemos si queremos terminar hoy. —Alex asintió—. Soy toda oídos, señor Dune.

Y así, entre reuniones y horarios, pasamos la mañana.

—¿Por qué no contratas a alguien que se ocupe de organizar todas estas cosas? —le pregunté a Alex, como si fuera el comentario más inocente de la historia. Él se limitó a encogerse de hombros.

—No lo necesito. Puedo hacerlo todo por mí mismo. Además, ahora te tengo a ti para que me ayudes. ¿No te ves capacitada? Mira que se lo digo a Cristina...

—Solo me parece curioso —respondí de inmediato, haciendo que él sonriera—. Tu hermano y tu padre sí tienen, ¿no?

—Ellos llevan aquí mucho más tiempo que yo. Además, no sé si me quedaré. —Ahí fue cuando se me despertó la curiosidad.

—¿Cómo que no sabes si te quedarás? ¿Piensas que tu padre te va a despedir? —Alex negó con la cabeza y se recostó en su silla.

—Aún no sé qué haré. He quedado con mi padre que estaré un año aquí, y si es lo que quiero hacer, me quedaré. Y si veo que no es lo que me gusta..., buscaré otro sitio.

—Entiendo. —En realidad no entendía nada.

—Bueno, basta de hablar de mí. Será mejor que volvamos al trabajo.

Ahí fue donde aprendí que a Alex no le gustaba hablar de sí mismo.

Mi fin de semana empezó mucho antes de lo esperado. Tanto Héctor como Ana decidieron irse el mismo viernes para aprovechar un día más, dejándome a solas con Kane. Podía gritar de alegría. No había nada mejor que una noche de tranquilidad después de volver del trabajo.

Aunque, claro, la tranquilidad terminó el sábado por la mañana cuando llamaron al timbre. El mensaje de texto que recibí horas antes debería haberme advertido, o al menos mantenerme alerta.

Pero no lo hizo.

—¡Sorpresa! —Cerré la puerta de golpe.

¿Era una broma?

Capítulo 18

Alex

Desde que entré en la oficina intenté pensar en qué invertiría el tiempo libre cuando tuviese. Hasta ese día, no sabía lo que era tener un día libre. Si no estaba liado con la universidad, estaba trabajando. Hacía años que no me tomaba un respiro. Así que, no tenía muy claro qué hacer esos días. La jornada laboral había llegado a su fin, y había decidido no hacer más horas de las que debía, a no ser que fuese estrictamente necesario.

Por primera vez en mucho tiempo, tenía un fin de semana para no hacer absolutamente nada. ¿A que sonaba bien?

Aunque, al parecer, el destino tenía otros planes preparados para mí.

Hacía menos de cinco minutos que había llegado al apartamento, cuando de pronto se apagó la luz, haciendo que todos nos sorprendiéramos.

—Vale, hemos pagado el recibo de la luz, ¿no? —preguntó Hope.

—Seguro que no es nada —dije todo lo calmado que pude—. Preguntaremos a los vecinos, a ver si alguien sabe qué ha pasado.

Ojalá hubiese sido así.

Cuando abrí la puerta, me sorprendí al ver que todo estaba oscuro. Al parecer, no solo era problema nuestro, y, la verdad, no sabía si eso era bueno o malo.

—¿No hay luz en todo el edificio?—preguntó David detrás de mí.

—Eso parece. —Entonces vi cómo algunos vecinos salían con linternas—. Parece que los demás vecinos están saliendo. Vamos, a ver si así nos enteramos de algo.

Adiós a mi tranquilo fin de semana.

—¿Cómo? —gritamos casi todos los vecinos a la vez. Estábamos en el rellano, alumbrando con linternas a nuestro alrededor para poder vernos las caras.

Al parecer, habían detectado un fallo en el edificio y debían arreglarlo. Pero lo que pensábamos en un primer momento que había sido un simple corte de luz, en realidad no era tan sencillo.

—¿Cómo vamos a estar una semana sin luz? —preguntó uno.

—¿Es una broma? —preguntó otro.

—Yo voto por hacerle entrar en razón. —Esa no podía ser otra que Hope. Incluso Brad no supo que decir ante la amenaza.

—¿Y no has pensado que quizá nos hubiese gustado saberlo un poco antes? —le pregunté a Steven, quien señaló un papel al lado de los buzones.

Lo leí por encima ¿Era una broma?

—Ese papel lleva ahí más de dos semanas, si nadie lo ha leído, no es mi problema. —Estaba empezando a cabrearme.

—Tendrías que haber avisado, colocar un papel en la pared no asegura que lo veamos. Algunos llegamos a casa cansados y no nos paramos a mirar lo que hay. Además, estoy seguro de que eso ayer no estaba ahí. —Todo el mundo empezó a murmurar a mi alrededor dándome la razón. Cada día me tocaba mirar a mí el buzón porque nadie más lo hacía y estaba completamente

seguro de que ese papel nunca había estado ahí antes.

Steven empezó a ponerse nervioso y a balbucear cosas incoherentes, lo que reforzaba mi teoría de que ese papel no había estado allí dos semanas, tal y como él afirmaba. Estaba completamente seguro de que solo hacía escasos minutos que estaba ahí enganchado.

Los susurros de la gente poco a poco fueron transformándose en gritos llenos de rencor hacia el dueño del edificio.

—¡Calmaos! —gritó—. Solo será una semana. —Para él era sencillo decirlo, estaba seguro de que tenía otros diez edificios a los que ir donde sí había luz.

—Estamos jodidos. —Fue lo único que se me ocurrió decir en ese momento.

No sabía hasta qué punto.

Una vez estuvimos de nuevo en nuestro apartamento, empezamos a encender todas las velas de cumpleaños que Hope había estado guardando. Recordaba con exactitud la vez que dijo: un día me lo agradeceréis. No iba a caer en la trampa, si lo hacía estaba perdido, me lo recordaría toda la vida, y era algo a lo que, de momento, no estaba dispuesto.

—Nosotros podemos irnos unos días a casa —le dijo Brad a Hope mientras encendía la última—. Hace tiempo que no pasamos por allí, ¿no crees?

—Sí, me gustaría ir a ver a mi padre —admitió ella—. Me deben algunos días de vacaciones. No creo que sea un problema.

—A mí igual, podríamos aprovecharlo y tomarnos un descanso. —Hope asintió ante las palabras de su novio.

—Quizá yo también me pase por casa, no voy desde navidades y me gustaría pasar un poco más de tiempo con mis padres y con Paula. —Fruncí el ceño mientras miraba a mi amigo.

—¿Me vais a dejar aquí solo? —Si tuviese luz no me importaría lo más mínimo, pero teniendo en cuenta el panorama, prefería compartir mi mala suerte con alguien.

—Alex, puedes ir unos días a casa de tus padres. Al contrario que nosotros, ellos solo viven a unas manzanas de aquí —dijo mi amiga mientras encendía alguna vela más.

—Ni hablar. —Me negué—. Me he pasado años diciendo que era una persona independiente que no necesitaba su ayuda para salir adelante. Ir ahora a su casa sería como admitir que no sé afrontar las cosas yo solo.

—Estamos sin luz, no sé si lo recuerdas.

—Lo sé muy bien. amor. Me he dado cuenta.

—Solo te lo recordaba, por si acaso se te había olvidado.

—Puedo sobrevivir unos días sin luz, amor. No es el fin del mundo. —Ella se encogió de hombros.

—Tú mismo. Me encantará decirte, te lo dije.

Maldita Hope. Tenía razón.

A la mañana siguiente, ya no lo veía todo tan sencillo.

—¿Lo tienes todo? —le preguntó Hope a Brad. Este asintió—. Pues nos vamos —dijo mientras le ponía la correa a Jack, que parecía eufórico ante la idea de salir a la calle—. Alex, ¿todo bien por ahí?

—De lujo. Solo necesito un café.

—¿Y cómo lo harás? La máquina no funciona, para eso necesitaríamos luz. —¡Mierda!—. Tampoco puedes calentar nada en el microondas. ¡Ah! Y estamos sin nevera. —Cómo la odiaba en momentos así.

—Bueno, me ducharé y me lo tomaré en la cafetería de abajo. —No iba a sobrevivir allí

mucho tiempo.

—Que te vaya bien duchándote a oscuras. Nosotros nos vamos.

Cómo odiaba que siempre tuviese razón.

Día uno sin luz. No conseguía hacer café porque la única manera que teníamos de hacerlo era con una máquina que funcionaba con electricidad. Me duché iluminando el baño con la luz de mi teléfono, rezando para que no se me cayera a ninguna parte.

Solo me faltaba eso.

Horas después de que mis compañeros se fueran, ya no sabía qué hacer. Mi primer día de fiesta y ni siquiera podía ver la televisión. Tampoco podía encender el ordenador porque estaba sin batería. No funcionaba nada. Y cada vez tenía más ganas de tomarme un café. Un día o dos podría soportarlo, pero una semana... iba a ser difícil.

Entonces se me ocurrió una idea disparatada. Pero hasta el momento, la más inteligente. Cogí mi teléfono, que estaba a pocos minutos de agotar su batería, y escribí a la única persona que podía salvarme de morir de aburrimiento.

Alex: ¿Tienes luz?

Respondió segundos después.

Olivia: Claro que tengo luz. ¿Qué clase de pregunta es esa?

No respondí. Tenía una maleta que preparar.

Olivia me cerró la puerta en las narices en cuanto me crucé en su campo de visión. A mí. ¿Era una broma? No pude evitar reírme ante la situación. Su cara era de completo horror cuando me vio parado en el umbral con una maleta en la mano.

No tardó demasiado en abrir de nuevo, esta vez, con ojos curiosos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cautela.

—Gracias por invitarme a pasar, Olivia. Muy amable por tu parte. —Al entrar a su casa, lo primero que hice fue tropezar con una pila de libros que había en la entrada.

—¿Es que no tienes otro sitio donde meter esto?

—Tenía la intención de ordenar en algún momento. Además, ¿de quién es el apartamento? Por cierto, ¿me puedes explicar qué haces aquí con una maleta en la mano? Que yo recuerde, no te he invitado a quedarte.

—Bueno, yo tampoco te he invitado nunca, pero eso no ha sido un impedimento para que vinieras cada vez que te daba la gana. —No dijo nada ante el comentario—. Así que me debes una.

—No cantes victoria tan rápido, amigo. Aún puedo abrir la puerta para que te vayas. —Se cruzó de brazos.

—Pero no lo harás, ¿verdad, Oli? Me debes muchos días de visitas inesperadas. —Soltó un gruñido ante mi comentario. Miré a mi alrededor. Para ser el apartamento de Olivia, estaba todo demasiado tranquilo—. ¿Dónde están los demás?

—No están —respondió mientras recogía todas las cosas que tenía esparcidas por el sofá—. Estarán fuera las próximas tres semanas.

—¿Así que estaremos solos los próximos siete días?

Se paró en seco.

—¿Cómo que los próximos siete días? —Casi tropezó al girarse— he...

Me dejé caer en el sofá y el gato blanco que trajo Paula la última vez que estuvimos allí se acercó a olisquearme. Cuando acerqué la mano, en un primer momento se paró, pero poco a poco se fue acercando hasta que se sentó encima de mí.

—Traidor—murmuró Olivia refiriéndose al gato—. Está bien, pero si te quedas, habrá unas normas, así que escucha bien, Alex, no volveré a repetirlo.

Capítulo 19

Alex

Normas de convivencia de Olivia:

- No molestarla cuando está viendo su serie favorita.
- Dejarla ver la televisión siempre y cuando ella quiera.
- No sentarse en su lado del sofá, ni dejar que Kane lo haga.
- No molestarla cuando está viendo a Kane Jacobs.
- Esta lista puede aumentar con el paso de los días.

Nunca pensé que compartiría piso con Olivia por voluntad propia. Siempre que había aparecido sin avisar por unos días intentaba evitarla para no tener que estar en el mismo espacio que ella. Así que, la idea de tener que pasar los próximos días a solas con ella, quizá no era la decisión más acertada. En un principio pensé que estarían sus otros dos compañeros, y mi idea principal era quedarme durante el fin de semana y después llamar a mi hermano para ver si podía ocupar su habitación de invitados durante unos días o hasta que volviera la luz a mi apartamento. Pero, saber que no estaban, hizo que quisiera pasar los días aquí.

Me había vuelto loco.

Estaba en el sofá, con el gato aún encima, pasando los canales de la televisión mientras Olivia hacía pilas de libros sobre la mesa. Al principio pensé en preguntarle qué estaba haciendo, pero pensé que viviría mejor sin saberlo, pero después de algunos minutos, no pude evitar girarme.

—¿Los vas a tirar? —Se giró hacia mí con horror, como si le hubiese dicho que quería encerrar al gato en la nevera—. ¿Qué?

—¿Cómo que si los voy a tirar? ¡Los libros no se tiran!

—¿Piensas luchar por sus derechos? —Me fulminó con la mirada.

—Estoy limpiando, cuando vuelva a casa me llevaré algunos, así que los estoy clasificando. ¿Contento? En mi habitación no tengo espacio, así que lo hago aquí.

—¿Y qué libros te vas a quedar?

—Es lo que estoy intentando decidir. Pero me los quiero quedar todos.

—Creo que no sabes lo que significa la palabra limpieza. Además, ¿cómo puedes acumular tantos libros en tan poco tiempo?

Se encogió de hombros.

—No tengo la culpa de ver ofertas. —Volvió a mirar los libros que tenía y suspiró de nuevo—. ¿Qué hago? No los puedo dejar todos aquí. ¡No podré comprarme más si lo hago! —No quería estar en su piel en ese momento—. Ya que estás aquí, podrías ayudarme.

—Estoy muy entretenido viendo... esto.

—Claro, los documentales son geniales, ¿verdad? —Hice una mueca, pero por suerte no me vio. Cambié de un canal a otro, cuando de pronto la tuve encima de mí—. ¿Pero qué haces?

—Vuelve para atrás, vuelve para atrás. —Hice lo que me pedía, un poco asustado.

En el televisor escuchamos:

—Todos los miembros de la banda estarán en Londres para grabar su próximo videoclip, además, solo quedan unas semanas para que empiece la gira y estarán en distintas ciudades firmando su nuevo álbum. ¿Estáis preparados para escucharlos? —Los chillidos invadieron todo el salón. Los había escuchado en alguna ocasión, pero no me sorprendían. Tenían buenas canciones, pero no pensaba admitirlo en voz alta.

Olivia los miraba embobada, así que volví a fijarme en ellos mientras ladeaba la cabeza. No, no tenía ni idea de que es lo que veía en ellos.

—¿Puedo cambiar ya? —pregunté aun sabiendo la respuesta.

—Ni se te ocurra. —Hice ademán de cambiar de canal, solo para ver su reacción.

Moví el mando a un lado conteniendo la risa, mientras ella estiraba los brazos para hacerse con él. Al estar detrás de mí, esa maniobra le costaba un poco. La canción sonaba de fondo y, sinceramente, se me estaba haciendo eterna. Estaba haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad para no apagar el televisor. Algunas canciones me gustaban, pero esa no era una de ellas, ni de lejos. Me llevé el mando hasta la punta de los dedos, y ahí fue donde Olivia perdió el equilibrio. Se estiró tanto para cogerlo, que no calculó bien la distancia, y terminó cayendo. Yo, al verlo todo a cámara lenta, intenté cogerla antes de que se hiciera daño, pero al final, el que se hizo daño fui yo. Le había puesto tantas ganas a eso de quitarme el mando a distancia, que del impulso caímos los dos del sofá, llevándome yo la peor parte.

Con un grito que resonó en todo el apartamento, nos precipitamos hacia el suelo, con tan mala suerte que acabé golpeándome la cabeza.

Y os aseguro que dolía.

Pero en ese momento, estaba más preocupado por otra cosa. Tenía a Olivia subida encima de mí, a horcajadas. Se me olvidó hasta el dolor de cabeza. Mis manos estaban en sus muslos, y las suyas en mi pecho. Su cabeza a muy poca distancia de la mía, y podía notar su respiración entrecortada. Tragué intentando concentrarme en otra cosa, como por ejemplo, en la canción que aún sonaba, pero no era tan sencillo como pensaba.

Poco a poco, su rostro se fue alejando del mío, y no sabía si eso era bueno o, por el contrario, lo peor que podía pasarme. Aún podía oler su perfume.

Carraspeé antes de que se me fuera la cabeza del todo e hiciera algo de lo que al final podía arrepentirme.

—Creo que por tu culpa me he abierto la cabeza.

—Eres un exagerado. Déjame ver. —Pasó sus dedos por mi pelo, sin demasiado cuidado, debo añadir—. No tienes nada, Alex.

—¿Estás segura? —Una parte de mí no quería que se levantara porque sabía que en cuanto lo hiciera volvería a estar distante conmigo—. Mírame otra vez. —Con un suspiro, hizo lo que le pedía. Se inclinó hacia delante y, con algo más de detenimiento, volvió a mirar. No paraba de girarme la cabeza de un lado hacía otro con brusquedad, lo que hizo que una sonrisa casi se escapara de mis labios.

Que poco tacto tenía.

—Alex, no tienes nada. No te quejes tanto. —Puso las manos en mis hombros y volvió a la posición inicial, lo que hizo que contuviera la respiración por unos segundos—. Bueno, ¿vas a quedarte ahí todo el día?

—No es que no quiera, es que alguien me impide hacerlo. —Cuando cayó en la cuenta de donde estaba sentada, se levantó con una rapidez asombrosa.

Yo tardé algo más en hacerlo.

Mientras Olivia desapareció por completo de mi campo de visión, volví a plantearme si estar allí una semana era una buena idea.

Capítulo 20

Olivia

Estaba completamente roja, lo notaba. Cuando mi reflejo me lo confirmó, quise abrir un agujero y que la tierra me tragara. Pero ¿en qué estaba pensando? Me llevé las manos a la cabeza y suspiré. No podía dejar que pasara de nuevo. No podía dejar que Alex volviera a hacerlo. No pasaría otra vez. En cuanto notara el peligro saldría corriendo, como acababa de hacer. Sí, haría eso.

Pero, si salir corriendo era la solución, ¿por qué sentía ese vacío? Por unos instantes sentir su calor, sentirlo cerca de mí, me había gustado. Me había gustado demasiado, ese era el problema. Alex no quería relaciones, y mucho menos conmigo. Una vez lo escuché hablar con David, le decía que nunca dejaría que pasara nada entre nosotros, que no era alguien que quisiera tener a su lado.

Olivia y yo no somos nada, y nunca lo seremos.

Esa frase aún resonaba en mi cabeza. Él seguía diciendo que era un problema. Por esa razón, cuando ocurrió lo del verano pasado, me sorprendí. Me sorprendí tanto que dejé que lo que había estado reprimiendo durante tanto tiempo tomara el control de mi cuerpo.

Vamos, Olivia, me dije, no dejes que pase de nuevo.

Y con esas palabras, volví a salir de la habitación.

Lo encontré en el sofá cambiando de canal una y otra vez como si nada hubiera pasado, como si hubiésemos rebobinado y estuviéramos de nuevo al principio. Carraspeé antes de hablar.

—¿Qué te apetece comer? —Alex se encogió de hombros sin dirigirme la mirada—. Tú mismo, no te quejes si después no te dejo nada. —Miró su reloj y se levantó.

—Tengo cosas que hacer, no me esperes. —Y, sin decir nada más, se fue.

—No pensaba hacerlo —murmuré más para mí misma que para él—. Parece que nos hemos quedado solos de nuevo, Kane. —El gato ronroneó mientras se daba la vuelta.

—¿Así que se ha ido a tu apartamento? ¿En serio? —preguntó Hope al otro lado de la línea.

—Sí, aunque no tengo muy claro el porqué. Se ha ido hace horas y aún no ha vuelto. ¿Crees que estará bien? No es que me importe, claro. —Hope resopló en respuesta.

—Es Alex. Lo más seguro es que esté con alguien. Quizá no le ves el pelo hasta mañana. —Intenté que esas palabras no causaran el más mínimo efecto en mí—. Entonces, ¿has terminado de ver la serie?

—Ojalá. Cada vez que lo intento aparece alguien para impedirlo. Creo que el universo intenta decirme algo. —En ese momento una idea cruzó mi mente—. ¿Sabes que el grupo hará una gira por todo el país? He pensado que...

—No, ni hablar —contestó mi amiga antes de que pudiera terminar la frase.

—Pero, Hope...

—Con la última vez tuve suficiente. —Intenté no reírme—. Sabes que te quiero, Oli, pero no creo que soporte algo así de nuevo.

—Tampoco fue para tanto —le recordé—. Te compré una porción de tarta.

—Sin duda lo mejor del día. ¿No puede acompañarte nadie más? ¿Por qué no se lo pides a

Alex? Así podéis hacer algo juntos y quizá llevaros mejor. —Me reí tan solo con imaginarnos a los dos allí.

No, ni hablar.

—¿Tú ves a Alex en una firma de discos? Porque yo lo veo difícil. —Hope se calló de pronto, lo que me dijo que se lo estaba imaginando a la perfección.

—Bueno... no creo que sea lo que más le guste, pero... déjalo en mis manos. Me tengo que ir, ¡luego te llamo! —Y me colgó.

Necesitaba mantenerme entretenida para no pensar en lo que estaría haciendo mi compañero de piso temporal. No quería saberlo, de verdad que no.

O eso es lo que intentaba decirme a mí misma una y otra vez.

Estaba segura de que si me lo repetía diez veces más, al final terminaría por creérmelo.

Me pasé la noche dando vueltas en la cama, alerta por si llamaban al timbre.

Cuando comprendí que eso no pasaría, ya era demasiado tarde como para conciliar el sueño. Estaba segura de que no le había pasado nada, pero no podía evitar preguntarme dónde estaría y dónde habría pasado la noche. Seguramente no era de mi incumbencia, pero estaba preocupada.

Cuando los primeros rayos de sol entraron por mi ventana, decidí levantarme y empezar el día. Abrí la nevera dispuesta a coger el cartón de leche, pero estaba vacío. ¿Quién dejaba un cartón de leche vacío dentro de la nevera?

Solo se me ocurría un nombre, y no estaba cerca para poder gritarle. Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria, haciendo que se moviera todo lo que había dentro.

Al parecer ese día desayunaría fuera.

Entré en la primera cafetería que vi por la zona. Parecía tranquila, así que le di mi aprobación antes de entrar. Como no podía ser de otra forma, me llevé uno de los libros que estaba leyendo en ese momento para tener algo que hacer. No sabía estar sin hacer nada, era superior a mis fuerzas. Cuando comía sola, necesitaba hacerlo viendo algo o leyendo. Me coloqué en la cola y esperé a que me atendieran. Casi era mi turno cuando una risa que conocía demasiado bien interrumpió mis pensamientos.

Giré la cabeza y lo vi. Pero ojalá no lo hubiese hecho. Alex estaba sentado con una chica rubia. Muy rubia y guapísima. Desde la distancia en la que estaba no podía escuchar lo que decían, pero por sus risas parecían estar pasárselo muy bien. ¿Por qué no se iba a su casa toda la semana y a mí me dejaba en paz? Pedí mi desayuno y, con la bandeja en las manos, intenté encontrar un sitio lo suficientemente alejado de ellos como para no escucharlos. No quería que me viera, así que tenía que ser rápida.

A lo lejos vi un asiento libre y recé mentalmente para que nadie se sentara y me lo quitara. Era en el sofá que había justo al lado de la ventana. Era el sitio perfecto para leer y pasar desapercibida. Sobre todo porque justo delante había una columna, y eso evitaría que Alex me viera. Claro que, no tuve tanta suerte.

—¿Tanto me echas de menos, pequeña? —dijo Alex detrás de mí. Sonreí aguantando la bandeja con demasiada fuerza.

—Antes me ahogo en café —dije entre dientes—. No dejes sola a tu amiga, no querrás enfadarla. —Alex se giró confuso.

—¿Sam? Creo que te equivocas, ella no es... —No le dejé terminar.

—Mira, me da igual quien sea. ¿Por qué no te vas a molestarla a ella? —Cada vez alzaba más la voz—. Estaba preocupada por ti, ¿sabes? Te fuiste por la tarde sin llaves. Me he pasado más de la mitad de la noche despierta por si tenía que abrirte la puñetera puerta, pero veo que no tenía de

qué preocuparme. Seguro que lo has pasado muy bien. La próxima vez te dejo en la calle toda la noche. Si van a ser así todos los días, llévate tu estúpida maleta de mi apartamento.

Ya no tenía ni hambre. Dejé la bandeja en la primera mesa que vi y cogí el café con una mano mientras que con la otra me metía el sándwich en el bolso.

No pensaba quedarme allí ni un segundo más. Antes de que pudiera avanzar, Alex me cogió del brazo.

—Olivia. —Me solté de golpe—. De verdad que no...

—No tienes que darme explicaciones de nada, Alex. Cómo tú mismo dijiste, no somos nada, y nunca lo seremos.

Salí de allí deseando no haber entrado nunca.

Capítulo 21

Alex

Mi intención no fue estar toda la noche fuera.

Cuando salí de casa de Olivia estaba confundido y lo único que quería era despejarme. Daría una vuelta y después volvería afrontando las cosas como la persona adulta que era.

Pero a mitad de camino me encontré con mi hermano, algo que obviamente no tenía planeado. Me reprochó que hacía mucho que no cenábamos todos juntos, así que no tuve más remedio que acompañarlo a su casa. A decir verdad, en todo el tiempo que hacía que vivía allí con Sam, su mujer, solo había ido en un par de ocasiones.

Le conté a mi hermano lo que había pasado con el apartamento y donde me estaba alojando ahora. Frunció el ceño cuando le dije que estaba quedándome en el apartamento de Olivia. Jack no estaba al corriente de mi historia con ella, así que no me extrañó que pusiera esa cara. Terminamos demasiado tarde y estaba convencido de que Olivia estaría durmiendo y no me abriría la puerta, así que me quedé en la habitación de invitados.

Mientras cenábamos, le expliqué a mi hermano todo lo relacionado con Olivia, cómo nos conocimos, y le aseguré que no tenía nada que ver con que la contrataran. Después de eso, ambos nos dedicamos a contar anécdotas de cuando hermanos pequeños, y tengo que confesar que me gustó la sensación.

En algunos momentos se me pasó por la cabeza que a Hope le habría gustado estar ahí y enterarse de todas las cosas vergonzosas de mi infancia.

Sam siempre había estado en nuestras vidas, y desde que éramos pequeños que bromeaba diciendo que un día ellos dos terminarían casándose. Una pena que no apostara algo, habría ganado. No empezaron a salir oficialmente hasta el primer año de universidad, y le costó semanas contármelo. Sabía que le diría que durante años había tenido razón, y odiaba tener que admitirlo.

Sam era como mi hermana, y cuando me propuso ir a desayunar algo fuera, no pude negarme. Jack tenía que adelantar algo de trabajo, así que ni se lo propuse. Con un, traedme algo cuando volváis, por parte de mi hermano, mi cuñada y yo nos dirigimos hacia algún lugar donde comer algo.

—Entonces, a ver si lo he entendido bien —dijo Sam—. Te gusta esa chica, pero no quieres dar ningún paso por miedo a que todo salga mal, ¿no?

—Asentí—. Es la cosa más estúpida que he escuchado nunca, Alex.

—Gracias por tu comprensión, Sam. —Ella negó con la cabeza mientras bebía un sorbo de café—. Olivia es la mejor amiga de Hope. Si algo sale mal... no quiero que tenga que elegir entre uno de los dos. ¿Sabes?

—Según lo que me has contado, os peleáis cada vez que os veis, y, aun así, es amiga de ambos. ¿Por qué crees que será distinto si lo intentáis?

—Porque seguramente la cagaré. Será mi culpa y... —Entonces la vi en la cola para pedir. Con su pelo castaño recogido en un moño bajo y con cara de cansada. Sam miró hacia donde lo hacía yo y sonrió de medio lado.

—Por la cara que has puesto, estoy convencida de que esa chica de ahí es Olivia, ¿verdad? —

Asentí—. ¿Por qué no te acercas?

—Porque lo más seguro es que me tire ese libro que lleva en la mano a la cabeza. —Sam empezó a reírse y yo hice lo mismo—. De verdad, tiene muy mal genio.

—Espero poder conocerla algún día —dijo con una sonrisa. Miró su reloj e hizo una mueca—. Estoy convencida de que a tu hermano se le ha olvidado desayunar. Así que será mejor que le compre algo y vuelva a casa. —Se acercó a mí y me besó la mejilla—. Sabes que puedes venir siempre que quieras. No lo dirá en voz alta, pero te echa de menos. —Puso su mano en mi hombro y lo apretó—. Vamos, que se irá sin ti.

Al girarme, pude ver cómo Olivia intentaba taparse la cara con la bandeja que llevaba en las manos, lo que quería decir que me había visto.

—¿Tanto me echas de menos, pequeña? —le dije cuando me coloqué a su lado. Ella forzó una sonrisa, lo que quería decir que aún seguía enfadada.

—Antes me ahogo en café —dijo entre dientes—. No dejes sola a tu amiga, no querrás enfadarla. —Me giré confundido. No podía ser que estuviese refiriéndose a Sam.

¿O sí?

—¿Sam? Creo que te equivocas, ella no es... —No me dejó terminar.

—Mira, me da igual quien sea. ¿Por qué no te vas a molestarla a ella? —Con cada palabra alzaba más la voz y la gente empezó a mirarnos con curiosidad—. Estaba preocupada por ti, ¿sabes? Te fuiste por la tarde sin llaves. Me he pasado más de la mitad de la noche despierta por si tenía que abrirte la puñetera puerta, pero veo que no tenía de qué preocuparme. Seguro que lo has pasado muy bien. La próxima vez te dejo en la calle toda la noche. Si van a ser así todos los días, llévate tu estúpida maleta de mi apartamento.

Sí, estaba bastante cabreada, y admito que era en parte culpa mía. Tendría que haberle dicho algo, pero no pensé que le importaría donde pasaba la noche. Siendo ella, pensé que seguramente se alegraría de que pasara la noche fuera.

Antes de que se fuera, intenté razonar con ella. Intenté impedir que se alejara cogiéndola, pero no tardó en soltarse.

—Olivia, de verdad que no... —No sé ni por qué lo intentaba.

—No tienes que darme explicaciones de nada, Alex. Cómo tú mismo dijiste, no somos nada, y nunca lo seremos.

Me quedé de piedra viendo cómo se alejaba de allí. La gente no dejaba de mirarme mientras murmuraba cosas que no estaba dispuesto a escuchar, solo podía pensar en la conversación que tuvimos David y yo una tarde y de la que pensé que ella no se había enterado.

Al parecer, estaba completamente equivocado.

Cuando por fin reaccioné, salí en su busca. No podía dejarlo así. Corrí en su dirección, y para mi suerte, la encontré antes de que hubiese podido ir muy lejos.

—Olivia, por favor, espera... —Puse la mano en su hombro, pero esta se zafó de mí de nuevo—. Olivia. —Al ver que no paraba, lo intenté de nuevo—. Escúchame, solo será un momento, ¿vale? Después puedes volver a enfadarte conmigo y con todo aquel que se te ponga delante, pero primero vas a escucharme. —Se dio la vuelta cruzándose de brazos, a la espera de una explicación—. No sé quién te pensabas que era la chica con la que estaba. —Fue a decir algo, pero levanté un dedo, advirtiéndole de que primero debía escucharme antes de crear sus propias conclusiones—. Y, aunque no tengo que darte explicaciones de nada, te diré que se llama Sam y es la mujer de mi hermano. Antes de que digas algo, te aclararé que no, no tengo nada con ella, es mi cuñada. Ayer cuando salí del apartamento me crucé con Jack y fuimos a cenar a su casa. Se hizo

tarde, no quise volver y despertarte, así que me quedé a dormir en su casa. Tendría que haberte dicho algo, pero sinceramente, pensé que te daría lo mismo si volvía o no, estaba completamente seguro de que pondrías un mueble en la puerta para impedir que pasara. Siento que te preocuparas por mí, no era mi intención. No puedo volver atrás y arreglarlo, así que tienes dos opciones: perdonarme o seguir enfadada, tú eliges. —Olivia entrecerró los ojos, pero noté cómo su cuerpo se relajaba.

—Quizá podría haberte preguntado y ahorrarme estar despierta toda la noche. —Nunca habría dicho que Olivia se pasaría la noche sin dormir preocupada por mí—. Que te perdone no quiere decir que deje de estar enfadada.

Me debes una noche de sueño —me dijo mientras me apuntaba con el dedo—. Ahora vámonos, antes de que me arrepienta y decida dejarte en la calle.

La seguí sin decir una palabra hasta llegar a su apartamento. No quería tentarla a que me dejara en la calle.

—Respecto a lo que dijiste en la cafetería sobre nosotros... —dije mientras ella abría la puerta.

—Aún estoy a tiempo de no dejarte entrar. Alex. No me tientes.

—Sé lo que parecía, pero no es lo que piensas. —Arqueó las cejas—. David no dejaba de tocarme las narices y no se me ocurrió otra forma de callarlo. Además, ni que estuvieras enamorada de mí. — Su cuerpo se tensó ante mis palabras—. No puede pasar nada entre nosotros dos.

Cerró la puerta del apartamento y tiró el bolso encima de la mesa.

—Ese es tu problema, Alex. Que siempre piensas por los demás. —Fruncí el ceño.

—Eso no es verdad. Yo nunca haría eso, no soy como mi padre.

—¿Ah, no? ¿De verdad? No puede pasar nada entre nosotros dos, Olivia. Esto no puede volver a pasar, Olivia —dijo imitando mi voz mientras la alzaba—. Y asumes que todos tenemos que estar de acuerdo con tus absurdas órdenes. ¿Qué te da miedo, Alex? Escúpelo de una vez.

—¡Tú! —dije en su mismo tono—. Me das miedo tú, joder. ¿Satisfecha? —Olivia se quedó petrificada en el mismo sitio con los ojos muy abiertos—. Me gustaste desde el primer momento en que te vi, quería conocerte, pero no me dejabas. Era como si me odiaras, pero no sabía por qué. Sigo sin saberlo. —Ahora que había empezado, no podía parar—. Pero no puede pasar nada entre nosotros porque sé que la cagaré, siempre lo hago. Aunque parezca lo contrario, no quiero hacerte daño y sé que te lo haré. Cuando pase, porque pasará, no quiero que Hope tenga que elegir entre sus amigos, no podría soportarlo. Nunca he dejado que nadie se acercara a mí lo suficiente, me da miedo querer a alguien y cagarla, ¿vale? Y tú me gustas demasiado, cuando estoy contigo me olvido de todo. Ya te hice daño una vez, no quiero volver a hacerlo.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas y no supe cómo reaccionar.

No sabía si acercarme o dejarla. Nunca sabía qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Eres idiota, Alex —dijo—. Uno de los grandes. Querer es arriesgarse, y si tú no eres lo suficientemente valiente como para intentarlo, no mereces que te quieran.

Dicho eso, se fue hacia su habitación y cerró dando un portazo que resonó todo el apartamento.

Capítulo 22

Olivia

Algunas veces Alex conseguía sorprenderme. Y esa era una de ellas. Sabía que había algo que le impedía dar el paso, pero no que era algo tan estúpido. Veía cómo me miraba, no era como a una amiga y tampoco como a alguien que te es indiferente. Había algo más en su mirada. Cada vez que me decía que no quería tener nada que ver conmigo, algo me decía que no era del todo cierto.

Tenía miedo. Lo último que se me habría pasado por la cabeza era que Alex tuviese miedo a algo. Respiré hondo y me obligué a dejar de llorar. No se merecía que llorara por él. Me sequé las lágrimas con las palmas de las manos e intenté tranquilizarme. Casi lo había conseguido cuando llamaron a la puerta.

Alex abrió sin esperar a que contestara.

—Siento lo de antes —dijo una vez dentro—. No soporto que estés así por mi culpa.

Aún seguía de espaldas a él cuando hablé.

—Antes de conocerte ya no te soportaba. Hope no paraba de hablar de ti. Alex esto, Alex lo otro. Tú estabas con ella mientras yo estaba a kilómetros de distancia. Tú podías ayudarla, mientras yo solo podía tener breves conversaciones telefónicas. Había estado con ella toda la vida y en el momento en que más me necesitaba no podía estar a su lado, pero sí que te tenía a ti. Estaba celosa, lo admito. La primera vez que nos vimos y me hiciste saber que no me querías en tu apartamento, me enfadé, así que en ese momento decidí que iría cuando quisiera. Algo infantil por mi parte, pero nunca dije que no lo fuera. Cuando estaba allí, hacías que pareciera una extraña, y no es una sensación que le desee a nadie. Poco a poco nos fuimos acercando más, parecía que nos llevábamos bien... y después pasó lo que era inevitable que pasara. —Respiré hondo y continué—. Me miraste como si te arrepintieras. No entendía qué había hecho mal ni por qué te arrepentías de acostarte conmigo. Fue como si te avergonzaras.

—Joder, Olivia...

—Con el tiempo, comprendí que quizá solo fuese producto de mi imaginación, pero para entenderte, debía preguntarte. Dejaste muy claro que no volveríamos a hablar del tema, y yo te dije que no quería que nadie se enterara. Así que simplemente intenté olvidarlo. Pero no pude. Hasta hoy no he comprendido qué fue lo que pasó, lo que se te cruzó por la mente. ¿De verdad pensabas que le hablaría mal de ti a Hope o que la haría elegir entre alguno de los dos? Podemos ser dos personas civilizadas. Alex.

—No puedo borrar lo que hice, y cada día me arrepiento más. No me refiero a lo que pasó, de eso no me arrepentiría nunca, Olivia. Desearía haber hecho las cosas de otra forma, pero me asusté. Hasta el día de hoy no había sentido nada parecido por nadie y no supe llevarlo. Aún no sé cómo hacerlo. Nunca he tenido pareja, yo... tengo miedo de cagarla. Tengo miedo de perderla.

—Tienes una forma muy extraña de demostrarlo.

—Lo sé. Nunca he dicho que se me diera bien. —No lo veía, pero sabía que había puesto una de sus sonrisas de medio lado—. Si no quieres que me quede aquí, puedo llamar a mi hermano y preguntarle si puedo irme a su casa unos días, dudo que le importe.

Negué con la cabeza.

—Supongo que podremos llevarnos bien por unos días, ¿no? —dije mientras me giraba—. Ninguno de los dos está preparado para lo que sea que hay entre nosotros funcione.

—¿Podemos intentar ser amigos?

—Podemos intentarlo.

Podemos intentar ser amigos. Vaya idea más absurda.

—Entonces, Sophie, que es la hermana de Daniela, confunde a Cameron con... ¿me estás escuchando? —Kane ladeó la cabeza antes de volver a tumbarse—. No sé para qué te explico nada.

—Deja de torturar al gato de esa forma, bastante tiene contigo. —Hice una mueca—. ¿Otra vez estás viendo esa serie? —Me encogí de hombros.

—Seguro que hay cosas que me he perdido. No dejas de dar vueltas por todo el apartamento.

—Claro, no tiene nada que ver que el protagonista sea ese cantante que tanto te gusta.

—Por supuesto que no. —Lo miré ofendida—. ¿Por quién me tomas? —Me quitó el mando y se sentó a mi lado—. ¿Se puede saber qué haces?

—Comprobar que la serie es tan buena como dices. Supongo que no te importará verla de nuevo. ¿Verdad?

Efectivamente, no me importaba lo más mínimo.

Pensé que no duraría más de un capítulo, pero para mi sorpresa, prácticamente vimos la serie del tirón. Nunca lo había visto tan concentrado. Incluso cuando me levanté para hacer otras dos bolsas de palomitas, no dejó de mirar la pantalla. Esta vez me aseguré de que no se terminaran. Por suerte, encontré una oferta que no pude rechazar. Ahora, todo el armario de la cocina estaba lleno de bolsas de palomitas.

—No me puedo creer que lo confunda con Cameron —dijo con la boca llena—. ¡Pero si no se parecen en nada!

—Pero ella no lo sabe —respondí—. No los ha visto nunca, no sabe cómo son.

—Igualmente, Sophie no puede ir por ahí asumiendo cosas que no son. ¿Es que no se da cuenta?

—Si vas a estar quejándote durante toda la serie la quito —lo amenacé.

Refunfuñó algo incoherente antes de dejar caer su cuerpo hacia atrás en el sofá.

No volvió a comentar nada más. Solo abrió la boca un par de veces para decir, pásame las palomitas y esto tiene mucha sal. Estuve muy tentada a tirárselas a la cabeza, pero me contuve. Queríamos intentar llevarnos bien, tirarle las palomitas a la cabeza no ayudaría en nuestro propósito de vivir en armonía hasta el próximo fin de semana.

Cuando llegamos al final, Alex se estiró a mí lado. Habíamos estado todo el día enganchados al televisor. Me dolía todo el cuerpo.

—No me gusta el final. ¿Cuándo dices que sale la segunda parte?

—No lo sé, quizá el año que viene. —Frunció el ceño.

—No me puedo creer que Daniela lo sepa todo y no se lo diga. ¡Pobre Sophie! —Negó con la cabeza—. Cameron debería ser más valiente y contárselo todo.

—Si se lo cuenta, Sophie no volvería a hablarle.

—Pero le está mintiendo. —Parecía realmente indignado.

—Sabes que es una serie de ficción, ¿verdad? —Alcé las cejas—. Que no es verdad.

—Sé lo que significa ficción, pequeña. No hace falta que me lo expliques.

—Bueno era para asegurarme. —Me encogí de hombros—. Se te ve realmente molesto.

—Solo me pongo en la piel de los personajes —dijo mientras se levantaba—. Voy a buscar la

cena. ¿Qué te apetece? —No estaba acostumbrada a ese despliegue de amabilidad por su parte, así que me costó algo de tiempo contestar.

—Pues... eh... ¿Qué tal uno de esos bocadillos del restaurante de la esquina? El del letrero azul. —Alex chasqueó los dedos.

—Vale, vuelvo en unos minutos. Me llevo las llaves. —Cogió su chaqueta y salió por la puerta.

Normalmente no había mucha gente en ese local, pero aprovecharía la breve intimidad que se me había proporcionado para irme a dar una ducha. Kane pareció olerse lo que quería hacer, porque en cuanto me levanté, vino detrás de mí como un perro. Me desvestí bajo la atenta mirada de mi nueva mascota y me metí en la ducha intentando olvidar que tenía a un gato mirándome fijamente mientras estaba desnuda.

No había pasado ni un minuto bajo el agua cuando noté algo por las piernas y pegué un pequeño gritito. No me caí de milagro, pero el susto sí me lo llevé.

—Jesús. Kane —me quejé. El gato me miró como si no entendiera porque me quejaba—. Se supone que eres un gato, no debería gustarte el agua. ¿Qué haces aquí dentro? ¡Vete! Que luego lo dejas todo perdido de agua. —Nada, ni un movimiento.

Estupendo, me había tocado un gato submarinista.

Kane maulló cuando corté el agua y me miró indignado.

—¿Olivia? —Escuché que me llamaban—. ¿Estás bien?

—Sí, oye, ¿puedes entrar un momento? —Noté cómo vacilaba en la puerta, porque no entró de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó una vez dentro—, pero bueno, ¿te duchas con agua hirviendo? No se ve nada aquí dentro. —No le hice ni caso.

—¿Puedes llevarte a Kane?

—Claro, ¿Dónde está? —Si lo buscaba por fuera, no lo iba a encontrar nunca.

—Aquí—admití mientras intentaba cogerlo.

—Ya sé que está aquí, no me lo habrías pedido de no ser así. Pero ¿dónde? ¿Has encerrado al pobre animal en un armario?

—No, idiota. Aquí conmigo, en la ducha. —Alex empezó a reírse.

—¿Y qué hace ahí? ¿Quieres que entre a cogerlo? —dijo entre risas.

—Cállate. —Abrí un poco la cortina y se lo tendí como pude—. Llévatelo fuera y sécalo.

—A sus órdenes —dijo mientras el gato se retorció en sus manos—. Venga, amiguito, vamos a secarte un poco.

Después de escuchar la puerta, por fin pude respirar algo de paz. Aunque, conociendo a los dos inquilinos que tenía, esa tranquilidad no duraría demasiado.

Capítulo 23

Alex

La convivencia con Olivia iba a ser complicada, y era algo que sabía desde el principio. Pero había decidido ir por voluntad propia, así que ahora debía enfrentarme yo solito a las consecuencias. Había confesado una pequeña parte de mí, y aunque me sentía un poco más ligero, eso no quería decir que me sintiera bien conmigo mismo. Ahora, Olivia sabía por qué hice lo que hice, y aunque no tengo excusa, sé que una parte de ella está un poco más tranquila.

Había estado hablando con Héctor, y aunque me había dicho que utilizara su habitación para dormir los días que estuviese allí, no me parecía bien invadir su intimidad cuando no estaba. Yo prohibiría a cualquiera que entrara en mi habitación cuando yo no estaba, así que, aunque a él le pareciera bien, no iba a hacerlo. Kane refunfuñó molesto cuando me tumbé en el sofá, pero después se subió encima y se hizo un hueco como pudo.

Me costó horrores conciliar el sueño, pero cuando por fin conseguí dormirme, un golpe me despertó de pronto. Parpadeé desconcertado, mirando hacia ambos lados, para ver qué se había caído. Volví a escucharlo de nuevo, esta vez, seguido de una maldición.

—¿Es que no se pude dormir tranquilo ni una noche? —murmuré para mí mismo.

La puerta de la habitación de Olivia estaba entreabierta y se percibía algo de luz dentro. No sabía qué estaba haciendo, pero no tardaría en averiguarlo. Me levanté y me dirigí hacia allí, abriendo la puerta con cuidado. Olivia estaba delante de la estantería cogiendo libros y poniéndolos encima de su cama. Me froté los ojos para asegurarme de que estaba despierto.

La primera vez que estuve ahí no me había fijado demasiado en lo que había, ya que mi único propósito era arreglarle la estantería y salir lo más rápido posible. En esa ocasión, me fijé en las paredes azul claro y en las lucecitas que tenía por toda la cama y por las paredes. Tenía discos de vinilo esparcidos por todas partes y el tocadiscos en una esquina. También me fijé en que tenía una máquina de escribir que hacía juego con las paredes, colocada sobre la mesa que usaba como escritorio. Aunque le sería complicado usarla como tal, ya que estaba llena de cosas. No me extrañaba, tenía cosas esparcidas por todo el apartamento.

Tenía una estantería que ocupaba gran parte de la habitación y eso hacía que pareciera más pequeña de lo que realmente era. No había armario, pero sí tenía las perchas colgadas de una barra metálica.

Suspiré mientras volvía a fijarme en ella y en cómo tiraba los libros encima de su cama y colocaba otros en la estantería después de limpiarla. Arquee las cejas.

—Una cuelga cuadros a las siete de la mañana y otra ordena estanterías a las... —Miré el reloj—. ¡A las dos de la madrugada! ¿Por qué no estás en la cama? —Olivia se encogió de hombros.

—No podía dormir. —Era igual que Hope. No me extrañaba que fueran tan amigas.

—Te recuerdo que mañana hay que ir a trabajar. Más te vale estar despierta cuando me vaya o te dejo aquí.

—Sí, sí —contestó, pero algo me decía que no me estaba prestando atención. Dio unos pasos hacia atrás y ladeó la cabeza mientras miraba la estantería—. ¿Crees que debería ordenar los libros por colores? Siempre he querido tenerlos ordenados por colores. O por autores. ¿Y por

temática? Tal vez...

—Olivia, vete a dormir. —Casi supliqué. Ella agitó la mano en mi dirección.

—No haré ruido, de verdad. Intentaré que no se me vuelva a caer nada.

—Me preocupa más que se te caiga algo en la cabeza —dije mientras me fijaba en la parte de arriba, donde había libros en un equilibrio dudoso justo encima de ella. —Ten cuidado. —Asintió, pero tenía la certeza de que seguía sin prestarme atención.

Cuando volví a mi cama improvisada, Kane estaba estirado justo en medio del sofá. Ese gato aprovechaba la más mínima distracción para asegurarse de que nadie más se sentaba ahí. Con Olivia puede que la maniobra le surtiera efecto, pero conmigo eso no iba a funcionar.

El lunes me desperté cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana y con un peso adicional en mi pecho. Al abrir los ojos, me di cuenta de que Kane estaba hecho un ovillo encima de mí, haciendo que me costara respirar.

Estaba empezando a pensar que ese gato me odiaba.

Siendo consciente de lo temprano que era, y teniendo en cuenta de que no tenía ni idea de la hora en la que Olivia por fin se fue a dormir, decidí ducharme y desayunar un poco antes de despertarla.

Con el café en la mano, entré en su habitación y no pude evitar reírme cuando la vi. Estaba estirada, con medio cuerpo fuera de la cama. Una mano le caía por un lado, y el libro que supuse que había estado leyendo se encontraba tirado en el suelo. Me agaché hasta estar a su altura y le di unos golpecitos en el brazo. Al ver que no se movía lo volví a intentar. Si no fuese porque la estaba escuchando respirar, me habría asustado.

—Olivia —susurré—. Olivia, es hora de despertarse.

Me respondió con un gruñido mientras conseguía sin éxito levantar el brazo para apartarme.

—Media hora más —me pareció que decía, no podía estar muy seguro.

—Normalmente se dice cinco minutos más —respondí entre risas.

—No quero cinco minutos, quiero media hora más —dijo sin abrir los ojos—. Tengo sueño.

—Si me hubieras escuchado, no tendrías tanto sueño. —No respondió—. Vamos a llegar tarde. —Gruñido—. No es por presumir, pero a mí no es a quien van a despedir si llega tarde. — Otro gruñido.

—Olivia, haz el favor de hablar como la gente normal. —Mientras decía eso, sus fosas nasales se abrían y se cerraban oliendo mi café. Alargó las manos, pero lo aparté—. Ni hablar, este es mío. Pero si te levantas ya, te hago uno mientras te arreglas. ¿Qué te parece?

—Me parece que si me haces café cada día, puedes mudarte aquí para siempre. —Reí ante su respuesta.

—Venga, no me obligues a sacarte a la fuerza. —Con pereza, se sentó para después caer hacia un lado—. Como no estés en diez minutos me voy. —Fue lo último que dije antes de salir de su habitación.

Al final me costó un poco más de lo que pensaba sacar a Olivia de la habitación. Normalmente, cuando aparecía en nuestro apartamento en esas visitas esporádicas, era la última en irse a dormir y la primera en levantarse. No sé si lo hacía para molestarme, pero a primera hora de la mañana podía escucharla en la cocina haciendo Dios sabe qué. Por eso me sorprendió que me costara tanto hacerla reaccionar. ¿Cómo se lo montaba cada día si estaba sola? Escuché sonar el despertador un total de cinco veces hasta que me levanté para pararlo. Ni siquiera abrió los ojos.

O estaba muy cansada o se estaba quedando conmigo.

Llegamos a la oficina con muy poco tiempo de margen. A esas horas ya estaba todo el personal, no pude evitar ver cómo todos los empleados nos veían llegar juntos a la oficina y meternos en el ascensor. No era partidario de las habladurías y los cotilleos, siempre me habían molestado en exceso, así que esperaba que no hablaran mucho de nosotros y que eso no llegara a oídos de mi padre. Él no tenía ni idea de lo que estaba pasando entre nosotros. Lo más probable era que Jack ya estuviera al tanto de todo. En la cena simplemente le conté que nos conocíamos, pero estaba convencido de que Sam ya lo habría puesto al día.

Olivia no se enteraba de nada, estaba demasiado concentrada saboreando el café que le había comprado justo antes de entrar. Había tardado tanto en levantarse y vestirse que no hubo tiempo de que se lo tomara antes de irnos, así que tuve que tirar el que le había preparado. Su cara de horror mientras lo tiraba por el fregadero fue digna de fotografiar. Después de pasarnos todo el camino en el coche discutiendo, había decidido entrar en el primer local que vi para conseguir que dejara de gritarme.

No era mi culpa que no quisiera levantarse de la cama.

Entré en mi oficina con Olivia a escasos centímetros de mí. Algo me decía que su mañana no iba a ser muy productiva. Tuve que repetirle las cosas unas cuantas veces antes de que por fin entendiera lo que tenía que hacer. Tenía suerte de que era conmigo con quien trabajaba.

Me froté las sienes con las manos mientras le decía que se fuera a ordenar todo lo que tenía en su mesa. Estaba seguro de que eso sí sabría hacerlo, no hacía falta estar muy despierto para ordenar.

Pasaron las horas y podía ver a Olivia a través de la puerta entreabierta. No se había movido de allí en toda la mañana y estaba seguro de que su descanso para ir a comer ya había finalizado. Me debatí interiormente si debía o no salir y preguntarle si quería algo. Después de unos minutos, decidí levantarme y dirigirme hacia su mesa.

—¿Has comido? —Ella negó con la cabeza sin ni siquiera mirarme—. Anda, vamos antes de que te mueras de hambre.

—No pasa nada, luego me comeré un sándwich de la máquina. —Hice una mueca.

—Esos sándwiches deberían estar prohibidos —respondí—. ¿Qué tal si comemos algo en el restaurante que hay aquí delante? —Eso pareció captar su atención—. Venga, invito yo.

No tuve que insistir demasiado para que se levantara y me acompañara.

—¿Te está gustando trabajar aquí? —le pregunté a Olivia mientras esta intentaba enrollar los espaguetis en el tenedor con una cuchara. Era la única persona que conocía que hacía eso. Asintió.

—No está mal, mucho mejor que los anteriores. Al menos tengo un horario normal y los fines de semana libres. —Se encogió de hombros—. No puedo quejarme. —Se metió los espaguetis en la boca—. ¡Qué bueno está esto! ¿Podemos venir aquí todos los días? —Sonreí—. Podríamos pedir la pizza especial, pero sin cebolla, tiene pinta de estar riquísima.

—¿Cómo sabes siempre exactamente lo que quiero? —Se encogió de hombros.

—Simplemente presto atención. He visto cómo te preparabas el café por la mañana más de una vez y también cómo apartas la cebolla y toda la verdura que sea demasiado grande a un lado. Tampoco me ha pasado desapercibido que le quitas a Hope todas las aceitunas cuando crees que no te ve. —Abrí mucho los ojos, cada día me sorprendía más.

—Y yo que pensaba que no me prestabas atención, pequeña Olivia.

—La próxima vez te lo pediré con extra de cebolla. —Me amenazó apuntándome con el tenedor.

—No te pases de lista. —Corté un trozo de bistec y lo mastiqué con cuidado—. Aún puedo hacer que pagues tú.

—Eres un hombre de palabra, Alex. Sé que no lo harás. —Me acerqué un poco más a ella.

—No me tientes, pequeña —dije antes de volver a centrarme en mi comida.

Como era de esperar, acabé pagando la cuenta. Tenía razón al decir que era un hombre de palabra.

Subimos de nuevo bajo la atenta mirada de todo el mundo y resoplé. ¿No podían meterse en sus asuntos? Nos siguieron con la mirada hasta que las puertas del ascensor se cerraron. Una vez más, Olivia no se dio cuenta de nada. Estaba demasiado concentrada oliendo el café que tenía entre sus manos.

Esa mañana había decidido ponerse el vestido más colorido que tenía en el armario para alegrar su día. Así que no era de extrañar que fuse el centro de todas las miradas.

Me metí en mi oficina en cuanto llegué y aún no me había ni sentado cuando sonó el teléfono.

Odiaba hablar por teléfono.

—Ya me he enterado de que estás compartiendo piso con Olivia —me dijo Hope en cuanto descolgué. Las noticias volaban.

—Ella ha estado mucho tiempo viviendo en nuestro apartamento, ya iba siendo hora de que me devolviera el favor. —La oí reír al otro lado—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Jack se lo está pasando muy bien con Al, el perro de mi padre. Va a costar separarlos cuando nos vayamos a finales de semana. Y bueno, estos días estamos pasando mucho tiempo juntos padre e hija.

—Eso está bien. ¿Cuándo volvéis? —pregunté, evitando así tener que hablar de su padre.

—Si todo va bien, llegaremos el domingo por la noche. ¿Sabes algo del apartamento? —Negué con la cabeza, siendo consciente que no podía verme—. No, aún no sé nada. Intentaré pasarme esta semana para ver cómo va.

—Espero que para cuando volvamos esté todo arreglado, no podemos vivir allí sin luz. Y dudo que Olivia nos deje a todos vivir con ella. —Sonreí ante ese pensamiento.

—Eres un hombre de palabra, Alex. Sé que no lo harás. —Me acerqué un poco más a ella.

—No me tientes, pequeña —dije antes de volver a centrarme en mi comida.

Como era de esperar, acabé pagando la cuenta. Tenía razón al decir que era un hombre de palabra.

Subimos de nuevo bajo la atenta mirada de todo el mundo y resoplé. ¿No podían meterse en sus asuntos? Nos siguieron con la mirada hasta que las puertas del ascensor se cerraron. Una vez más, Olivia no se dio cuenta de nada. Estaba demasiado concentrada oliendo el café que tenía entre sus manos.

Esa mañana había decidido ponerse el vestido más colorido que tenía en el armario para alegrar su día. Así que no era de extrañar que fuse el centro de todas las miradas.

Me metí en mi oficina en cuanto llegué y aún no me había ni sentado cuando sonó el teléfono.

Odiaba hablar por teléfono.

—Ya me he enterado de que estás compartiendo piso con Olivia —me dijo Hope en cuanto descolgué. Las noticias volaban.

—Ella ha estado mucho tiempo viviendo en nuestro apartamento, ya iba siendo hora de que me devolviera el favor. —La oí reír al otro lado—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Jack se lo está pasando muy bien con Al, el perro de mi padre. Va a costar separarlos cuando nos vayamos a finales de semana. Y bueno, estos días estamos pasando mucho tiempo

juntos padre e hija.

—Eso está bien. ¿Cuándo volvéis? —pregunté, evitando así tener que hablar de su padre.

—Si todo va bien, llegaremos el domingo por la noche. ¿Sabes algo del apartamento? —Negué con la cabeza, siendo consciente que no podía verme—. No, aún no sé nada. Intentaré pasarme esta semana para ver cómo va.

—Espero que para cuando volvamos esté todo arreglado, no podemos vivir allí sin luz. Y dudo que Olivia nos deje a todos vivir con ella. —Sonreí ante ese pensamiento.

—Sería como cada vez que viene, pero en su apartamento. —Hope también rio al otro lado—. No creo que le suponga un problema.

—Hablando de Olivia, ¿sabes lo de la gira? —Fruncí el ceño. ¿Se iba de gira?

—¿Qué gira? —Después lo pensé mejor—. ¿La del grupo ese que le gusta?

—Sí, supongo que sabrás que pasan por distintas ciudades.

—Sí, algo había escuchado. —Un presentimiento me decía que no me iba a gustar lo que vendría a continuación.

—A ella le encantaría ir y bueno, yo ya cumplí el año pasado, así que este he pensado que podías ir tú.

—Un momento, Hope, yo... —No me dejó terminar.

—Sabía que te encantaría la idea, eres muy amable por ofrecerte a acompañarla. Seguro que os lo pasáis muy bien. Tengo que colgar, ¡avísame cuando sepas algo sobre el apartamento!

—Hope, ni se te ocurra colgarme. —Pero el pitido que se escuchaba me informaba de que, efectivamente, me había colgado.

¿Qué hacía yo en una firma de discos?

Esperaba no tener que averiguarlo.

Capítulo 24

Olivia

Había aprendido muchas cosas de Alex esos últimos días. Cómo se sentía, sus miedos, sus costumbres y sus rarezas. Me daba cuenta de que cada mañana, antes de desaparecer por la puerta del baño, se rascaba la oreja y se pasaba la mano por la nuca. O de que cuando estaba concentrado no podía evitar dar golpecitos con el pie en el suelo. Eran pequeñas cosas de las que no me había percatado antes.

Aunque intentaba que no se me notara, no me había pasado desapercibido cómo nos miraban todos en las dos ocasiones que habíamos aparecido juntos por la puerta, y cómo nos seguían con la mirada hasta que se cerraban las puertas del ascensor. En esos momentos me concentraba en otra cosa para que no me afectara. Nunca se me había dado bien ser el foco de atención.

Odiaba hablar en público y, sobre todo, odiaba que me miraran más de dos segundos seguidos. No era una de esas chicas que estaban encantadas de ser el centro de atención, más bien, me gustaba pasar desapercibida.

Por esa razón no quería dar pie a que hablaran más de mí y tampoco a que Alex me preguntara si me había dado cuenta de cómo nos miraban. No me quería ni imaginar qué pasaría si se enteraban de que estábamos viviendo juntos, aunque no fuese como pareja. Les daría igual, estoy segura. Así que sí, al día siguiente fui una cobarde. Lo admito. Antes de entrar en la oficina, le dije a Alex que iría a por un café, aunque me hubiese tomado uno hacía apenas unos minutos y casi no tuviese dinero en el monedero. Se ofreció a acompañarme, pero puse como excusa que no quería que volviera a llegar tarde por mi culpa.

No tengo muy claro si me creyó o no, pero me dejó hacer. Para no sentirme tan mal conmigo misma, decidí comprarle uno a él también. Estaba segura de que me lo agradecería más tarde.

Durante las siguientes horas intenté evitarlo a toda costa, tengo que admitir que mi lado cobarde tomó el control. Y teniendo en cuenta que él había estado gran parte de la jornada laboral de una reunión a otra, no me resultó muy difícil.

Estuve concentrada en el trabajo hasta que el sonido de mis tripas resonó en toda la oficina y deseé estar en cualquier parte menos allí. Miré el reloj y comprobé que aún quedaban unos minutos para mi descanso.

Moriría allí y encontrarían mi cuerpo sentado en la silla horas después.

Un movimiento delante de mi mesa me sacó de mis pensamientos. Fruncí el ceño cuando vi a una mujer alta y rubia sonreírme. Era extraño porque nadie se paraba delante de mi mesa, y mucho menos me sonreía. Tenía unos ojos grandes y azules que me miraban fijamente.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté no muy convencida. Tenía la sensación de que no era la primera vez que la veía, pero estaba segura de que no trabajaba en la oficina.

—Olivia, ¿verdad? —Asentí. Por mucho que pensara, no lograba ubicarla—. Soy Samantha, pero puedes llamarme Sam. —Me tendió la mano y se la estreché sin estar muy convencida. Miró a su alrededor y volvió a mirarme—. ¿Sabes si les queda mucho? —preguntó señalando la sala de conferencias.

Cuando se apartó el pelo de la cara caí en la cuenta de quien era.

La mujer que estaba con Alex desayunando hace unos días. Su cuñada.

—No creo que tarden demasiado. ¿Puedo ofrecerle algo mientras espera? —Ella negó con la cabeza.

—No hace falta, ¿puedo hacerte compañía un rato? —Me encogí de hombros. No sabía hasta qué punto podía llevarle la contraria a la mujer de uno de los jefes—. ¿Hace mucho que trabajas aquí? No te había visto antes.

—Unas semanas. —Intentaba no hacer mucho contacto visual. La mujer asintió como si estuviese procesando mis palabras. Antes de que pudiera preguntar algo más, la puerta se abrió y todos empezaron a salir como si hubiese un incendio en el edificio.

—Espero que no estés molestando mucho a Oliva —dijo Jack una vez nos vio.

—Claro que no —dijo ella—. Solo estábamos charlando un poco. ¿Estás listo? — Jack asintió.

—Sí, claro. Alex. —Fue escuchar su nombre y tensarme al instante—. ¿Te vienes?

—Claro. —Pasó por mi lado y se detuvo—. ¿Has comido? —Negué con la cabeza.

—¡Fantástico! —exclamó Sam—. ¿Por qué no te vienes?

—No creo que... —Intenté zafarme mientras veía cómo Alex sonreía.

—Vamos —dijo Alex mientras cogía mi chaqueta—. Iremos al restaurante que te gusta.

Odiaba que me conociera tan bien.

—Entonces, Alex secuestró el tobogán y dijo que no volvería a subir nadie nunca más — explicó Sam entre risas—. Tendrías que haberlo visto con la espada de plástico jurando que no volvería a subir nadie nunca más mientras él estuviese allí. —No pude evitar reírme al imaginarlo.

Me alegraba haber aceptado la invitación de Sam para ir a comer con ellos.

Gracias a eso la había conocido un poco más, tanto a ella como a Jack, y descubrí que tenía muchas cosas en común con Alex.

Además, nunca estaba mal que te contaran anécdotas.

—¿No crees que ya es suficiente? —A Alex no parecía estar gustándole demasiado la historia—. ¿Por qué no cuentas la vez que decías que querías meterte en la lavadora porque decías que así te limpiarías antes? —Sam hizo una mueca.

—No creo que eso le interese a nadie. —Alex sonrió maliciosamente—. ¡Vaya! ¿Habéis visto la hora que es? —Mierda. Llegábamos tarde.

—Ya pagamos nosotros, nos os preocupéis —dijo Sam mientras se levantaba.

—Yo... —No me sentía muy cómoda dejando que los demás pagaran por mí.

—Tranquila, ¿quizá puedes invitarme un día a tomar un café?

Asentí mientras me levantaba y observaba cómo Alex se alejaba con su hermano.

—Claro, cuando quieras. Ha sido muy agradable charlar contigo.

—Lo mismo digo, Olivia —dijo con una sonrisa—. Pero hazme un favor, ¿quieres? Ten paciencia con él. —Fruncí el ceño—. Algunas veces le cuesta dar el primer paso, no se lo tengas en cuenta.

—Alex tiene muchas inseguridades. No sé si soy la persona indicada para ayudarle.

—Si te ha contado lo que siente, entonces sí eres esa persona. A Alex le cuesta confiar en los demás, aunque no siempre ha sido así. Cuando era más pequeño, solo se acercaban a él por el dinero de su familia. Ya no sabía si tenía amigos de verdad o simplemente querían aprovecharse de él. Una vez, en el instituto, le escuchó decir a la chica con la que salía que antes de dejarlo intentaría sacarle todos los regalos que pudiera.

—Qué horror. —Sam asintió—. Alex me conoce, sabe que yo no soy así.

—Claro que lo sabe, pero le da miedo arriesgarse. Escogió Derecho porque tanto su padre como su hermano son abogados. Era algo seguro. Ahora te tiene en su vida. Aunque sea de esta forma tan rara que os traéis ambos.

—Hice una mueca—. Sois muy parecidos. Si algo sale mal, es muy probable que no os volváis a hablar. De este modo, sin arriesgarse, sabe que siempre podrá contar contigo.

—Olivia —me llamó Alex desde la puerta—. ¿Nos vamos? —Asentí.

—Ha sido un placer conocerte, Sam. Espero que nos volvamos a ver pronto —me despedí.

—Lo mismo digo —dijo mientras me abrazaba.

Mientras Alex seguía en la salida del restaurante, su hermano le dijo algo que no llegué a escuchar y se acercó de nuevo hacia nosotras. Me separé de ella y después de despedirme de ambos me dirigí hacia donde se encontraba Alex, que me esperaba con una sonrisa que no supe interpretar.

De camino a la oficina pensé en las palabras de Sam. En todo lo que me había contado sobre Alex.

Quizá, por primera vez en mi vida, debía ser yo la que se arriesgara.

Durante los siguientes días no pude evitar estar dándole vueltas a la cabeza. Cada vez quedaba menos para que finalizaran las obras en el bloque de pisos donde vivía Alex.

Justo el día anterior se había pasado por allí para preguntar, y le dijeron que seguramente para finales de semana ya habrían terminado. Una sensación extraña se instaló en mi pecho cuando me lo contó. Una pequeña parte de mí deseaba que las obras se alargaran y que se quedara conmigo unos días más.

Pero si todo avanzaba correctamente, era muy probable que el sábado ya estuviese terminado.

Y no sabía cómo sentirme al respecto.

Yo no era el tipo de chica que se arriesgaba, nunca lo había sido. Pero esa era una de las pocas ocasiones en las que podía dar el primer paso sin importarme si tropezaba en el camino. Estaba dispuesta a hacerlo.

El problema era que no sabía cómo.

Enfrentarme a lo desconocido me aterraba, era algo que no podía evitar. Así que, decidirme fue complicado, no lo negaré.

Ese viernes fue un día tranquilo, demasiado. Incluso estaba empezando a pensar que quizá no sería necesario quedarme durante más tiempo en la oficina. Pero no quería pensar en ello. A media tarde, recogí todas mis cosas dispuesta a irme a mi apartamento, cuando vi que la puerta de Alex estaba entreabierta. Normalmente no me gustaba entrar en su despacho, pero ese día haría una excepción.

Toqué con los nudillos y me asomé para asegurarme de que estaba solo.

—Me voy ya —dije cuando me miró—. ¿Quieres que te espere?

Negó con la cabeza.

—No. —Se frotó las sienes—. Ve tú, llegaré tarde.

—Está bien. Te dejaré algo de cena en la nevera.

—Claro, gracias. —Estaba segura de que ni siquiera me había escuchado.

Últimamente estaba muy obsesionada con todo lo que tenía que ver con mi espacio personal. Y en cuanto entré en mi habitación, noté que había demasiadas cosas. Siempre había tenido tendencia a acumular trastos, sobre todo si para mí eran importantes. Conservaba entradas, billetes de tren... También tendía a no querer deshacerme de nada. Estaba empezando a tener un

problema.

Como no podía ser de otra forma, decidí que había muchas cosas que no quería o que no necesitaba, así que hacer limpieza me relajaría. Siempre lo hacía. Era algo extraño, pero útil. El cuerpo me lo pedía, ¿y quién era yo para negarme?

Empecé a acumular cajas poco después, y como en mi habitación no cabían, las arrastré hasta el salón con la intención de que no se quedaran allí más de dos días seguidos. Dos horas después, había dejado junto a la puerta varias cajas con ropa, libros y algunas cosas más que no necesitaba.

Iba a ponerme a hervir algo de pasta cuando escuché la puerta seguido de un golpe.

—Maldita sea. Olivia —se quejó Alex mientras cojeaba—. ¿Es que no hay más sitio donde poner tus trastos? —Me crucé de brazos.

—No son mis trastos, dentro de poco serán los de otras personas porque lo voy a donar todo.

—Podrías donar media habitación con la de trastos que tienes ahí. Además, este no es sitio para ponerlo. ¿Quieres matarme?

—Eres un exagerado —dije mientras me acercaba a él—. Además no es tu apartamento, sino el mío.

—Y doy gracias a Dios por eso —respondió—. Tienes ocupado medio apartamento con tus cosas.

—Al menos yo no estoy obsesionada con la limpieza, no sé qué es peor. —Contraataqué—. Si tan poco te gusta estar aquí, ¿por qué no te vas? —Con cada palabra alzaba más la voz.

—¡Pues quizá lo haga!

—¡Fantástico! Tus maletas también estorban, así que llévatelas y de paso vete tú también. — Con cada palabra me cabreaba más—. Mira, ¿sabes qué? ¡Me voy! Y cuando vuelva espero que ya no estéis ni tú ni tus estúpidas maletas.

—¿No crees que estás siendo un poco dramática?

—¿Dramática yo? —Cada vez estábamos más cerca—. No te soporto y espero no volverte a ver nunca más.

—Sabes de sobra que eso no es verdad.

—Sí que lo es. Estoy harta de pelearme contigo, de que te acerques y después te alejes. Si no quieres intentarlo está bien, pero no pretendas que...

No pude terminar la frase. Cuando quise darme cuenta, la boca de Alex estaba sobre la mía y se me olvidó todo lo que quería decirle.

Cuando se separó, aún me costaba respirar.

—¿Aún sigues queriendo no volver a verme?

—¿Por qué de pronto nuestras peleas terminan en un beso? —Alex sonrió contra mi boca.

—¿No te parece una buena forma de terminarlas?

Al parecer, no hizo falta arriesgarme. Él lo hizo por los dos.

Capítulo 25

Alex

Cuando llegué al apartamento no tenía planeado que pasara eso. Estaba cansado y solo tenía ganas de sentarme y olvidarme del trabajo. Escucharla decir todas aquellas cosas hizo que una parte de mi reaccionara. ¿Qué pasaría si un día me odiaba de verdad? ¿Si no quisiera volver a verme nunca más?

Era algo que no podría soportar.

Un impulso me hizo querer besarla, así que eso hice. Si se apartaba, la dejaría y me olvidaría de ella. Pero si por el contrario respondía a mi beso, intentaría que esa vez fuese diferente.

Olivia pensaba como yo, no quería que ese beso terminara.

Necesitaba tenerla cerca, tanto como ella me necesitaba a mí. Veía cómo reaccionaba cada vez que nuestras manos se rozaban. Me había lanzado a la piscina sin saber nadar, pero no me importaba. No me importaba en absoluto.

Mis manos recorrieron su cuerpo, despacio, saboreando cada segundo. Disfrutando del tacto de su piel contra la mía. La besé en cada rincón. En el hombro, en el cuello, en la clavícula... sin detenerme. Deseaba que no terminara nunca, me quedaría a vivir en ese instante para siempre. Un gemido entrecortado salió de sus labios y deslicé mis manos sobre su espalda. Ella se separó con la respiración agitada y mientras me cogía de la camisa me arrastraba hacia su habitación con una sonrisa picara en los labios.

Yo me dejé hacer, fuese lo que fuese, no iba a negarme.

Me desabrochó cada botón de la camisa con cuidado, recorriendo cada centímetro de mi piel con sus dedos, besándome cada vez que abría uno.

Me estaba volviendo loco.

Mi corazón latía más deprisa de lo normal, podía sentirlo palpitar frenético en mi pecho.

Una vez la camisa estuvo completamente abierta, la deslizó por mis hombros muy despacio, como si ella también estuviese saboreando cada momento. Sacó un preservativo de uno de los cajones y me mordió el labio antes de caer en la cama. Se sentó a horcajadas encima de mí y suspiré cuando mis manos volaron hacia su cintura, al sentir su piel caliente bajo la mía.

Deseaba aquello tanto como yo. Pero antes de seguir, necesitaba asegurarme de ello.

—¿Estás segura? —pregunté junto a sus labios. Ella asintió—. Quiero escuchártelo decir, Olivia.

—Sí, Alex —susurró—. Quiero esto y lo quiero contigo. —No necesité escuchar nada más. De un rápido movimiento pasó de estar encima a estar debajo de mí, lo único que seguía igual era la sonrisa que tenía dibujada en la cara.

Le quité la camiseta descubriendo que no llevaba sujetador. Suspiró contra mi boca cuando me dejé caer, haciendo que nuestros cuerpos se tocaran. Quería memorizar cada centímetro de su cuerpo, cada momento, pero Olivia tenía otros planes.

—Creo que también me molestan los pantalones —sugirió con una sonrisa—. ¿Crees que podrías hacer algo al respecto?

—Haré mucho más que eso, pequeña. —Metí los dedos por el pantalón corto que llevaba

liberándola de ellos tal y como me había pedido. No tardé demasiado en hacer lo mismo con el mío.

El preservativo seguía en su mano, así que lo cogí para ponérmelo bajo su atenta mirada. Enroscó sus piernas en mi cintura y se alzó para estar a mi altura. No dejó de besarme ni un momento mientras la penetraba con fuerza.

Sentí sus uñas clavarse en mi piel, sus dientes mordiendo mis labios... y yo no podía dejar que mis manos volaran de un lado a otro. Necesitaba sentirla.

Cuando mis manos la tocaron, sentí como se tensaba en mis brazos y no pude evitar seguirla.

Nuestros cuerpos sudorosos cayeron poco después, y esta vez, me quedé a su lado.

Hacía casi una hora que Olivia había entrado en el baño y no había vuelto a dar señales de vida. Si no fuese porque sabía que era imposible, diría que se había colado por alguna parte.

Decidí comprobarlo por mí mismo. Me levanté del sofá para ver que estaba haciendo tanto rato. Cuando me había dicho voy a ciamme un baño nunca pensé que sería voy a estar dos horas metida en el agua. Entreabrí la puerta y lo que vi no me sorprendió en absoluto. Encontré a Olivia en la bañera, tapada con un montón de espuma y leyendo un libro. Entrecerré los ojos. Típico de ella olvidarse del resto del mundo cuando un libro caía en sus manos. Me senté a su lado y se lo quité.

—Vaya, así que esto es lo que lees en tus ratos libres. ¿Le quitas la cubierta para que no la vea? Seguro que es una de esas que lleva un torso desnudo en la portada, ¿verdad?

—¡Devuélvemelo! —me gritó aún sentada.

—Ni hablar—dije mientras leía palabras sueltas—. Se está poniendo interesante, no sabía que se podían hacer tantas cosas en una ducha. —La miré de reojo—. ¿Estás insinuando algo? —Se puso más roja de lo que ya estaba.

—Yo... yo no estoy insinuando nada —tartamudeó—. Voy a salir, ¿por qué no te das la vuelta? Arqueeé las cejas.

—¿Ahora te vuelves vergonzosa? No decías lo mismo hace un momento. —Se tapó la cara con las manos, lo que me hizo reír con más fuerza—. Hazte a un lado —dije mientras me quitaba la camisa.

—¿Cómo? —preguntó desconcertada.

—Vete hacia adelante, voy a entrar. —No me pasó desapercibido cómo miró para otro lado cuando me quité los pantalones.

Mientras me metía en la bañera, no pude evitar que desbordara agua por todos lados. Ya lo limpiaría más tarde, ahora mismo me daba bastante igual.

—Espero que después limpies todo esto —me regañó Olivia.

—Más tarde —dije mientras la atraía hacia mí con una sonrisa.

Aún estábamos en la bañera cuando Kane apareció delante de nosotros.

Hacía mucho rato que el agua se había enfriado pero ninguno de los dos quiso moverse. Tenía la cabeza de Olivia apoyada en mi pecho mientras yo no dejaba de jugar con los mechones de su pelo. Con un ágil movimiento, Kane se subió al borde de la bañera. Al principio miró el agua con desconfianza, pero pasados unos segundos, decidió meter la pata.

—Como no lo detengas va a querer meterse —dijo Olivia mientras miraba al gato blanco. Fruncí el ceño.

—¿Estás segura? No creo que... —No llegué a terminar la frase. En un abrir y cerrar de ojos, Kane saltó al agua. Por miedo a que se ahogara, lo cogí inmediatamente con un brazo y lo alcé a

la altura de nuestras cabezas.

—Vaya, amiguito —dije sosteniendo el gato en el aire—. Vamos a tener que apuntarte a clases de submarinismo.

Capítulo 26

Olivia

Por mucho que supliqué que no pasara, el temido sábado llegó. Y con él, todos mis miedos y preocupaciones. Había pasado un viernes fantástico, al menos en parte.

Ahora que Alex iba a volver a su apartamento, no sabía dónde nos dejaría eso. Una parte de mí me decía que eso era absurdo, ya que muchas parejas viven en apartamentos distintos. Pero con Alex todo era diferente, nunca sabía cómo iba a tomarse las cosas. No sabía si el volver a la normalidad haría que olvidara todo lo que había pasado.

Si le dejaba el espacio suficiente como para que hiciera funcionar su mente a mil por hora, acabaría llegando a una conclusión que no beneficiaría a ninguno de los dos. Cabía la posibilidad de que se arrepintiera de nuevo.

Y si eso pasaba, no iba a soportarlo. No podría soportar su rechazo por segunda vez.

Como la tarde anterior al final no terminé de guardar todo lo que había sacado, decidí invertir un poco de tiempo y colocar en su sitio lo que dejé esparcido por mi escritorio. Alex había dormido conmigo la noche anterior y tuvo que darse la vuelta porque dijo que no podía conciliar el sueño si seguía mirando ese desastre.

Sonreí ante el recuerdo, y no porque nuevamente Alex se hubiera quejado de mi desorden, sino por recordar la noche que había pasado con él.

Fue extraño, pero sentí el preciso instante en el que apareció en mi habitación. Se recostó en el marco de la puerta y sonrió.

—Cualquiera diría que te pasas el día ordenado. —Me encogí de hombros.

—Como ya te habrás dado cuenta, soy un poco desordenada.

—Decir un poco es quedarse corto, pequeña. No sé cómo puedes dormir por las noches.

—Duermo muy tranquila, gracias.

—Tan tranquila que hasta roncas, nunca lo habría dicho de ti.

Me detuve al instante.

—Yo no ronco. —Arrugué la nariz—. En todo caso, respiro fuerte.

—Claro. —Miró a su alrededor y señaló el escritorio con la cabeza—. ¿Funciona? —preguntó mientras miraba fijamente mi máquina de escribir.

—Por supuesto que funciona. —O al menos eso creía.

—¿Desde cuándo la tienes? —preguntó con curiosidad.

—La compré hace unas semanas en un mercadillo de segunda mano.

Alex negó con la cabeza.

—Tienes una habilidad asombrosa para coleccionar cosas inútiles. ¿Te das cuenta?

—Oye —me quejé—, he dicho que funciona.

—¿Cuántas veces la has usado?

Miré hacia otro lado.

—He dicho que funciona. ¿No te vale con eso? —Alex rio entre dientes.

Se acercó hasta donde me encontraba y me rodeó la cintura con los brazos antes de besarme en el cuello. No pude evitar suspirar ante ese gesto. No estaba acostumbrada a tanto despliegue de

cariño por su parte, pero no me estaba costando adaptarme.

Sabía que Alex no era una persona que demostrara su afecto hacia los demás. En todo el tiempo que hacía que lo conocía, solo lo había visto abrazar a Hope unas tres veces. Ella siempre le preguntaba si también sería tan soso cuando encontrara pareja, pero en lugar de mirarlo a él, siempre acababa mirándome a mí. En ese momento no entendía el porqué, pero ahora ya me hacía una idea. Notaba su corazón latir contra mi piel, los golpes rítmicos que daba contra su pecho. Sonreí. Sus dedos trazaban círculos en mi piel y podía sentir su respiración en la nuca. Cerré los ojos, disfrutando el momento.

De un rápido movimiento, cogió mi mano y me dio la vuelta. Descansando sus manos en mis mejillas, me atrajo hacia él hasta que me besó, rozando nuestros labios y respirando entrecortadamente. Bajó sus manos por mi costado hasta que llegó a las caderas. Entonces me alzó, haciendo que quedara sentada en mi escritorio. Le rodeé con las piernas, atrayéndolo así más hacia mí.

Entonces, fui yo la que lo besé.

Pasase lo que pasase entre nosotros, nadie podría quitarme esos momentos.

Nunca.

No hicimos nada productivo en todo el día. Me llevé las manos a la cabeza cuando caí en la cuenta de que aún no había ido a comprar. Tendríamos que apañárnoslas con lo que tuviéramos en la nevera y debía añadir que no era mucho. Le conté a Alex que siempre había querido hacer un picnic y no tardó en decir que podríamos salir y comer en algún parque, pero cuando miré por la ventana solo pude reírme. No es que no me tentara la idea, pero el día no invitaba a salir. Estaba llovisnando, y algo me decía que solo aumentaría. Chasqueando la lengua, se giró y poco después lo escuché remover cosas en la cocina. No me dijo qué planeaba cuando sacó el mantel del cajón, ni tampoco cuando retiró el sofá y lo colocó en el suelo.

Lo dejé hacer mientras lo observa ir y venir de la cocina. Dejé de contar las veces que Kane se tumbó en el mantel y Alex lo apartó e intentó que no lo hiciera de nuevo. Sacó las cuatro cosas que había en la nevera y las puso sobre el mantel. Cuando levantó la mirada sonriente hacia mí, solo pude contener las ganas de llorar. Había improvisado un picnic en el salón. Para mí. En ese preciso instante podría decir que lo quería.

Me paralicé por el giro que habían tomado mis pensamientos. Sacudí la cabeza con la esperanza de ahuyentarlos. Me senté, disfrutando de su compañía, que para mí era más que suficiente. Ya tendría tiempo de pensar en lo que sentía, de momento solo quería disfrutar de él y memorizar cada instante.

Estábamos preparando la cena cuando a Alex le sonó el teléfono. Mi estómago dio un vuelco ante el simple pensamiento de que fuese algo relacionado con el apartamento. Por la cara que puso, sabía que no me había equivocado.

Carraspeé antes de preguntar.

—¿Quién es? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—Mi tía —respondió él—. Dice que ya hay luz en el edificio. Avisaré a los chicos para que lo sepan. —Asentí.

Nunca pensé que extrañaría tener a Alex merodeando por el apartamento.

Cómo asomaba la cabeza antes de entrar a alguna habitación o cómo lo removía todo hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Eh —dijo detrás de mí mientras me rodeaba la cintura con los brazos—. ¿Qué pasa? —Me encogí de hombros.

—Nada. No me pasa nada. —Alex me quitó las cosas de la mano y me dio la vuelta—. Te conozco lo suficiente como para saber que ese nada significa algo. ¿Qué pasa, Olivia? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—Es solo que... ¿Qué pasará con nosotros cuando vuelvas a tu vida? —Alzó las cejas—. Cuando todo vuelva a la normalidad.

—¿Qué quieres decir?

—Esto. Nosotros. Es... cuando vuelvas a tu apartamento, con tus amigos, con Hope... ¿todo volverá a ser como antes?

—¿Tú quieres que lo sea? —preguntó. Negué con la cabeza, por supuesto que no quería—. Todo será como nosotros queramos que sea, pequeña.

Cogió mi mano mientras se dirigía hacia la puerta. Con el ceño fruncido, lo seguí sin tener muy claro qué pretendía. Mientras lo seguía, a duras penas conseguí ponerme las zapatillas. Bajó las escaleras a toda prisa sin soltarme la mano y al salir a la calle lo paré antes de seguir avanzando.

—Alex —lo llamé—. ¿A dónde vamos? —Él solo sonrió.

—A donde nos lleve el amanecer.

Capítulo

Alex

Sabía que a Olivia le preocupaba que me alejara de nuevo y no la culpaba por ello. Me había comportado como un capullo en el pasado y era normal que pensara que podría volver a hacerlo. Hasta yo mismo me lo preguntaba.

Cuando salí con ella a la calle, no tenía ni idea de a dónde iríamos. Simplemente quería que olvidara que dentro de unas horas me iría, que alejara todos esos pensamientos que ocupaban su mente. Quería llevarla a algún sitio donde solo existiéramos nosotros dos. Nunca pensé que estaría así con otra persona, nunca pensé que sentiría algo así por nadie. Ni yo mismo sabía lo que sentía. Lo que sí sabía era que quería que sonriera.

Como era de esperar, la lluvia nos pilló a medio camino, no había tenido en cuenta el tiempo cuando salí con Olivia a la calle. Así que ese fue el resultado, ambos corriendo bajo la fina lluvia que estaba empezando a calar en nuestra ropa. Me quité la chaqueta y la puse sobre nuestras cabezas. Seguimos corriendo con la risa de Olivia de fondo, algo que también me hizo reír a mí. Cenamos en un pequeño puesto de comida rápida, esperando a que dejara de llover para poder seguir con nuestro camino.

La hice girar, haciendo que las pequeñas gotas que aún quedaban en su pelo me salpicaran. Nunca me había sentido tan a gusto con otra persona. Sentía que con ella podía ser yo mismo. Podía contarle cualquier cosa. Había tardado mucho tiempo en darme cuenta de ello y daba gracias que ella había sido paciente conmigo, aunque sinceramente, no lo merecía. Se lo había hecho pasar mal y no merecía una segunda oportunidad. Yo no me la habría dado, pero daba gracias de que Olivia no fuera como yo. Ella pensaba de otra manera, ella creía en las segundas oportunidades.

Quizá iba siendo hora de que yo también creyera en ellas.

Regresamos con los primeros rayos del alba. Antes de entrar, la hice girar hasta que nuestros cuerpos se rozaron.

—Este es nuestro primer amanecer —dijo contra mis labios.

—El primero de muchos —dije antes de besarla.

Nada más entrar por la puerta, Olivia se puso a trastear en la cocina, ya que según ella estaba muerta de hambre. No era de extrañar teniendo en cuenta que nos habíamos pasado la noche despiertos y dando vueltas por la ciudad.

Me había dejado el móvil allí, por lo que cuando lo cogí, comprobé que tenía un par de mensajes de mi hermano de ayer por la noche, recordándome que ya tenía planes para hoy.

—Mierda —dije mientras abría el mensaje—. Me había olvidado por completo de la comida de hoy.

*Jack: No te olvides que mañana comemos en casa de mamá y papá.
No llegues tarde.*

Para él no llegar tarde era presentarme a las diez de la mañana.

—¿Qué comida? —preguntó Oliva mientras daba la vuelta al beicon.

—A mi hermano se le ocurrió hace poco la fantástica idea de organizar una comida familiar al mes.

—Suena bien, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Te lo contaré esta tarde, si llego vivo a casa.

—¿Por qué no vas a arreglarte un poco y yo termino esto?

—¿Estás segura? Puedo hacerlo luego, aún tengo varias horas por delante, hasta las diez no me necesitan por allí, aún es temprano —Ella negó con la cabeza.

—No me gusta que me molesten cuando estoy cocinando —dijo mirando hacia mi dirección—. Además, lo hago mejor que tú. —Hice una mueca.

—Eso no es verdad —me defendí.

—Alex, ve a ducharte. Tienes una pinta horrible. —Olivia supo al instante lo que se me cruzó por la mente, ya que apagó los fogones y salió corriendo en dirección a su habitación. No llegó muy lejos. La intercepté en el camino, alzándola y llevándomela a un hombro—. Lo decía en broma, venga suéltame —dijo entre risas.

—Claro que te voy a soltar, pero no ahora. —Eso hizo que riera más fuerte.

Me la llevé hacia la ducha y encendí el grifo. Olivia gritó cuando el agua nos empapó a los dos, pero en ningún momento dejó de reír.

—Te detesto, Alex Dune.

—Sabes que eso es mentira, señorita Davis. —Fue lo último que dije antes de que ella atrapara mi boca con la suya.

Aún con el pelo mojado, coloqué el plato delante de Olivia, que consistía en dos huevos y dos trozos de beicon. Olivia se arremangó y con los dedos, separó los trozos de beicon, colocándolos a ambos extremos del plato.

—Eso es una guarrada —le dije observándola.

—Mucho mejor —dijo admirando su obra. Los había colocado de forma que parecía una cara sonriente. Negué con la cabeza, eso eran cosas que solo se le podían ocurrir a ella.

Comimos en silencio, mientras contestaba a Jack asegurándole que aparecería. No sabía si estaba despierto o no, pero conociéndolo, seguramente ya estaría levantado. No sé cómo habíamos estado tanto tiempo sin comer juntos.

Horas más tarde, estaba preparado para irme. No tardé demasiado en colocar todas mis cosas en la maleta que me traje. La había dejado junto a la puerta en cuanto la terminé para no olvidarme de bajarla y ponerla en el coche. Olivia no dejaba de fulminarla con la mirada cada vez que pasaba por su lado, como si de esa forma lograra que desapareciera. Le insistí en que nada cambiaría, pero ella no parecía estar demasiado convencida.

—Puedes pasarte esta tarde por nuestro apartamento —le sugerí—. Seguramente Hope ya estará allí.

Ella asintió.

—Sí, quizá me pase. Diviértete con tu familia.

Cuando llegué frente a casa de mis padres, me paré unos instantes para respirar profundamente. *Solo es una comida, Alex. Puedes hacerlo.*

—Hijo —dijo mi padre cuando entré por la puerta—. Da gusto verte en otro sitio que no sea la oficina. ¿Cómo estás?

—Bien —respondí—. ¿Ya ha llegado Jack? —Mi padre asintió.

—Veo que sigue sin gustarte hablar sobre ti mismo. Sí, está en la cocina con Samantha y tu

madre. Vamos, te llevaré con ellos.

Lo seguí en silencio. No estaba muy hablador esa mañana. Quizá porque no había dormido nada en toda la noche.

—¡Alex! —gritó mi hermano cuando me vio—. ¿Qué tal?

—Estupendamente. ¿Qué estáis haciendo? —Mi padre rio ante mis palabras.

—Ni lo intentes, no suelta prenda —dijo entre risas.

—Cariño. —Mi madre se acercó a mí y me abrazó—. ¿Ya están las obras terminadas en el edificio? —Asentí—. A ver si nos enteramos de las cosas por ti y no por tu hermano —me regañó—. Si no fuese por él no sabríamos ni que sigues vivo.

—No seas tan dramática, mamá. ¿Os ayudo a poner la mesa?

Estábamos por el primer plato cuando mi hermano casi consigue que me atragante.

—¿Cómo van las cosas con Olivia? —Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué Olivia? —preguntó mi madre ofendida—. ¿Tienes novia, Alex? ¿Por qué siempre somos los últimos en enterarnos de las cosas?

—Todo va bien. —Carraspeé—. ¿Me pasas el agua?

—Oh, vamos —se quejó mi hermano—. No te matará contarnos algo.

—Exacto, hijo —dijo mi padre—. ¿Quién es esa chica?

—Oh, tú la conoces, papá. —Iba a estrangular a mi hermano cuando termináramos de comer—.

Es Olivia Davis, la nueva ayudante.

—No es solo eso —me quejé—. Y no hables de cosas que no sabes, Jack.

—Tienes razón. Entonces, ¿por qué no nos lo cuentas? Es muy simpática, estoy seguro de que os caerá fenomenal.

—Nunca te lo había dicho, Jack, pero ¿sabes que el perro que tengo en casa se llama como tú?

—Mi hermano me fulminó con la mirada y Sam se aguantó la risa a su lado.

—Alex, no seas desagradable con tu hermano.

—Es verdad. Se llama así, y no es mi culpa. Habla con la hermana de David, le puso el nombre ella, no yo.

—¿No ibas a hablarnos de Olivia?

Sabía que no podría retrasarlo más, así que no tuve más remedio que relatarlo todo.

Les conté como conocí a Olivia cuando llegó una mañana sin avisar. Que era la mejor amiga de Hope, mi compañera de piso a la cual mis padres, por alguna razón que desconozco, adoraban. Mi madre decía que era una chica muy dulce, yo aún tenía mis dudas. También les relaté cómo Hope me enredó sin que yo lo supiera y cómo Olivia supo del puesto de ayudante. Afirmé que yo no tuve nada que ver, que ni siquiera sabía que ella era la amiga de la que me hablaba. Lo supe el día que la vi allí y entonces todo se volvió un caos en mi cabeza.

Obviamente, no les conté lo que había sucedido entre nosotros el año pasado. Mi madre me mataría si lo supiera.

—¿Por qué no la traes a la siguiente comida? —Esa vez sí que me atraganté mientras bebía agua.

—¿Cómo? —pregunté aún un poco aturdido.

—Solo la he visto un par de veces en la oficina —apuntó mi padre—. Estoy seguro de que es una chica muy especial si ha conseguido que te abras con ella. A tu madre y a mí nos gustaría conocerla.

Me giré hacia mi madre y no pude negarme ante su mirada esperanzada.

—Está bien, le preguntaré si le apetece venir la próxima vez, ¿contentos?

Mi madre asintió contenta y yo suspiré. ¿En qué lío me había metido?

Llegué al apartamento agotado. Me había pasado noches enteras sin dormir en mi adolescencia y también mientras estudiaba, pero ese día era como si se me hubiese caído todo un bloque de pisos encima. Solo quería tumbarme en mi cama y dormir por unas horas o hasta el día siguiente. Nada más entrar por la puerta, Jack se echó encima de mí como si en lugar de unos días, llevara años sin verme.

—Yo también me alegro de verte, amigo —le dije mientras intentaba calmarlo.

—¡Alex! —exclamó Hope antes de saltar encima de mí—. Te he extrañado un montón.

—Hope, solo has estado fuera una semana. —Me reí.

—Ha sido muy raro no escuchar a alguien quejarse por todo durante una semana seguida. —Hice una mueca—. Incluso le pedí a Brad que se quejara de algo para no perder la costumbre.

—Yo también te he echado de menos, Hope —dije entre risas—, pero me gustaría ir a mi habitación y dejar esto. —Subí la pequeña maleta como pude.

Hope se soltó y se apartó el pelo de la cara.

—Sabes que en cuanto bajes tendrás que explicarme cómo ha ido la semana, ¿verdad? —dijo mientras se cruzaba de brazos.

—Claro. —Y por ese motivo, no volví a bajar.

Capítulo 28

Olivia

Durante días había deseado tener el apartamento para mí sola, pero ahora que lo había conseguido, no tenía muy claro qué hacer. Ya había ordenado más que suficiente y no tenía hambre para preparar algo de comer.

Durante la última semana había estado tan ocupada por la visita de Alex que me había olvidado completamente de mis planes.

Me había pasado la mañana vagueando de un lado a otro hasta que cogí el móvil para comprobar si tenía mensajes.

Hope: ¡Ya estamos en casa! ¿Te vienes después? tengo ganas de verte, Oli.

Alex: Esto es una tortura.

Héctor: Para que veas que no me olvido de ti, aquí van unas fotos de Santa Mónica.

Decidí contestarles por orden, diciéndole a Hope que me pasaría más tarde y a Héctor que dejara de darme envidia. Y luego le escribí a Alex.

Olivia: ¿Cómo ha ido la comida?

Alex: Horrible. No dejan de preguntarme cosas cada vez que voy.

Olivia: De vez en cuando no está mal hablar sobre uno mismo, Alex.

Alex: No me convence. ¿Cómo ha ido tu mañana?

Olivia: Aburrida.

Alex: Hope y Brad ya están aquí y David no creo que tarde en llegar, ¿por qué no te vienes? Estas últimas horas sin ti han sido muy duras.

No pude evitar sonreír.

Olivia: Le he dicho a Hope que me pasaría en un rato. No te preocupes, volverás a verme dentro de poco.

Alex: Me quitas un peso de encima, pequeña. Nos vemos luego.

De pronto me puse nerviosa. ¿Cómo me despedía de él? ¿Con un beso? ¿Un simple hasta luego? Me empezaron a sudar las manos y escribí la primera estupidez que se me pasó por la cabeza.

Olivia: ¡Un salido!

Mierda.

Olivia: Digo, ¡un saludo!

Me llevé las manos a la cabeza por la estupidez tan grande que acababa de cometer. ¿Un saludo? ¿En serio, Olivia? Esperaba que de un momento a otro me tragara la tierra para no tener que enfrentarme a Alex más tarde. Estaba tardando en contestarme, lo que quería decir que se estaba riendo de mí. Podía apostar cualquier cosa a que se lo estaba pasando en grande.

Alex: ¿Un salido? No estarás volviendo a leer uno de esos libros de torsos desnudos, ¿verdad, pequeña?

Olivia: Vete a la mierda, Alex.

Alex: ¡Espera! ¡Era broma! ¿Aún vendrás luego? No te enfades conmigo.

Olivia: Iré a ver a mi amiga, a ti no te dirigiré la palabra.

Alex: Eso ya lo veremos. Un salido para ti también, pequeña.

Cogí la bicicleta para acercarme a ver a mis amigos, tal y como había prometido. En los últimos días no la había cogido porque iba cada mañana con Alex en su coche al trabajo. Insistió en que mientras compartiéramos apartamento también debíamos compartir coche. Alex odiaba llevar a alguien más con él y odiaba más que subiera los pies en el salpicadero. Pero no podía evitarlo. Me había amenazado más de una vez en que la próxima pararía el coche y no volvería a arrancar hasta que no me bajara. Obviamente, ese momento nunca había llegado, por mucho que yo tentara la suerte cada día un poco más.

La puerta de abajo estaba abierta, así que aproveché para subir. Nunca había tardado tanto en subir las escaleras de ese bloque de pisos. No me había planteado qué haría ahora que estaban todos allí. ¿Cómo me dirigiría a Alex? ¿Con un abrazo o con un beso? Alex era muy celoso de su vida privada y no sabía con exactitud si les habría contado algo sobre nosotros. Después de unos cuantos minutos merodeando por su puerta, decidí acercarme antes de que los vecinos llamaran a la policía.

Llamé al timbre, suplicando para que fuese Hope quien me abriese la puerta.

Pero mis suplicas no fueron escuchadas. Alex estaba delante de mí con una de sus sonrisas, una que lograba desarmarme y volverme estúpida una vez más.

—Eh, hola —dije sin tener muy claro qué haría a continuación. Entré con cuidado bajo la atenta mirada de todos sus compañeros de piso. Tragué con fuerza. Estaba empezando a arrepentirme de haber venido.

Alex dio un paso adelante y yo instintivamente di uno hacia atrás. ¿Qué me estaba pasando? Vio la duda en mi mirada y estiró su mano hacia mí. Arrugué el ceño, ¿pretendía que se la estrechase? Vacilé, pero al final la levanté. En cuanto mi mano entró en contacto con la suya, tiró de mí hacia delante y me besó. Me besó delante de todos sin importarle lo más mínimo. Durante unos segundos, se hizo el silencio, pero Hope no tardó mucho en romperlo.

—¡Lo sabía! —gritó—. Brad, me debes veinte pavos, cariño.

—Cuéntamelo todo —insistió Hope una vez estuvimos a solas.

—Pues, bueno, como sabes, Alex apareció en mi casa cuando...

—Ahórrate los detalles aburridos, esos ya me los conozco —dijo Hope mientras agitaba el brazo—. ¿Cuándo ha pasado? Es decir, no digo que no me lo imaginara, pero me costaba creerlo. Siempre os peleabais. —Me encogí de hombros.

—Bueno, hay algo que no sabes. —Hope frunció el ceño—. Alex y yo... tuvimos algo hace tiempo, pero, digamos que no funcionó.

—No te enfades con Alex, pero me lo contó hace tiempo.

—Quedamos en no decirle nada a nadie sobre lo que pasó —me quejé.

—Por eso me hizo prometer que no te diría nada. Mira, Oli. Estaba muy preocupada por vosotros, así que me lo contó. No se lo tengas en cuenta, tú misma ibas a contármelo ahora, ¿no?

—En eso tenía razón—. En fin, ¿por dónde íbamos?

—Te estaba ahorrando los detalles aburridos.

—Tienes razón, continúa.

—Pues... no sé, tan pronto nos estábamos peleando como de pronto nos estábamos besando. —Me encogí de hombros—. No puedo contarte qué pasó porque ni yo misma lo sé. Solo sé que me gusta mucho y que no quiero que esto se estropee. —Hope sonrió.

—Estoy segura de que haréis que funcione.

Esperaba que estuviera en lo cierto.

Capítulo 29

Alex

Por mucho que le insistí a Olivia para que se quedara con nosotros a pasar la noche, no cedió. Puso como excusa que estábamos muy cansados y que al tener que ir a trabajar mañana, debíamos de descansar. No digo que no tuviera razón, pero no era por eso por lo que no quería quedarse. Sabía que, de hacerlo, acabaría durmiendo conmigo. En su apartamento todo había sido diferente. Estábamos solos.

En el mío, estaban todos.

Le daría el espacio que necesitara, pero eso no quitaba el hecho de que deseaba que se quedara. Me encantaba sentirla junto a mí y despertarme con ella a mi lado.

Se me hizo raro no tenerla en el coche ni tener que decirle diez veces que bajara los pies porque estaba ensuciándolo todo. Le pregunté si quería que pasara a por ella, pero me dijo que prefería ir en bicicleta y que ya nos veríamos allí.

Para mi suerte, nos encontramos en la puerta cuando ella salía de la cafetería que había delante de la oficina con un café humeante en cada una de sus manos.

—¿Es para mí? —pregunté cuando me miró. Asintió mientras me lo tendía—. Buenos días, pequeña, ¿has dormido bien? —Olivia sonrió.

—No tanto como el otro día. —Se acercó y, para mi sorpresa, me besó.

—Eso se podría haber solucionado si te hubieras quedado a dormir. —Hizo una mueca.

—Ya lo hemos hablado. —Abrió la puerta del edificio y entró—. Estábamos demasiado cansados. Además, tu cama es muy pequeña.

—Hoy mismo pido otra si eso hace que duermas conmigo esta noche. —Su risa se escuchó en todo el vestíbulo. Entramos en el ascensor y cuando las puertas se cerraron, se giró hacia mí.

—Alex, podrías... no sé, ¿no ser tan cariñoso cuando hay más gente delante?

—¿Qué quieres decir? —Me llevé las manos teatralmente al pecho—. ¿Te avergüenzas de mí?

—Sabes que no se trata de eso —explicó—. Cada vez que me siento en mi escritorio noto como todo el mundo me mira y dice cosas a mis espaldas. Estoy segura de que también dicen cosas sobre ti. y no quiero que esto te perjudique.

Le acaricié la cara con la yema de los dedos.

—Está bien —acepté—. No te trataré de un modo diferente en la oficina, ¿contenta? —Me pareció como si de golpe soltara todo el aire que había estado reteniendo. Y después estornudó dos veces seguidas.

Me había dado cuenta de que desde hacía un par de días lo hacía demasiado. Pero siempre iba sin chaqueta, así que ya ni me preocupaba en decirle que se la pusiera.

El ascensor se abrió cuando llegó a nuestra planta, noté cómo Olivia estaba tensa hasta que se sentó en su escritorio. Me paré delante de ella y bebí un sorbo de café antes de hablar.

—Cuando tengas un momento, me gustaría que vinieras a mi despacho —dije en el tono más profesional que pude. Olivia asintió sin mirarme.

—Claro, dame unos minutos. —No me permití sonreír hasta que llegué a mi despacho.

Poco después, Olivia apareció en mi puerta tal y como le había pedido. La dejó un poco

entreabierta y se sentó delante de mí, dispuesta a trabajar.

No tardamos mucho en programar las reuniones que tendríamos esa semana, y salvo un par que tuvimos que mover, no hubo más complicaciones.

Antes de que se fuera, me levanté y cerré la puerta de mi oficina antes de inclinarme hacia Olivia.

—¿No me vas a dar un beso? —le pedí. Ella negó—. ¿Ni siquiera uno pequeñito?

—Oh, vamos, Alex —dijo entre risas mientras se levantaba—. ¿No puedes esperar unas horas?

—No nos ve nadie, he cerrado la puerta. —No parecía muy convencida, pero se acercó a mí y me besó una primera vez despacio, rozando mis labios, una segunda vez y una tercera. No pude evitar sonreír junto a su boca—. ¿Ves? No era tan difícil. ¿Me das otro? —Un fuerte carraspeo hizo que Olivia prácticamente saltase hasta la otra punta de la oficina.

—¿Qué quieres, Jack? —Noté cómo mi hermano intentaba aguantarse la risa.

—Solo venía a recordarte que tenemos reunión en veinte minutos. —Asentí.

—Qué sí, que ya lo sé. ¿Algo más? —El rostro de Olivia cada vez estaba más rojo.

—¿Qué tal recordarte lo que acordamos en la última comida familia? —lo corté antes de que pudiese decir nada más.

—Déjame hacerlo a mi manera, ¿quieres? —dije entre susurros para que solo pudiera escucharme él—. Al final conseguirás que no vuelva.

—Solo era una broma, Alex. Cálmate, hermano. —Me tocó el hombro y abrió la puerta—. Nos vemos, Olivia —dijo antes de cerrar.

A veces me preguntaba si yo era el único normal en mi familia. Olivia se tapó la cara con las manos y sé que se estaba conteniendo mucho para no gritarme.

—Mi hermano ya lo sabe, no tienes nada de lo que preocuparte. —Olivia me miró alarmada—, Bueno, y mis padres.

—¿Cómo? ¿Se lo has contado a tus padres? —Me encogí de hombros.

—Más o menos. Fue culpa de Jack, no mía. Sinceramente, yo habría esperado un poco más, pero mi hermano es un bocazas y ahora, mis padres quieren que comas con nosotros en la próxima reunión familiar.

—Alex... —dijo antes de estornudar.

—No pasa nada si no quieres, ¿vale? Puedo poner cualquier excusa por ti. Sé que es pronto y todo eso, pero, en fin. A mi madre le hace ilusión conocerte. —Asintió y después estornudó de nuevo—. ¿Seguro que estás bien? —Olivia asintió, pero no me lo creí demasiado.

—Sí —contestó no muy convencida—. Solo he cogido algo de frío. —Se abrazó y sonrió—. De verdad, no pasa nada. Me voy a mi mesa, llámame si me necesitas. Estoy bien, en serio, no te preocupes.

Pero era imposible no hacerlo.

Al día siguiente, me sorprendí al no encontrar a Olivia sentada en su puesto de trabajo cuando entré a primera hora de la mañana, pero aún me sorprendió más cuando no la vi pasadas unas horas. ¿Dónde se había metido? Era probable que estuviese en otro sitio, pero no había contestado a ninguno de mis mensajes y estaba empezando a preocuparme de verdad. Me acerqué a Cristina a preguntarle, pero ella tampoco tenía ni idea de donde estaba y, al parecer, tampoco contestaba el teléfono. Quería parecer enfadada, pero sabía que en el fondo estaba preocupada, porque tanto ella como yo sabíamos que ese comportamiento no era típico de Olivia.

A media mañana ya estaba de los nervios. Sí que era verdad que Olivia era algo desastre con

el teléfono móvil y que le costaba contestar, pero nunca había tardado tanto. Además, era de las que siempre contestaba a las llamadas, daba igual quien la llamara, era capaz de mantener conversaciones hasta con quien intentaba venderle algo.

No me concentraba en nada, así que decidí levantarme. Era imposible trabajar cuando no dejaba de preguntarme si estaría bien. Me dirigí hacia el despacho de Jack y entré sin llamar.

—Necesito salir. —No se lo estaba pidiendo, en realidad. Simplemente le estaba informando. Mi hermano arqueó las cejas.

—¿A dónde? —Nervioso, me pasé las manos por el pelo—. Alex, me estás asustando.

—Olivia no ha venido a trabajar y no es propio de ella no venir sin avisar. No me contesta el teléfono y tampoco a Cristina. Sé que no es profesional que me vaya así, pero no podré trabajar si no compruebo que está bien.

—No sé qué haces aún aquí. Cuando la encuentres, dime si está bien, ¿vale?

—Gracias, Jack. —No esperé ni un minuto más para salir de allí.

Cuando llegué al apartamento de Olivia, empecé a tocar al timbre, pero nadie me abría la puñetera puerta.

—Vamos, Olivia —supliqué—. Ábreme la puerta. —En momentos como ese, era cuando me arrepentía de no tener una llave de su piso. De ser así, podría entrar para comprobar que estaba bien. ¿Y si se había caído? ¿Y si estaba inconsciente en alguna parte del apartamento? Llamé más fuerte, rezando para que simplemente se hubiese quedado dormida. Poco después, escuché pasos al otro lado y el corazón empezó a latirme mucho, más deprisa de lo normal.

La puerta se abrió y una Olivia somnolienta me dio la bienvenida.

—¿Alex? —preguntó algo confundida—. ¿Qué estás...? —La abracé antes de que pudiera terminar de formular la pregunta. Enterré mi cara en el hueco de su cuello y suspiré.

—Me tenías preocupado, pequeña —confesé aún sin soltarla.

—Mierda, ¿qué hora es? —preguntó nerviosa—. Tengo que vestirme y...

—Tú no vas a ninguna parte —la paré—. Estás algo caliente. Estoy convencido de que tienes fiebre.

—Solo estoy un poco resfriada, estoy bien.

—Mira, Olivia, no me obligues a encerrarte en tu habitación.

—Esta noche no he dejado de estornudar. Me dolía mucho la cabeza y me ha costado un poco dormirme. Me tomé una pastilla para ver si se me pasaba y... No he escuchado el despertador, Alex. Lo siento, de verdad.

—Olivia, cálmate. Es normal, te encuentras mal. ¿Por qué no descansas? Seguro que si hoy repones fuerzas, mañana puedes venir a trabajar, ¿vale? —Asintió sin muchas ganas—. Iré a buscarte algo de comer y te lo dejaré aquí preparado para que solo tengas que calentarlo. Volveré de nuevo cuando termine del trabajo, ¿está bien? —Asintió de nuevo—. Ahora hazme el favor y descansa.

Iba a costarme horrores irme y dejarla ahí sola.

Capítulo 30

Olivia

Era la primera vez que me pasaba algo parecido. Obviamente, había estado enferma antes, pero nunca me había dormido sin llamar para decir que ese día no iba a trabajar. Normalmente, tenía que encontrarme muy mal para faltar a trabajar, pero esa mañana ni siquiera había conseguido levantarme.

Había estado dando vueltas en la cama durante toda la noche, estornudando y sonándome la nariz cada cinco minutos. Pasadas unas horas, empecé a tener dolor de cabeza. Después de tomarme una pastilla para ver si se me pasaba, me dormí tan profundamente que no escuché el teléfono. Tampoco los mensajes de Alex ni las llamadas de Cristina. Incluso me costó entender que estaban a punto de tirar la puerta abajo. Cuando vi a Alex allí parado, supe que debía de haber pasado algo, su cara, reflejaba una preocupación que nunca había visto.

Pero nunca imaginé que la causa sería yo.

Era un simple resfriado, pero quizá un día de descanso tampoco me vendría tan mal. Sentía los músculos cansados y parecía que la cabeza me fuese a estallar. Alex volvió poco después y me dejó comida dentro de la nevera haciéndome prometer que me la comería. Tuve que insistirle un total de cinco veces para que se fuera.

La preocupación no le sentaba nada bien.

Estuve todo el día tumbaba con Kane haciéndome compañía. No tuve tiempo de aburrirme, ya que gran parte lo pasé durmiendo. Yo no quería, lo juro, pero no pude evitarlo. ¿Por qué no me pasaba algo así cada noche? Era fantástico dormirse con esa rapidez.

Abrí los ojos de nuevo cuando ya había anochecido. No tenía ni idea de la hora que era, pero algo sí tenía claro, no había comido nada. Me levanté un poco perezosa y calenté la comida que me había dejado Alex por la mañana.

Como no tenía nada más interesante que hacer, volví a ver una de mis series favoritas, para intentar mantenerme despierta. Estaba segura de que si me dormía de nuevo, no volvería a dormir en semanas. Me sentía descansada, pero aun así, tenía sueño.

¿Cómo se explicaba eso?

Alex apareció en mi apartamento un par de horas más tarde, con la misma cara con la que había llegado por la mañana. No paró de moverse de un lado para otro, poniéndome un cojín, trayéndome agua, cambiando el canal... podría acostumbrarme a eso. Por mucho que le decía que estaba bien y que no necesitaba que se quedara, no me hizo ni el menor caso. Tecleó algo en su teléfono, y después lo apagó y lo dejó encima de la mesa.

Así de simple.

A la mañana siguiente me levanté con las energías renovadas. No me encontraba como para ponerme a bailar encima de la mesa sin necesidad alguna, pero podía dar dos pasos sin cansarme y desear volver a tumbarme.

No es que me quejara de las atenciones que estaba recibiendo, pero tanta insistencia por parte de Alex estaba empezando a ponerme nerviosa. Esa noche se había quedado conmigo y algo me decía que no había dormido.

—¿Estás segura de que quieres ir a trabajar? —preguntó mientras ponía delante de mí un plato con tostadas y mermelada. Asentí.

—Me encuentro mucho mejor, además, estoy casi todo el día sentada. Si veo que empiezo a encontrarme mal, preguntaré si me puedo ir a casa, ¿vale? —Alex asintió aún sin estar muy convencido de ello.

—Está bien. Pero déjame que te lleve en coche. No quiero que cojas frío por ir en bicicleta. — Asentí. La verdad, prefería mil veces ir en coche, no me apetecía pedalear hasta llegar al trabajo —. Voy a casa a cambiarme de ropa y vengo en un rato, ¿está bien? —Se inclinó hacia mí y me besó.

Aún sentía su beso después de que hubiese salido por la puerta.

Esa mañana decidí ponerme un vestido que tenía con motivos florales y largo hasta los tobillos. Me encantaba ese vestido, y no tenía ni idea de por qué me lo ponía tan poco. Me miré en el espejo después de ponerme el sombrero y suspiré. Tenía la nariz roja de tanto sonármela, y aún tenía la piel un poco pálida. Intenté no darle demasiadas vueltas y olvidar que parecía un fantasma, cogí el bolso y decidí que esperar a Alex mientras me daba un poco el aire era buena idea.

Llegué a la oficina sin tener muy claro lo que me esperaba. Alex se reía de mí mientras me decía que no tenía nada de lo que preocuparme.

Yo aún tenía mis dudas.

Como acordamos, no demostró demasiado afecto cuando llegamos. Antes de irse a su despacho, me apretó el hombro y me dijo que me llevaría a casa más tarde.

Intercepté a Cristina poco antes de que desapareciera por la puerta del ascensor.

—Cristina, espera —dije mientras echaba a correr detrás de ella.

—Olivia, ¿estás mejor? —Por su tono de voz y la mirada que me dirigió, no parecía muy enfadada.

—Sí, gracias. Siento mucho lo de ayer, de verdad. Fue todo por culpa del resfriado, yo... — Levantó una mano haciendo que dejara de parlotear.

—No te preocupes por eso, a todos nos ha pasado alguna vez.

—Entonces, ¿no estoy despedida? —Cristina rio ante mis palabras.

—Claro que no —respondió—. Si tuviéramos que despedir a todos los que han enfermado alguna vez, no quedaría nadie en la oficina. —Respiré un poco más tranquila—. Te he dejado unos documentos en tu mesa, intenta que estén para dentro de un par de horas. —Asentí.

—Claro, no hay problema. —Fue lo último que dije antes de darme la vuelta rumbo a mi mesa.

El resto de la semana fue más o menos igual. Alex me venía a buscar por las mañanas y me llevaba por la tarde, mientras que la bicicleta estaba cogiendo polvo bajo la escalera. Si la dejaba ahí mucho más tiempo, no tardarían en robármela. Aún me dolía un poco la cabeza y estornudaba de vez en cuando, pero no había ni punto de comparación con lo que había sido a principios de semana. Ya no parecía que tuviese que soportar el peso de un edificio encima de mí. Aun así, Alex seguía mirándome como si me fuese a romper de un momento a otro.

El viernes, ya no pude más.

—Alex —le dije en su despacho—. Ha pasado casi una semana. De verdad que estoy bien, deja de preocuparte.

—Lo sé, lo sé —dijo mientras se movía nervioso de un lado a otro de la habitación—. No es eso, es... no sé cómo decírtelo sin que te vayas corriendo.

—¿Has matado a alguien. Alex? —pregunté—. Mira que no soy buena guardando secretos—.

Él sonrió muy a su pesar.

—No, no es eso. Es... mis padres han decidido hacer una comida familiar este fin de semana. Mi madre está muy pesada y dice que no puede estar un mes más sin conocerte. Se siente ofendida porque todos te han visto menos ella. —Tragué con dificultad el nudo que se me estaba formando en la garganta—. No tienes porqué venir, ya le he dicho que es muy precipitado y que quizá ya tienes planes. —Respiré hondo antes de contestar.

—Está bien —accedí—. Iré. —Alex me miró perplejo.

—¿En serio? —Me encogí de hombros.

—Es tu familia, Alex. Claro que iré. —Me obligué a sonreír mientras decía esas palabras—. Tengo ganas de ir, es solo que, no sé si les caeré bien, ¿sabes?

—Es imposible que les caigas mal, pequeña. —Fruncí el ceño.

—Hasta hace poco te caía mal a ti. —Me crucé de brazos.

—Me obligué a que me cayeras mal, que es distinto. —No supe muy bien cómo tomarme eso—. Hablaremos de los detalles más tarde, pero estaría bien que llegáramos sobre las diez. —Asentí. Podría encontrar algo presentable esa noche, y si no, aún tenía algo de margen para salir corriendo y comprar algo.

Puedes hacerlo, Olivia.

No podía hacerlo. ¿Qué hacía yo en casa de los padres de Alex? Frustrada, me quité el tercer vestido que me probaba. No tenía nada decente que ponerme. ¿Qué iba a hacer? Las tiendas no abrían hasta dentro de un par de horas, si no encontraba nada, haría uso de mis ahorros y me iría a comprar algo decente.

Una hora después, me había probado prácticamente todo lo que tenía, pero no encontraba nada. De pronto, mi vista se centró en un vestido largo de tirantes que había en el suelo. Estaba un poco arrugado, pero no era nada que una plancha no pudiera arreglar. Me acordaba perfectamente de ese vestido. Era el que me había puesto el primer día que vi a Alex. Era largo y de color marrón. Quedaría muy bien con los zapatos que me había comprado hacía unas semanas. Me lo probé, alisando la suave tela con las manos. Me lo compré cuando iba de camino porque el que llevaba puesto se me quedó enganchado en la puerta del coche y al tirar de él, lo rompí. Algo muy propio de mí, debo añadir.

No podía visitar a Hope después de tanto tiempo y conocer a sus compañeros con un vestido roto, así que paré en la primera tienda que vi y me enamoré tan solo verlo en el escaparate. Me lo compré sin importar mucho el precio. Después de ese día, no había vuelto a verlo, hasta ahora. Tenía tanta ropa que lo más seguro era que se cayera en algún momento cuando removía las perchas. No había reparado en su ausencia hasta que lo vi tirado en el suelo.

Me quité el moño y me peiné con los dedos de las manos antes de ponerme el sombrero.

Perfecto.

Alex no tardó en llegar y cuando abrí la puerta, pasaron unos segundos antes de que pudiera reaccionar.

—Estás... —Carraspeó—. Estás muy guapa, pequeña. ¿Nos vamos? —Asentí.

—Sí, solo tengo que ir a por el bolso.

Una vez subida en el coche, cerré los ojos e intenté no pensar en nada más hasta que paramos delante de su casa. Era enorme, algo que no me extrañaba.

Sabía que a la familia de Alex nunca le había faltado el dinero, pero la casa era una maravilla. Tenía un jardín precioso y hasta una fuente. ¿Quién tenía una fuente en su propia casa? No pude evitar mordirme la uña del dedo meñique mientras esperábamos a que nos abrieran, una manía

que había dejado hacía mucho tiempo y que decidí retomar en ese preciso instante.

—Eh —me llamó Alex mientras me cogía de las manos—. Tranquila, les caerás bien. No tienes nada de lo que preocuparte. —Asentí sin estar muy convencida.

El estómago me dio un vuelco cuando la puerta se abrió y una mujer bajita me sonrió al otro lado.

—¡Habéis venido! —exclamó.

—Te dije que vendríamos, mamá —respondió Alex mientras la abrazaba—. ¿Qué esperabas? ¿Que no apareciéramos? —Su madre se encogió de hombros.

—No sería la primera vez, cariño. —Alex hizo una mueca y después se fijó en mí—. Tú debes de ser Olivia, ¿cierto? —Asentí—. Eres preciosa, dame un abrazo. —No pude hacer lo contrario, ya que no me dio tiempo de responder cuando me envolvió con sus brazos.

—Alex, no me dijiste que tenías una novia tan guapa. —No pude contener la risa.

—Mamá —la advirtió Alex.

—Bueno, tu amiga o lo que sea. Que modernos sois los jóvenes de hoy en día. Entrad, tu hermano y Sam han llegado justo antes que vosotros. —Tragué de nuevo intentando deshacer el nudo que se estaba formando en mi garganta.

Cuando los vi a todos en la cocina, me entraron unas ganas enormes de salir corriendo de allí lo más rápido que me respondieran las piernas. Alex me apretó la mano, dándose cuenta de mi nerviosismo.

—Eres perfecta, Olivia —susurró en mi oído—. No tienes nada de lo que preocuparte, te querrán tanto como yo.

No pude evitar mirarlo con los ojos muy abiertos mientras mi corazón se aceleraba por momentos.

Capítulo 31

Alex

Cuando la vi con ese vestido, no supe cómo reaccionar. Recordaba cada instante del primer día que la vi. Entró directa hacia Hope como si no hubiese nadie más allí y anunció que se quedaría unos días, trastocando todo mi mundo desde el preciso instante en que mis ojos se cruzaron con los suyos.

Ahora, tiempo después, me alegraba de que hubiese entrado en mi vida, aunque en ese momento no fuese consciente de ello.

Notaba su cuerpo en tensión desde que había entrado en casa de mis padres y, aunque había puesto mi mano en su espalda para que supiera que no iba a irme a ninguna parte, no pareció relajarse. Le cogí la mano y pude comprobar cómo, poco a poco, se iba relajando.

No medí mis palabras cuando le dije que la querrían igual que yo, pero no podía volver atrás. Simplemente hice como si no hubiera dicho nada y no volví a mencionarlo. Olivia parecía que a medida que pasaba el tiempo con mi familia se iba relajando, lo que me hizo suspirar un poco más tranquilo.

Cuando ella quería, podía ser un encanto, pero si se lo proponía, podría ser un incordio. Lo había vivido en mis propias carnes durante muchos meses, cuando nuestro único propósito parecía ser hacernos la vida imposible el uno al otro. Debo reconocer que en algunos momentos era divertido picarla, y estaba convencido de que a ella también se lo parecía.

Ahora podía hacer lo que siempre había querido hacer: acercarme a ella, pasar mis dedos por los suyos cuando quisiera o apartarle ese mechón rebelde que siempre impedía que pudiese ver con normalidad. Siempre la había necesitado, pero nunca me había permitido aceptarlo.

—Hola, señor Dune —dijo cuando vio a mi padre.

—Llámame Frank —le pidió—. ¿Estás a gusto en la oficina, Olivia? —Ella asintió.

—Por supuesto, señor Dun... —Carraspeó—. Digo, Frank. —Mi padre rio en voz baja.

—Ya nos ha contado nuestro hijo que os conocéis desde hace tiempo. —Asintió de nuevo—. Debe ser extraño trabajar en el mismo sitio. —Se encogió de hombros.

—Debo confesar que al principio me sorprendí, pero ahora nos hemos acostumbrado, ¿verdad? —Se giró hacia mi esperando mi ayuda.

—Claro —aseguré—. Nos entendemos muy bien. —Como no supe qué más decir, carraspeé. Tiré de Olivia y la llevé hacia la cocina—. ¿Podemos ayudar en algo? —Quizá si estábamos ocupados no seguirían bombardeándola con sus preguntas. Pero ya estaba casi todo preparado, así que no había mucho que hacer.

Mi madre nos dio un par de bandejas a cada uno, que llevamos con cuidado hacia la mesa. Poco después, nos sentamos cada uno en nuestro sitio, y aún no habíamos ni empezado a comer cuando mi madre decidió interrogarla.

—Alex nunca había traído una novia a casa —dijo mi madre. Claro que no había traído a nadie, para que no pasara eso exactamente. Mi madre era experta en interrogar a todo el mundo, podía hacer que cualquier persona sacara a relucir sus secretos mejor escondidos. Aún no sabía cómo lo hacía, pero en ocasiones, me aterrorizaba la facilidad con la que conseguía que le

confesara cualquier cosa.

Cuando éramos pequeños, nos tapábamos los ojos, convencidos de que si no hacíamos contacto visual con ella, no conseguiría sacarnos nada.

—Dudo mucho que Alex tuviese alguna novia antes, mamá —dijo mi hermano antes de que le diera una patada por debajo de la mesa—. ¡Oye! —se quejó—. ¡Que eso duele!

—Cariño, te lo has ganado —respondió Sam.

—No te pongas de su parte —refunfuñó mientras se tocaba la rodilla.

—No digas bobadas, Jack. —Mi madre movió la mano arriba y abajo—. Lo hemos visto con chicas antes. —¿Alguien me recuerda por qué acepté la invitación a comer? Porque ahora mismo preferiría estar en cualquier otra parte.

—Dudo mucho que esas chicas fueran novias, mamá —dijo Jack. Fui a patearle de nuevo, pero me advirtió—. Ni se te ocurra. —Notaba cómo Olivia estaba a mi lado aguantándose la risa.

—¿Qué fue lo primero que pensaste de él? —preguntó mi madre cambiando de tema—. Cuesta tener una buena primera impresión de mi hijo.

—Gracias, mamá.

—Cariño, es verdad —se defendió—. No es que seas la persona más amable del mundo. Te lo digo porque te quiero. —Daba gracias de que lo hiciera.

—Estoy segura de que no quieren saberlo —respondió Olivia haciendo que me riera.

—Vamos, pequeña —la animé—. No puede serían malo. —Cogió aire antes de responder — Pensé que era un idiota —dijo de carrerilla. Mi hermano casi escupe lo que estaba bebiendo y yo reí con más fuerza.

—Me cae bien esta chica —dijo Jack una vez se recompuso.

—Gracias, hermano. —Me volví hacia Olivia—. Así que un idiota, ¿eh? —No sé porqué me lo imaginaba. No fue nuestro mejor momento.

—Nada más entrar por la puerta me dijiste que me largara. —Ahí tenía razón, pero ella tampoco fue la amabilidad en persona.

—Eso no fue muy amable por tu parte, Alexander —me amonestó mi madre.

—Eso, Alexander —dijo Olivia disfrutando del momento—. Fue muy maleducado por tu parte.

—¿Y qué puedo hacer para que me perdones?

—Ya veremos —dijo con tono burlón—. No te preocupes, se me ocurrirá algo.

Al contrario de lo que había pensado en un principio, la comida no fue tan mala. Fue agradable estar todos juntos. Como ya había imaginado, mi madre le cogió cariño a Olivia desde el mismo instante en que entró por la puerta.

Cuando nos fuimos, mi madre se despidió de nosotros como si no fuéramos a volver nunca.

—Ha sido un placer conocerlos —dijo Olivia mientras la abrazaba.

—El placer ha sido nuestro, querida. —Después se giró hacia a mí—. Cuídala, Alex. Olivia es especial.

—Lo sé —respondí antes de darle la mano y sonreírle.

Una vez en el coche, le pregunté si quería que la llevara a su apartamento o si quería pasar un rato por el mío. No tardó mucho en contestar que estaría bien ver a Hope, pero que antes quería pasarse por su apartamento para comprobar que Kane estaba bien.

Desde que se había mudado a pocos minutos de distancia, las dos amigas no podían estar demasiado tiempo sin verse. Así que era de esperar que nada más entrar por la puerta, mi amiga se la llevara a su habitación sin decir nada a nadie. No volví a verla hasta pasadas unas horas. Cuando se iban a su habitación sabía que iba para largo, así que no me molestaba en preguntarles.

Ya bajarían de nuevo cuando se cansaran.

Desde hacía unos días que se respiraba un ambiente diferente. No es que me pareciera malo, simplemente era extraño. Nunca había imaginado que pudiéramos estar todos hablando tranquilamente sin una voz más alta que la otra.

—Se me hace raro teneros a los dos bajo el mismo techo y no pensar en que tengo que esconder todos los objetos afilados —dijo Hope mientras bajaba las escaleras.

—No cantes victoria tan rápido, amor —dije ganándome un codazo por parte de Olivia—. ¿Qué? Aún no hemos tenido nuestra primera pelea de pareja. Quizá sea aquí. Quién sabe. —Fue a decir algo, pero entonces sonó el timbre.

No sé porqué cada vez que escuchaba el timbre y no esperábamos a nadie un escalofrío me recorría todo el cuerpo. Miré a David, intentando averiguar si había invitado a alguien a mis espaldas, pero parecía tan perplejo como todos nosotros.

—¿Esperáis a alguien? —preguntó Olivia. Negué con la cabeza.

—La única que viene sin avisar eres tú y ya estás aquí. Se me han agotado las ideas. —Fue a decir algo, pero el timbre sonó de nuevo.

—Ya voy yo —se ofreció Hope—. Seguro que es alguien que se ha equivocado, no creo que... —Pero se quedó callada cuando abrió. Al ver que no reaccionaba decidí levantarme para ver quién era, pero no hizo falta—. ¿Papá? —preguntó perpleja—. ¿Qué estás...?

—Hola, hija —respondió él con una sonrisa—. Tenía unos días libres y decidí venir a visitarte, siempre eres tú la que viene.

—¿Qué pasa? ¿En tu ciudad está mal visto avisar cuando alguien va a casa de otro o qué? —Era increíble. Hope también tenía la costumbre de ir al apartamento de Olivia sin avisar. Lo sabía porque lo había hecho en más de una ocasión. Fui a decir algo más, pero Olivia me dio un codazo obligándome a callarme—. Oh, vamos, ¿en serio?

—No irás a decirle que se vaya, ¿verdad? —Me lo había planteado por unos instantes—. ¡Alex! ¡Es el padre de Hope!

—El mismo padre que pasó de ella durante años, Olivia —le recordé—. Tú lo sabes mejor que yo.

—Está intentando cambiar. ¿Porqué no puedes darle una oportunidad?

—Porque tú no estabas aquí cuando decidió llamarla y colgar después. —Un carraspeo nos obligó a darnos la vuelta.

—Olivia, es un placer volver a verte. —Ella sonrió y se acercó a él.

—Lo mismo digo, Tom. ¿Cómo ha ido el viaje? —El hombre sonrió.

—Pensé que sería mucho más duro —confesó—, pero no ha sido para tanto. —Después se giró hacia mí y me tendió la mano—. Alex, ¿cómo estás? —Se la estreché sin muchas ganas.

—Estupendamente. —Al lado vi cómo Olivia me fulminaba con la mirada—. ¿Quiere tomar algo? —El hombre asintió.

—Un vaso de agua estaría genial, gracias. —Hope lo cogió de la mano y lo guio por el piso.

—Yo te traigo el agua, papá. Brad está allí, estoy segura de que se alegrará de verte. ¿Cómo se te ocurre venir sin avisar? Podríamos haber ido nosotros a buscarte, sabes que no nos hubiera importado... —No tardé en dejar de escuchar lo que decían.

No era un secreto que no me caía bien ese hombre. Hope era una persona que creía en el perdón y en las segundas oportunidades, igual que Olivia. A mí me costaba mucho más. Incluso en más de una ocasión pensé que yo no merecía una segunda oportunidad con Olivia después de cómo la traté. Menos mal que ella era la más sensata de los dos.

—No seas así —dijo Olivia a mi lado—. Sé que cuesta, créeme. Pero Tom está intentando ser mejor persona y mejor padre para Hope. Ella lo necesita, y mejor tarde que nunca, ¿no crees, Alex? —Me encogí de hombros—. Inténtalo.

Que lo intentara no quería decir que lo consiguiera.

Al final Hope decidió que su padre podía quedarse a dormir en su habitación y ella dormiría en la de Brad. Mi opinión no tenía ni voz ni voto, así que decidí no abrir la boca y simplemente asentí. Olivia decidió quedarse también, algo que agradecí.

Por muchas vueltas que diera en la cama, no conseguía dormirme, así que me levanté en mitad de la noche intentando que Olivia no se despertara. Bajé las escaleras con cuidado, no quería despertar a toda la casa, pero al parecer, no era el único al que le costaba dormir.

—He venido a por un vaso de agua —dijo el padre de Hope cuando me vio. Me limité a asentir—. Sé que no te caigo bien, Alex. No pretendo cambiar eso.

—Hiciste daño a Hope durante muchos años. Puede que ella consiguiera olvidarlo y empezar de cero, pero yo no puedo, lo siento. Vi el daño que le hacías y no puedo olvidarlo tan fácilmente como ella quisiera. Puedes quedarte el tiempo que quieras, pero eso no quiere decir que me guste.

—Lamento haber lastimado a mi hija durante tanto tiempo y no haberme dado cuenta antes de lo miserable que era su vida conmigo. Lamento no haber estado con ella y haber sido un padre horrible. Es algo que nunca me perdonaré y que estoy intentando remediar con cada día que pasa. Alicia lo era todo para mí, Alex. Sé que eso no justifica mis actos con Hope, para nada, pero quiero que entiendas lo que es querer a una persona con todo tu corazón y perderla. Cuando la madre de Hope murió, una parte de mí murió con ella. Mis ganas de vivir se esfumaron, no podía ser un padre para ella, no el que necesitaba. ¿Sabes que me planteé dejarla con sus abuelos? —Escuchaba atentamente todas sus palabras, y no pude evitar sorprenderme ante tal confesión—. Luego pensé que Alicia, estuviera donde estuviera, me odiaría. Aunque sé que durante muchos años me habría odiado por cómo me comporté con nuestra hija, ahora sonreiría si nos viera así. Con esto no quiero justificarme. Sé que lo hice mal, y lo siento. Solo pido que comprendas que por muy mal que hiciera las cosas en el pasado, quiero a mi hija, Alex. Quiero a Hope con todo mi corazón, aunque no lo parezca. Cuando supe que estaba en el hospital, fue como si me quitaran la venda de los ojos. ¿Cómo había permitido que ocurriera? Pensé que había jodido la vida de mi hija para siempre. Cuando se fue, recé para que nunca volviera, quería que fuese feliz. Entonces busqué ayuda, y me dije que, si un día conseguía que volviera a mi lado por voluntad propia, sería un mejor padre para ella, y es lo que estoy intentando desde entonces.

Respiré hondo cuando terminó de hablar y pensé que quizá lo había juzgado mal. Seguía sin olvidar lo que le había hecho a Hope. Pero si ella había conseguido perdonarlo, podría hacer un esfuerzo e intentar empezar de cero con él.

—No digo que lo olvide de un día para otro —le dije—, pero puedo intentarlo.

Capítulo 32

Olivia

Ver al padre de Hope de esa forma me seguía impresionando. Recordaba a Tom como un hombre oscuro y debo reconocer que en el pasado me daba algo de miedo. Siempre en su casa, sin salir, y con un olor a alcohol que era imposible que pasara desapercibido. Hope nunca quería hablar de él y entendía el porqué. Nunca se había preocupado por ella y era algo que le dolía. Sabía que no soportaba ver a las demás niñas con sus padres porque eso le recordaba que ella nunca tendría algo así con el suyo.

Por lo visto, se equivocaba.

Ya no era el que hombre que se bebía una botella tras otra ni el hombre al que parecía no importarle su hija. Ahora era una persona totalmente diferente, hasta mis padres lo decían. Había vuelto a ser el que era. Un hombre alegre, que intentaba dar lo mejor de él.

También había cambiado algo en Alex, ya que podía ver que entre ellos había algo que el día anterior no había. No quise meterme demasiado, pero cuando le pregunté, me dijo que habían estado hablando y que intentaría verlo todo desde un punto de vista diferente. Me costó creerlo, ya que Alex era una persona de ideas fijas. Pero me alegraba que quisiera darle una oportunidad. Todos lo estábamos haciendo.

Los dejé el domingo a media mañana para poder ir a mi apartamento y hacer algunas cosas para el día siguiente, como prepara la ropa y, por qué no, hacer alguna que otra lavadora. Desde que estaba sola no había puesto ninguna y estaba quedándome sin calcetines limpios.

Además, había dejado a Kane solo y, aunque me había pasado la noche anterior para dejarle algo de comida y agua, no quería dejarlo tanto tiempo solo. Y si pensaba que lo había abandonado a su suerte? No, ni hablar. Además, no quería que tuviese oportunidad de ponerse de nuevo en mi lado del sofá.

Cada día parecía correr un nuevo rumor por la oficina. Y ese lunes no fue diferente. No entendía cómo les podía gustar tanto cotillear. Pero yo intentaba no opinar sobre ninguno. Sobre todo si tenía que ver conmigo. No era de la única que hablaban, siempre había alguien del que comentar algo, ya fuese sobre un fin de semana o sobre con quien iba.

Tenía claro que el cotilleo más jugoso que había hasta el momento éramos Alex y yo. Todos habían visto algo que nosotros desconocíamos, ya que además de llegar juntos algunos días e irnos a comer, no hacíamos nada fuera de lo normal. Cuando iba a su despacho dejaba la puerta medio abierta, algo que a Alex le ponía de los nervios, pero quería que, si pasaban por allí, vieran que no estábamos haciendo nada más que hablar de trabajo.

Había estado toda la mañana sentada y necesitaba con urgencia levantarme, así que recogí un poco y fingí que iba a buscar algo, quizá podía ir a por un café. No llegué muy lejos, porque antes de llegar a la máquina, escuché unas voces, y me paré en seco. Estaba junto a la pared, así que esperaba que no me vieran.

—¿Hay algo entre esa ayudante y tú, Alex? —Puse los ojos en blanco la notar el tono con el que habló. No reconocí su voz, y tampoco quería saber quién era. La verdad, me daba absolutamente igual.

—Nosotros no somos nada —dijo tajante Alex, con un tono de voz que nunca había escuchado. —Si me disculpáis. —No quería que él me viera, y dudaba mucho de que quedándome allí parada pasara desapercibida, así que me metí en el primer despacho que vi, que resultó ser la sala de conferencias de ese piso. Suspiré aliviada, daba gracias que no me había metido en otra parte.

Parpadeé evitando que las lágrimas corrieran por mis mejillas. Sabía que había sido yo la que le pidió que ocultáramos lo nuestro en la oficina, precisamente para evitar lo que estaba pasando. Pero ese tono frío al hablar me hizo preguntarme si lo nuestro le importaba.

No pude quitarme esa conversación de la cabeza. Ni siquiera horas después, cuando ya estaba de vuelta en mi escritorio podía olvidarla. Las palabras no paraban de dar vueltas en mi cabeza, repitiendo una y otra vez la frase: nosotros no somos nada. ¿Y si tenía razón? ¿Y si lo nuestro no iba a ninguna parte?

Le dije que no cuando me dijo de ir a comer, y volví a decirle que no cuando se ofreció a llevarme a casa. No había llevado la bicicleta, pero podría volver en transporte público, aunque tardara una eternidad en llegar.

Al terminar mi jornada, recogí y me fui lo más rápido que pude. Alex ya no estaba en mi campo de visión, pero eso no quería decir que no estuviera en el edificio.

Salí hacia la calle lo más deprisa que me funcionaban las piernas, pero al parecer no fui lo suficientemente rápida. Escuché que alguien me llamaba, pero me hice la despistada, aunque la voz parecía no darse por vencida. Cuando me giré, vi cómo Alex corría hacia donde me encontraba.

—Olivia, vamos ¿qué te pasa? —me preguntó Alex cuando me interceptó—. Has estado muy rara todo el día, ¿te encuentras bien? —Intenté no hacer contacto visual con él.

—Dijiste que no éramos nada —dije entre susurros. A Alex le costó pillar de qué estaba hablando.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —preguntó.

—Esta mañana, en la máquina de café —expliqué—. Escuché cuando aquella chica te preguntó si tenías algo conmigo.

—Estás de broma, ¿verdad? —Estaba notando cómo se enfadaba. —. No puedes estar hablándome en serio.

—¿Y qué pasa si lo digo en serio? —le reté.

—Vamos, Olivia. ¿Te recuerdo que fuiste tú la que sugeriste ocultarlo a todo el mundo? Además, ¿qué querías que hiciera? Me obligaste a prometerte que no diría nada. Ahora digo que no estamos juntos y te enfadas igual. De verdad que no lo entiendo.

—No fue lo que dijiste —confesé—. Fue el cómo. Parecía como si de verdad lo creyeras.

—Olivia, no veas cosas donde no las hay. Mira, no quiero discutir. Si quieres irte a casa sola, adelante. Nos vemos mañana.

Se dio la vuelta y lo vi marcharse calle abajo.

Al día siguiente el rumor parecía haberse extendido como la pólvora y era más fuerte que nunca. De momento no había escuchado nada en especial, pero sí que notaba como muchos me miraban. Otros apartaban la mirada y se reían por lo bajo. ¿Qué me había perdido? La oficina parecía un instituto en lugar de un lugar de trabajo.

Estaba en mi sitio cuando me empezaron a llegar algunas conversaciones.

—¿Quién se cree que es para decir esas cosas? —decía alguien.

—No lo sé, quizá aspira a algo más en el bufete.

Claro, pretendía hacerme dueña de la empresa.

—¿Cómo va a aspirar a algo más una simple ayudante? —Ahora ya no me cabía la menor duda de que estaban hablando de mí—. La escuché decir el otro día que estaba saliendo con él. —Vaya mentira más grande, ¿a quién se lo iba a decir? ¿A mi reflejo? No hablaba con nadie allí.

—No sé qué pretende, además —reconocía esa voz. Era la chica que interrogó Alex junto a la máquina de café—. Él no ha dejado de desmentirlo, y me dijo. —Bajó un poco más la voz, pero estaba tan cerca que la escuchaba igual—. Que nunca tendría nada con una ayudante.

—Se acabó. —Escuché cómo gritaba Alex. Me sorprendió tanto que mi rodilla impactó contra la mesa—. Escuchadme todos. —Cada vez lo escuchaba más cerca—. No quiero escuchar más tonterías. Sí, Olivia y yo tenemos una relación y si no hemos dicho nada, es por qué a ninguno de vosotros os importa lo más mínimo. Se escuchan cosas que ni ella ni yo hemos dicho y he llegado a mi límite. Por si queréis saberlo, nos conocemos desde hace mucho tiempo y ninguno de los dos sabía que el otro trabajaba aquí. Sí, es mi novia y no, no recibe ningún trato especial por parte de nadie. La próxima vez que escuche un solo comentario dirigido hacia ella o sobre mí, vendrá directamente a mi despacho a decírmelo a la cara. Espero haber sido lo suficientemente claro, porque no pienso volver a repetirlo. ¿Queda claro? —Nadie se atrevió a contestar a eso—. Ahora, a trabajar.

No me levanté de mi mesa en todo el día. No quería cruzarme con nadie.

Una parte de mí estaba enfadada con Alex por decir todo aquello sin consultarme, pero a la otra le gustaba el modo en que nos había defendido a mí y a nuestra relación.

Aún estaba intentando averiguar cuál tenía más peso de las dos.

Había dicho que era su novia y, aunque los demás sí que se habían dirigido a mí de esa forma cuando estábamos juntos, aún no lo había escuchado de boca. Hasta ahora.

Antes de irme, entré a su despacho, pero esta vez sí cerré la puerta.

—Hola —dijo sin levantar la vista—. ¿Qué pasa? —Que ni me mirara me cabreó.

—¿Cómo que qué pasa? —Me crucé de brazos—. ¿Qué ha sido eso de antes, Alex? ¿Te has vuelto loco?

—Mira, Olivia. Aclárate ¿de acuerdo? Primero me dices que no quieres que nadie se entere de lo nuestro y te enfadas porque cuando me lo preguntaron dije justo lo que tú querías que dijera. Ahora les digo a todos que sí que estamos juntos y tampoco te gusta. ¿Qué tendría que haber dicho, Olivia? ¿Dejar que todos dijeran esas cosas sobre ti? Porque es lo que estaba ocurriendo. —No dije nada—. No me lo puedo creer, ¿de verdad te vas a volver a enfadar por esto? ¿Me estás tomando el pelo? —Se levantó y cogió su chaqueta—. Será mejor que me vaya. —Antes de abrir la puerta se giró de nuevo—. Quizá todo esto fue un error desde el principio.

Dicho esto, se fue, dejándome allí aun procesando sus últimas palabras.

Cuando llegué al día siguiente, esperaba encontrarlo en su despacho, pero cuando fui, no encontré a nadie. Tampoco a media mañana. Le envié algunos mensajes, pero no recibí ninguna respuesta. Estaba empezando a ponerme en lo peor cuando Jack se acercó a mí mesa.

—Ha venido temprano esta mañana y se ha llevado sus cosas —me dijo adivinando a quien estaba buscando—. Nos explicó que trabajaría en su apartamento durante el resto de la semana. —Asentí intentando parecer tranquila—. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero estaba bastante afectado.

Alex se equivocó en algo. Al final, había sido yo la que la había cagado.

Capítulo 33

Alex

Intentaba entender a Olivia, de verdad que lo hacía. Pero había algunas veces que era imposible y estaba a punto de llegar a mi límite. Cuando entré a la oficina y empecé a escuchar todo lo que decían, me cabreé, y mucho. No podía permitir que dijeran esas cosas de ella y más cuando eran mentira. No quería volver a la oficina hasta que no viera las cosas de otra manera. No soportaba que hablaran de Olivia a sus espaldas, y sobre todo, que dijeran esas cosas tan horribles de ella. Olivia podía quedarse callada mientras lo escuchaba, porque estaba seguro de que lo estaba escuchando todo, pero yo no iba a quedarme de brazos cruzados. Tenía la puerta del despacho abierta y lo había escuchado, era imposible que ella no lo hiciera. Estaba mucho más cerca que yo.

Igualmente, no sirvió de nada, porque se enfadó igual.

No entendía qué le pasaba. Me dijo que no quería que nadie se entrara de nuestra relación, pero tampoco quería que dijera que no estábamos juntos.

Entonces, ¿qué quería que dijera cuando me preguntaran? ¿Que les hablara del tiempo?

Esa noche no hablé con mis amigos cuando llegué como hacía normalmente. En cuanto entré por la puerta me fui directamente a mi habitación y me quedé allí hasta que salí a buscar las cosas a la oficina al día siguiente. No tenía ganas de ver a nadie, así que trabajaría el resto de la semana en casa, alejado de todo el mundo.

Era lo mejor.

Jack me preguntó qué me pasaba, pero estaba seguro de que lo sabía perfectamente. Cogí el ordenador y algunas carpetas y me fui. No volvería hasta que la situación mejorara y, si era necesario, buscaría otro trabajo.

—Alex —me llamó Jack antes de que me fuera—. Espera.

—¿Qué pasa? —dije llamando al ascensor.

—Escuché lo que pasó ayer. —Hice una mueca, claro que lo sabía—. Y papá también. Quiero que sepas que ninguno de los dos te juzga, ¿vale? Quizá no fueron las formas, pero Cristina nos puso al tanto de todo. Tendrías que habernos dicho algo antes.

—Me dan igual los cotilleos, Jack—dije cuando el ascensor llegó—. Pero no voy a consentir que ataquen a mi... a Olivia. —Vacilé y mi hermano lo notó.

—Tómatelo con calma, ¿de acuerdo? —Asentí antes de desaparecer de allí.

De camino al apartamento, pasé por el trabajo de Hope a ver si ella conseguía que viera el mundo de otra forma esa mañana.

Me senté en un taburete junto a la barra y la llamé.

—Amor, ¿hoy no me pones un café y una pasta? —Ladeó la cabeza mientras se acercaba.

—¿Tú no tendrías que estar trabajando? —Me encogí de hombros.

—Trabajaré desde casa unos días —expliqué—. No hago tanta falta en la oficina.

—Ya. —Algo me decía que no se lo tragaba del todo—. Ahora vuelvo.

No llevaba ni cinco minutos allí cuando me llamaron por teléfono. Me lo saqué del bolsillo y me quedé parado cuando vi quien era. Lo dejé sonar hasta que se apagó, y cuando Olivia volvió a

llamarme dos segundos después, lo dejé encima de la barra, mientras observaba su foto hasta que desapareció.

—Alex, ¿qué pasa? —preguntó preocupada—. No es normal en ti trabajar a casa, nunca te ha gustado.

—Lo sé —dije mientras me pasaba las manos por la cara—. Es que no soporto estar allí estos días, estar con...

—Con Olivia, ¿verdad? —Asentí— ¿Qué ha pasado? —Se lo resumí un poco y frunció el ceño—. No es algo propio de Olivia.

—Pues te prometo que no me estoy inventando nada. —Bebí un sorbo de café—. Ya no sé qué hacer, amor. De verdad que no. Es tu amiga, dime algo. —Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, Alex. —Un cliente la llamó y me sonrió—. Ahora vuelvo, ¿vale? No te muevas.

—Si vuelves con otra pasta de estas, no te diré que no. —Me metí otro trozo en la boca, saboreándola como si fuese la última. Estaba terminando cuando Brad apareció en mi campo de visión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó antes de sentarse a mi lado—. ¿Tu padre te ha despedido?

—Muy gracioso. No, trabajaré unos días desde casa.

—Pero si odias trabajar desde casa. —Al parecer, me conocían mejor de lo que imaginaba.

—Vale, la versión extendida es que no quiero ni ir a la oficina ni ver a nadie, y mucho menos a Oliva. ¿Mejor?

—Ahora tiene más sentido, sí. —Asintió—. Pensaba que estabas bien con Olivia.

—Y yo también lo pensaba —le expliqué lo que había pasado y suspiré—. Ya no sé qué es lo que quiere de mí —admití—. Es como si buscara cualquier excusa para enfadarse conmigo.

—Habla con ella —me aconsejó mi amigo—. No te quedes con la duda.

Y eso haría, pero debía encontrar el momento.

Durante el camino, no dejé de darle vueltas a lo que había pasado el día anterior. Rememorando cada segundo, buscando algo que me dijera el motivo por el cual Olivia estaba tan enfadada conmigo. Simplemente la defendí viendo que ella no lo haría. ¿Me debería haber quedado sentado? Algo me decía que se habría enfadado igual.

Llegué al apartamento arrastrando los pies y aún no había entrado cuando David me miró como si me hubiesen salido dos cabezas más.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Estás enfermo? —Negué con la cabeza.

—Trabajaré desde casa unos días —dije mientras cerraba la puerta.

—Pero si odias trabajar desde casa.

—Vale, no quiero volver a ver a Olivia durante unos días. Es infantil e inmaduro así que he decidido trabajar unos días aquí. ¿Contento? —David asintió.

—Eso tiene más sentido —admitió—. Llego tarde a trabajar, pero después hablamos, ¿de acuerdo?

—Claro. —Dejé las cosas a un lado y me senté en el sofá.

—Intenta arreglarlo, Alex. Antes de que te arrepientas.

Lo que no sabía, era que ya me había arrepentido.

Seguro que nadie se sorprende si digo que no hice nada productivo en todo el día. Me levanté, me tomé más cafés de los que tendría que haberme tomado, y me volvía a sentar pensando en Olivia y en lo que debía hacer. Necesitaba hablar con ella, aclarar las cosas, pero aún estaba demasiado confundido como para hacerlo. No quería decir lo que no debía.

Había estado todo el día ignorando las llamadas de todo el mundo. No quería hablar con nadie, solo ahogarme en mi propia miseria durante unas horas.

Y quizá, hacer algo productivo.

No me sorprendí cuando vi a Hope entrar junto a Olivia esa misma tarde. En ese momento no podía lidiar con ninguna de las dos, así que cogí mis cosas y me fui directo a mi habitación.

—Alex, espera —me llamo Olivia una vez arriba—. Por favor, habla conmigo.

—¿Qué quieres que te diga, Olivia? ¿Que no te entiendo? ¿Que ya no sé qué más hacer? Explícamelo porque de verdad que no sé qué hago mal.

—No haces nada mal, solo... no lo sé.

—Quizá lo nuestro no funciona, Olivia. —Me costó horrores decir esa frase.

—No digas eso. —Notaba cómo estaba al borde de las lágrimas—. Alex, por favor, escúchame. Escucharte decir eso el otro día, junto a la máquina de café...

—¿Otra vez vamos a volver al mismo tema? —pregunté.

—Déjame terminar, por favor. Escucharte decir esas palabras fue como volver atrás en el tiempo, ¿sabes? Volver al momento en que te escuché hablar con David.

—Joder, ya me disculpé por lo que hice. ¿Qué más quieres que haga? Si no puedes perdonarme por el error que cometí, no sé por qué me molesto en intentar demostrarte cada día lo que siento por ti.

—Sí que te perdoné, yo...

—No, Olivia. Intentas convencerte a ti misma de lo contrario, pero no confías en mí. Si lo hicieras, no habrías pensado mal cuando me escuchaste el otro día. Estás esperando el momento en que te aparte, como hice la otra vez. Y da igual las veces que te diga que lo siento, que fui un completo idiota por apartarte de mí y por echarte de esa forma. Pero he intentado compensarte por ello cada día. ¿De verdad has logrado olvidarlo del todo? —Su silencio fue la respuesta—. Ya lo imaginaba. Avísame cuando lo sepas, Olivia.

Me di la vuelta para que no viera cuanto me había afectado su silencio.

—Aún nos quedan muchos amaneceres, Alex. ¿Qué pasa con ellos?

—Quizá no estamos destinados a verlos juntos.

No salí de mi habitación en toda la noche. Tampoco bajé a cenar por temor a que Olivia siguiera allí. Nuestra conversación me había afectado mucho más de lo que imaginé en un principio. Ya no había vuelta atrás y eso era lo que más me aterrorizaba.

—¿Estás bien? —me preguntó Hope horas después mientras se asomaba.

No, claro que no estaba bien.

—¿Qué quieres, Hope? —Ella suspiró y entró con un plato en la mano.

—Te hemos dejado algo de cena. Somos buenos compañeros y hemos decidido que no queremos matarte de hambre.

—No tengo hambre, puedes llevártelo. —Era cierto, no podía comer nada.

Dejó el plato encima del escritorio y se sentó en la cama.

—Alex, nunca te había visto así, me tienes muy preocupada.

—No me pasa nada. —Le resté importancia—. Se me pasará en unos días.

—Sabes que eso no es cierto. Sé que no quieres escucharlo, pero Olivia...

—No la dejé seguir.

—Tienes razón, no quiero escucharlo.

—Está bien, te dejaré porque sé que cuando te pones así no hay quien hable contigo. —Se

levantó y recogió el plato—. Si tienes hambre, estará en la nevera, ¿vale? —Asentí. Me di la vuelta y esperé a que la puerta se cerrara de nuevo.

Trabajar en casa estaba empezando a ser asfixiante. Llevaba días sin ver el mundo exterior y ya no sabía qué hacer para pasar el rato. Y cada día que pasaba se me hacía más difícil no verla. Hope me había aconsejado que le diera algo de espacio y que esperara a que fuera ella la que me llamara. Pero ¿y si no lo hacía? Le había dicho que se aclarara y que me hiciera saber cuándo llegara a una conclusión. Pero tenía miedo de que esa conclusión fuera que quisiera alejarse de mí.

Si no sabía nada de Olivia en esta semana, quizá debería plantearme olvidarme de ella.

Capítulo 34

Olivia

Estar sin Alex en la oficina cada día se me hacía duro. No podía creermelo que no hubiera sido capaz de responderle a una simple pregunta. ¿En qué estaba pensando? No conseguía olvidarlo, como tampoco su gesto de dolor cuando no respondí.

Hacía tiempo que había olvidado lo ocurrido. Si no, no hubiera podido avanzar. Pero tenía razón en algo, y era en que temía que volviera a ocurrir lo mismo, y eso hacía que fuese con pies de plomo y lo cuestionara todo. Podría habérselo contado, confesarle mis miedos y que él me tranquilizara diciéndome que no pasaría de nuevo, algo que una parte de mí ya sabía. Pero había decidido callarme y estropearlo todo.

Ahora sabía el porqué de la situación que vivimos hace un año, y aunque seguía sin entenderla, intentaba comprenderla por él. Sabía que tenía miedo y eso podía entenderlo, también que temiera por la amistad de Hope, y por pensar que me iría si algo no salía bien. Pero eso solo lo frenaba y no podía seguir así siempre. Intenté ser valiente, arriesgarme, pero al final fue él quien lo hizo y yo le seguí. Le seguí porque deseaba hacerlo. Y, sin embargo, lo había fastidiado todo con un simple silencio, y ahora todo se había terminado.

Llevaba días sin saber de él y entendía su silencio. Me dijo que le avisara cuando tuviera una respuesta y estuve tentada a ir tras él en ese preciso instante y decirle todo lo que pensaba, pero me quedé ahí clavada, sin poder moverme. Aún no le había llamado porque temía que no me contestara.

—Eres idiota, Olivia —murmuré por lo bajo mientras grapaba unos papeles.

—No te machaques de esa forma —dijo alguien haciendo que me sobresaltara y casi me grapara un dedo—. Lo siento, no pretendía asustarte.

Jack estaba delante de mí, pero a diferencia de las otras veces, en esta ocasión no sonreía.

—Todo ha sido por mi culpa, Jack —admití—. Si solo...

—No vas a conseguir nada de esta forma, solo sentirte peor. En lugar de pensar en lo que has hecho y no puedes arreglar, piensa en lo que puedes hacer para solucionarlo.

Jack tenía razón, no podía lamentarme por algo que ya había pasado, tenía que buscar una solución lo antes posible y arreglarlo. No podíamos alargar más la situación, tenía que hacer algo pronto.

El sábado aún no había tenido el valor suficiente para llamarlo. Me despertaba con el teléfono en la mano, buscaba su número y antes de darle al botón de la llamada, me arrepentía. Gracias a eso me había aprendido su número de memoria. Ya no me hacía falta buscarlo en la agenda.

Estuve así unas horas más, hasta que comprendí que era la cosa más absurda que había hecho en toda mi vida. No iba a arreglar nada con una llamada, así que me vestí y salí a la calle con la intención de ir a su apartamento y arreglar las cosas. Temía que, si tardaba mucho, consiguiera olvidarme.

Por el camino me dije que habían pasado demasiados días, que tendría que haber llamado al día siguiente o ir a buscarlo sabiendo que estaba en su apartamento. Decidí ir dando un paseo y, aunque estaba algo lejos, me serviría para despejar la mente.

No había dormido prácticamente nada en toda la semana, y se notaba.

Había estado distraída en el trabajo y durante las horas de descanso casi me quedaba dormida porque todo el mundo se iba y yo me quedaba en mi escritorio con cualquier cosa que sacara de la máquina ese día. Algo que, a poder ser, intentaría evitar de ahora en adelante. Esa comida estaba realmente mala.

Llegué delante del edificio y me recordó a la primera vez que estuve allí. No pude subir inmediatamente y me quedé algunos minutos respirando profundamente y pensando en todo lo que iba a decir una vez dentro. Aprovechando que un inquilino salía, corrí antes de que la puerta se cerrara. No usé el ascensor, subí andando e intentando retrasar todo lo posible la conversación que tenía pendiente.

Más que asustada, estaba aterrorizada.

Llegué delante de la puerta y llamé antes de arrepentirme y salir corriendo de allí. No me sorprendió que Hope me abriera.

—Hola —dijo mi amiga—. Pasa, ¿quieres algo de desayunar? —Negué con la cabeza, no tenía nada de hambre.

—Tenemos tortitas para una semana —dijo Brad, y yo fruncí el ceño.

—Hope ha decidido hacer tortitas para todo el edificio —explicó David—. ¿Seguro que no quieres? —Negué con una sonrisa—. Están muy buenas.

—De verdad, ya he desayunado. —Cosa que no era verdad, pero puede que no se dieran cuenta de mi pequeña mentira—. He venido a hablar con Alex, ¿está aquí? —No me pasó desapercibida la mirada que se dirigieron David y Brad. ¿Me había perdido algo? Mis manos empezaron a temblar y las metí dentro de los bolsillos del pantalón.

Fuese lo que me fuese lo que mi iba a decir, quería saberlo ya.

Hope se acercó a ellos y después de decirles algo, se marcharon y nos dejaron solas en la cocina. Ahora sí estaba nerviosa.

—No sé cómo decirte esto, Oli. Pero ayer por la tarde vino una chica a buscarlo y... bueno, no lo hemos vuelto a ver desde entonces.

—¿Cómo? —pregunté en un hilo de voz. ¿Así de fácil? ¿Había conseguido olvidarlo todo en tan solo unos pocos días?

Increíble. Ya no sabía si estaba enfadada o triste.

—Quizá no sea nadie —se apresuró a decir Hope—. Ya lo conoces, tiene amigos en todas partes. —Me encogí de hombros.

—Ya. —Pero quizá si era alguien. Y alguien con quien había decidido pasar la noche y. por lo visto, la mañana.

—No tendría que haberte dicho nada —admitió Hope—. Olivia, ¿estás bien? —preguntó preocupada cuando advirtió que seguía en la misma posición que cuando había llegado.

No, no estaba bien. Claro que no lo estaba.

¿De verdad Alex había tardado tan poco tiempo en salir con otra persona?

Aunque también tengo que decir que nunca lo había visto con la misma chica más de unos días seguidos. Alex no salía con nadie hasta que llegué yo.

—Sí —dije aún sin moverme—. Estoy bien. —Tragué con fuerza antes de levantarme—. Tengo que irme, yo... ya nos veremos.

No escuché lo que me dijo antes de irme y tampoco cuando bajé las escaleras. Quería salir a la calle, que me diera el aire, sentía que me ahogaba. Abrí a toda prisa y cuando llegué abajo y el suave viento me rozó la cara, me permití llorar.

No fue hasta que empecé a andar de nuevo cuando me arrepentí de no haber cogido la bicicleta. Había un buen trozo hasta el bloque de pisos donde vivía.

Había salido con tanta prisa que simplemente cogí las llaves y me fui. No podía ir en transporte público porque no llevaba dinero encima. En ese momento me venía bien pensar en todo lo que quería decir, pero ahora, pensar era lo peor que podía hacer.

No quería pensar en la chica que se había ido con Alex. No quería saber quién era, ni ahora ni nunca. Pero una vez más, la suerte no estuvo de mi lado.

Me paré cuando me pareció verlo al otro lado del cristal, me giré esperando equivocarme, pero no, era él. Alex estaba con una chica sentado a una mesa de una cafetería, riendo. Yo había estado días hundiéndome en mi propia miseria y él estaba riéndose. Una parte de mí esperaba que la chica que lo había ido a buscar la noche anterior fuera Sam. Tendría sentido, pero ahora estaba convencida de que no había podido ser ella. No sé cuánto tiempo me quedé mirándolos, rezando para que Alex no se girara y me viera parada como una idiota.

Seguí andando cuando comprendí lo absurdo que parecía, pero antes de pasarme la puerta, me armé de valor y entré.

Me acerqué lentamente hacia donde estaban ellos sentados y me paré. Si Alex había sentido mi presencia lo supo disimular muy bien. No fue hasta que no carraspeé lo suficientemente fuerte como para que se enterara toda la cafetería que ambos se giraron. La chica sonrió cuando me vio, cosa que no entendí.

—Hola, Alex. —Intenté que no me temblara la voz al decir su nombre.

Capítulo 35

Alex

Esos días que pasé en el apartamento sin salir fueron los peores que recordaba hasta el momento. Ni trabajaba, ni me movía, ni hacía absolutamente nada. Mi hermano me llamó un par de veces, pero no le cogí ninguna de las llamadas.

¿Y si Olivia me llamaba cuando estaba hablando con él? No quise arriesgarme.

Pero cuando llegó el viernes por la tarde y no había ni rastro de ella, supe que no llamaría.

Todos me preguntaban cómo estaba cuando pasaban por mi lado, pero yo tenía la vista un punto fijo que me negaba a dejar de mirar. Hope había tratado en más de una ocasión sacarme del apartamento, para que me diera el aire, pero no quería salir. No quería hacer absolutamente nada. Solo dormir.

Cuando dormía no pensaba en Olivia.

—Se acabó. —Había escuchado decir a Hope antes de levantarse. No supe qué se traía entre manos hasta que minutos después tocaron a la puerta y el corazón me dio un vuelco. Quizá era ella.

Me giré para comprobarlo, pero cuando vi que quien entraba era una mujer rubia que conocía muy bien, la pequeña esperanza que aún tenía se evaporó.

—Alex —dijo Sam una vez estuvo a mi lado—. ¿Por qué no te vienes con nosotros unos días? Tu hermano está preocupado por ti y yo también. No puedes seguir así, te pondrás enfermo.

Pero no me moví. No fue hasta que Hope me tiró la chaqueta a la cabeza que reaccioné.

—Ya puedes estar saliendo por la puerta —me dijo. Miré a todos mis compañeros que tenían la misma cara que ella.

Por una vez, decidí hacer lo que me decían. Cogí la chaqueta y seguí a Sam hasta la puerta. Que fuera por voluntad propia no quería decir que estuviera de acuerdo. Estaba bien en mi apartamento y allí no hacía frío.

Me subí en el coche de mi cuñada y no hablé en todo el trayecto. Ella intentaba que hablara con ella, pero solo conseguía movimientos como respuesta.

Me encogía de hombros, asentía o negaba. Se cansó de intentar darme conversación a los pocos minutos. Llegué a su casa con la misma cara, esperando que mi hermano no me sometiera a un interrogatorio también.

Pero no tuve tanta suerte.

Sam nos dejó solos y Jack me dijo lo que no había dejado de escuchar en toda la semana. Que tenía que espabilar, salir y no quedarme anclado en un mismo sitio. Me encogí de hombros. ¿No tenía derecho a estar unos días así?

Había soportado a todo el mundo en alguna mala época de su vida, que me aguantaran ellos a mí ahora.

Estaba en todo mi derecho de sentirme como una mierda.

—Jack, en serio, no tengo ganas de hablar.

—Está bien, no hablaremos si no quieres —dijo mientras se encaminaba hacia la puerta—. Pero hoy no te vas a quedar encerrado.

No tuve elección, así que lo seguí.

Después de unos minutos andando por la calle en completo silencio, entramos en el primer bar que vimos. Mi hermano pidió dos cervezas y me puso una delante. Removí el botellín en la mano y después de mucho mirarlo, le pegué un trago. Una botella después estaba algo más animado.

—No puedes seguir así —me dijo—. Hope estaba muy preocupada cuando llamó a Sam. —Me encogí de hombros.

—No estoy pasando por mi mejor momento, Jack. —Este asintió sin dejar de mirarme.

—Lo sé. Pero eres mi hermano y no me gusta verte así. —Bebí un trago, deseando que se llevara todos mis problemas—. ¿Por qué no hablas con ella?

—Porque le dije que cuando tuviera una respuesta me llamara y aún no lo ha hecho —admití.

—No es que ella tenga mejor cara —explicó—. Va por la oficina como si no existiera nadie más, algo más despistada que de costumbre. —Sonreí de medio lado—. Tenéis que hablar.

—Yo ya le dije todo lo que tenía que decir. —Le había contado todo lo sucedido con Olivia en el pasado, aunque estaba seguro de que ya lo sabía, y también le resumí la última conversación que habíamos mantenido—. No quiero que esté conmigo pensando que un día puedo levantarme e irme de su vida.

—Lo entiendo, pero sabes que en algún momento tendrás que verla, ¿no? —Me encogí de hombros.

—Dejará el puesto cuando empiece las clases, puedo retomar el trabajo entonces. —Jack resopló—. Es la mejor amiga de Hope, ¿qué harás cuando vaya de visita?

—Estar en mi habitación o inventarme algún plan. No sé, Jack, aún no lo he pensado.

—No seas idiota —dijo mientras apartaba su botella vacía—. Sabes que no aguantarías mucho tiempo así. —Tenía razón.

Pero era la única solución que se me ocurría.

Habíamos salido del local horas después y sin duda estaba más animado que cuando había llegado.

—Hacia mucho que no hacíamos algo así —me dijo mi hermano una vez llegamos a su casa de nuevo—. Podríamos repetirlo de vez en cuando, ¿no crees? —Asentí.

—Tienes razón —accedí—. No ha sido tan malo como pensaba. —Mi hermano sonrió—. Gracias, Jack. De verdad. —Se acercó a mí y me abrazó, algo que no hacía muy a menudo.

—Eres mi hermano, Alex —dijo aún sin apartarse—. Me preocupo por ti. Siempre me vas a tener para lo que quieras. Así que espero que esto no vuelva a pasar en un futuro, pero si pasa, que la próxima vez no tenga que ir Sam a buscarte. —Reí mientras asentía.

Esa noche al fin pude dormir varias horas del tirón.

Aunque insistieron en que me quedara, decidí irme por la mañana. Por mucho que fuesen mi familia, no quería abusar de su hospitalidad. Ya me había quedado en varias ocasiones, pero nunca más de un día. Sam me dijo que podía volver cuando quisiera y mi hermano que recordara lo que habíamos hablado. Iba a ser complicado olvidarlo, no iba tan borracho. Era la noche en que menos había bebido.

Decliné la oferta de que me llevaran, quería despejarme. Aunque hubiese dormido más que en toda la semana, aún estaba algo adormilado. El aire fresco me despertaría. No vivían muy lejos de mi apartamento y, si me cansaba, siempre podía coger el transporte público. Estaba cerca de mi apartamento cuando una voz que reconocí al instante me llamó.

—Alex —dijo Elena, una compañera de mi antiguo trabajo—. ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo has estado?

—He tenido días mejores. ¿Cómo va todo? —Se encogió de hombros.

—No me puedo quejar —dijo entre risas—. ¿Quieres un café? Por los viejos tiempos. —Asentí. Un café era lo que necesitaba.

Estuvimos horas hablando sin darnos cuenta. Extrañaba hablar con ella, de todos los que había en la oficina, era la que parecía más sincera y simpática.

Pero durante unos instantes desconecté.

La vi incluso antes de que se parara. No se movía, lo que me hizo pensar que quizá me lo estaba imaginando todo. Podía ver a Olivia a través del cristal, observándome con los ojos muy abiertos. Intenté hacer como que no estaba.

Cuando me giré, ya había desaparecido, lo que me hizo plantearme si realmente me lo habría imaginado todo. Poco después escuché su voz, levanté la vista y ahí estaba. Parada delante de mí, con la nariz arrugada, observando a Elena. Podía notar cómo cerraba el puño dentro de los bolsillos.

¿Mi pequeña estaba celosa?

—Hola, Alex —dijo en tono seco—. ¿No nos presentas? —Vaya, sí que lo estaba.

—¿Por qué debería hacerlo? Aún estoy esperando que me llames.

—¿Seguro? —Alzó las cejas en dirección a Elena—. Algo me dice que has estado muy ocupado esta semana.

Hasta ahí habíamos llegado.

—No tienes ni idea de lo jodida que ha sido para mí esta última semana. —No quería dar el espectáculo, pero estaba empezando a cansarme.

—Bueno, Alex —dijo Elena mientras se levantaba—. Ha sido un placer encontrarme contigo esta mañana, quizá podemos volver a repetirlo de vez en cuando. ¿No te parece? —Asentí.

—Puedo pasarme algún día en el descanso. —Se acercó a mí y me abrazó.

—Nos vemos. —Después se giró—. Olivia, ¿verdad? —Ella frunció el ceño, pero asintió. Elena la abrazó y le dijo algo que no logré escuchar, pero que hizo que se relajara.

Cuando Elena se fue, me quedé mirando a Olivia, esperando a que dijera algo.

Cualquier cosa. Si seguía en silencio, me iría. Iba a levantarme cuando por fin habló.

—Lo siento —dijo mientras se sentaba en el lugar que había dejado Elena—. He sido una idiota todo este tiempo y he dejado que todos mis miedos se fueran haciendo más fuertes cada día que pasaba. No pienso lo peor de ti, Alex.

Claro que tengo miedo de que un día te levantes y pienses que no soy lo suficiente para ti. Pero no tiene nada que ver contigo, más bien es conmigo.

—Olivia. —Estiré la mano y cogí la suya—. Antes de pensar lo peor de cada uno, habla conmigo. —Ella asintió.

—No tendría que haberme quedado callada, tendría que haberte dicho lo que pensaba, pero... no pude. Sé que no tendría que haber esperado tanto en hablar contigo, pero tenía miedo de que no quisieras verme. Te hice daño, y lo siento de verdad.

Me acerqué aún más a ella y le aparté el pelo de la cara.

—Yo también te lo hice y me perdonaste, algo que aún no entiendo. —Me incliné y la besé, saboreando el momento. Sus labios sabían a sal. Me separé y junté mi frente con la suya mientras cerraba los ojos—. Aún nos quedan muchos amaneceres juntos, pequeña.

Capítulo 36

Olivia

Me desperté con Kane acurrucado en mis piernas y con Alex abrazándome por la espalda. Sonreí pensando en lo afortunada que era. Me arrepentía de haber tardado tantos días en hablar con él.

No había estado mejor que yo, y eso hacía que me sintiera peor.

Al volver a mi apartamento, habíamos hablado de todo un poco. De nuestro pasado, de nuestros miedos... también de cómo habían sido estos últimos días. Me sentí mucho más cerca de él, y de ese modo, pude conocerlo mejor.

Aprovechando que mis compañeros de piso aún no habían llegado, se quedó a pasar el fin de semana, algo que agradecí.

Alex se removió a mi lado y colocó la cabeza en el hueco de mi cuello, haciéndome cosquillas. Noté cómo se reía y sonreí.

—Buenos días, pequeña —dijo sin moverse. Sentía su aliento contra mi piel.

—Buenos días —contesté—. No quiero romper el momento, pero o nos damos prisa, o no llegamos al trabajo. Además, tienes que ir a tu apartamento a cambiarte.

—Ya lo sé. Pero estoy muy bien así. —Me besó en el cuello y me estremecí.

—Alex, lo digo en serio.

Con un gruñido, se destapó y se levantó de golpe. Lo seguí hasta la cocina y decidí preguntarle lo que llevaba horas rondándome la cabeza.

—Hope me dijo que una chica fue a buscarte el viernes por la tarde —le dije armándome de valor. No podía quedarme mucho más tiempo con la duda.

Alex se paró de golpe.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Cuando fui a buscarte, Hope me dijo que una mujer había ido a buscarte por la tarde y que ya no habían vuelto a saber nada de ti. —Alex maldijo en voz baja.

—Voy a matarla —murmuró—. ¿Cómo se le ocurre?

—Entonces, ¿es cierto? —Negó con la cabeza.

—Ella llamó a Sam y poco después vino a buscarme. Me quedé con ellos una noche y después me fui para casa. Como te dije, me encontré a Elena de camino. —Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿por qué me contó eso? —Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero podría haber salido muy mal. Sabía de sobra que era Sam la que vino a buscarme. Fue ella la que los llamó, además, sabe perfectamente quien es —Respiré algo más tranquila.

—Bueno, consiguió abrirme los ojos. Si te sirve de consuelo, pensé que era Sam hasta que te vi sentado en la cafetería.

—No, no me sirve de consuelo, pequeña. ¿De verdad piensas que podría estar con alguien más?

—Me lo habría merecido —dije antes de que Alex me abrazara.

—No vuelvas a decir eso, ¿me oyes? —Asentí—. Ahora ve a arreglarte, vuelvo en un rato a

por ti.

Antes de salir por la puerta, me besó, y varios minutos después aún sentía sus labios en los míos.

Las cosas cambiaron en la oficina esa semana. Ya me daba igual lo que pensarán de mí. No iba a dejar que una panda de aburridos decidiera cómo debía sentirme. Aunque seguían sin gustarme demasiado las muestras de cariño en público, no me apartaba cuando Alex me besaba antes de entrar en su despacho ni cuando me cogía de la mano para ir a comer. Eran esas pequeñas cosas las que hacían que me sintiera más segura. Nadie volvió a decir nada más de nosotros, lo que era de agradecer.

Ese fin de semana, Alex se presentó en mi apartamento diciendo que preparara una maleta porque nos íbamos. ¿Qué nos íbamos a dónde? No me lo quiso decir. Abrí mi bolso bajo la atenta mirada de Kane y metí lo primero que se cruzaba en mi camino. Estaba tan nerviosa que no podía pensar. Seguramente, más adelante me daría cuenta de que me había olvidado la mitad de las cosas, pero era algo que no podría evitar. Me iba a pasar de todas formas.

Nuestra idea principal era llevar a Kane al apartamento de Alex, ya que solo nos iríamos dos días. Pero el gato era más listo que nosotros y cuando se olió que íbamos a sacarlo, desapareció. Creo que aún recordaba su primera visita al veterinario y no tenía ganas de repetir la experiencia. Se nos hizo imposible encontrarlo, así que llamamos a Hope para preguntarle si podría venir un par de veces a ponerle agua y comida, además de mirar que todo estuviese en su sitio.

Estábamos ya en el coche cuando le pregunté de nuevo.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos? —inquirí sin dejar de mirar el paisaje.

—No —contestó entre risas—. No te voy a decir nada, y baja los pies de ahí, me vas a ensuciar el coche.

Por lo visto, algunas costumbres no cambiaban.

Intenté sin éxito saber adonde íbamos, pero como no conocía la zona, dejé de intentarlo. Tampoco es que Alex me respondiera a las preguntas que le hacía, así que, igualmente, no lo habría adivinado nunca.

Mis ojos se abrieron cuando distinguí una casa a lo lejos. Una que reconocí poco después. No es que hubiese estado allí nunca, pero la reconocí por las fotos que había visto en casa de Alex. Su madre me contó que era donde pasaban las vacaciones y si allí ya se veía preciosa, cuando la tenías delante era mucho más impresionante.

Paramos unos segundos y, con un mando, Alex abrió la verja para seguir nuestro camino.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté con un hilo de voz.

—Vamos a pasar el fin de semana.

—¿En serio? —pregunté. Alex asintió.

—Te escuché hablar con mi madre, sabía que tenías curiosidad, así que les llamé para preguntarles si les parecía bien que nos quedáramos unos días aquí.

Mi madre casi llora cuando le dije que te traía conmigo aquí. —No pude evitar reírme—. Les gustas mucho, a todos.

—A mí también me gusta tu familia, Alex. Es maravillosa. —Ahora fue su turno de sonreír—. ¿No tenéis miedo de que alguien os robe? —pregunté una vez se detuvo. Él negó con la cabeza.

—Saltaría la alarma y no tardaría en llegar la policía. De momento, nadie lo ha intentado. Vamos —dijo mientras abría la puerta—. Te enseñaré un poco esto.

Sacamos las cosas del coche y las dejamos en la entrada antes de que Alex me hiciera una visita guiada.

—Esta casa pertenece a mi familia desde hace generaciones —me dijo mientras me enseñaba los alrededores—. No solemos venir demasiado, pero me encanta estar aquí.

Lo entendía, a mí no me importaría nada quedarme para siempre.

Dimos un pequeño recorrido por la casa y me enseñó algunas habitaciones y las zonas comunes. Nunca había estado en una casa tan bonita, parecía antigua, pero no se veía descuidada.

Fuimos a buscar nuestras maletas, y cuando Alex me llevó hasta la que sería nuestra habitación, me quedé sin respiración. Era como dormir en un hotel de lujo. La cama ocupaba gran parte de la habitación y había una ventana desde la que se veía todo el jardín.

—¿Te gusta? —me preguntó mientras me abrazaba por la espalda—. Esta era mi habitación cuando era más pequeño.

—Me encanta —dije con una sonrisa—. Tiene unas vistas preciosas. Me podría quedar horas mirando.

—Quédate el tiempo que quieras. Voy a mirar si hay algo de comer, según mi madre, dejaron algunas cosas aquí hace unos días. Pero no sé si fiarme demasiado. —Sonreí—. Puedes deshacer la maleta si quieres, no hace falta que me esperes. Sé lo que odias tener toda la ropa ahí metida. —Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

—Pequeña, es lo primero que hacías cuando llegabas a nuestro apartamento sin avisar. —La verdad es que tenía razón. Me besó en el cuello y se alejó—. Ahora vuelvo.

Dejé toda la ropa encima de la cama para evitar que se arrugara. No había traído muchas cosas, así que terminé bastante rápido. Al ver que Alex no venía, deshice también su maleta y dejé su ropa al lado de la mía. Siguieron pasando los minutos y al ver que él seguía sin aparecer, decidí ir a buscarlo.

—Alex —lo llamé una vez llegué a la cocina—. Alex. —Lo llamé de nuevo, aunque no me hizo falta llamarlo una tercera vez.

Me quedé quieta delante del enorme ventanal, observando lo que había al otro lado. Alex estaba parado junto al árbol, mirándome con una sonrisa.

Había tendido un mantel en el suelo, y todo estaba lleno de comida, no había un solo rincón vacío. Me acerqué poco a poco, deseando que aquello no fuese ningún sueño.

—¿Lo has preparado todo tú? —pregunté. Él se encogió de hombros.

—Mi madre me ha ayudado un poco —admitió. Me puse de puntillas y lo besé—. Entonces, ¿te gusta?

—Me encanta —admití—. Me muero de hambre —dije viendo toda la comida—. ¿Empezamos?

Capítulo 37

Alex

Llevar a Olivia a la casa familiar fue la mejor idea que se me había ocurrido.

Vale que mi padre me dio el empujón que necesitaba, pero solo por ver lo feliz que fue cuando vio el picnic en el patio de atrás, valieron la pena las horas que había pasado entre fogones. Había preparado tanta comida que decidimos dejar lo que sobraba para cenar. Cuando había ido a casa el día anterior y le había preguntado a mi madre si podía ayudarme a sorprender a Olivia, casi llora. Si hubiese sido por ella, habríamos traído el doble de comida. Menos mal que pude pararla a tiempo.

Después del picnic. Olivia se pasó más de media hora al teléfono, explicándole a Hope cómo era la casa y lo que habíamos comido. Decidí dejarla hablando y me metí en la piscina. Hacía tanto tiempo que no venía que casi me había olvidado de ella. Recordaba con cariño todo lo que había vivido en ese lugar, cuando veníamos toda la familia a pasar el verano junto a los abuelos que vivían en la casa durante todo el año. Un sentimiento de nostalgia se instaló en mi pecho.

De niño me encantaba ir a casa de los abuelos. En verano estábamos en la piscina y en invierno junto a la chimenea. Todo estaba bastante frío cuando llegaba el invierno, así que no teníamos más remedio que reunimos delante del fuego. La casa era muy grande y costaba que se calentara. Por eso tenía chimeneas en cada habitación. Mi hermano y yo jugábamos imaginando que era un castillo encantado y que había un tesoro escondido, tesoro que nuestro padre se encargaba de esconder. Algunas veces era chocolate o algún dulce y otras una caja con juguetes.

Siempre había deseado ir algún día con mi propia familia y que mis hijos disfrutaran tanto como yo de pequeño.

Perdí la noción del tiempo mientras nadaba, de pronto noté unas manos rodeándome la cintura. Me giré, encontrando el rostro mojado de Olivia a escasos centímetros de mí.

—¿Ya has terminado de hablar con Hope? —Olivia asintió.

—Sí, Kane aún estaba escondido cuando llegaron esta tarde al apartamento. —Reí por lo bajo. Olivia se estremeció y la abracé—. ¿Cómo puedes estar aquí con el frío que hace? —Me encogí de hombros.

—No se está tan mal. —Olivia se abrazó mientras le castañeaban los dientes—. Eres una exagerada —dije entre risas—. Anda, vámonos antes de que te vuelvas de color azul.

La cogí de la mano y la guie hasta el borde. De un movimiento, la subí y después salí. Le puse la toalla en los hombros y arqueé las cejas.

—¿Estás en ropa interior? —Se encogió de hombros.

—No me dijiste que cogiese ningún bañador. —Estallé en carcajadas mientras entrábamos al interior de la casa.

Al día siguiente, pasamos el día tumbados al sol disfrutando los últimos momentos que nos quedaban allí. Olivia me confesó que lo había pasado muy bien y yo le prometí que volvería a traerla más adelante y quizá nos podríamos quedar un poco más, algo que le hizo mucha ilusión.

Le expliqué que algunas veces veníamos todos durante las fiestas navideñas y que podía venir

con nosotros algún día si no lo pasaba en casa. Sí que era verdad que prácticamente vivíamos con una manta puesta, pero valía la pena ver el paisaje y la decoración. Teníamos un árbol de Navidad gigante que colocábamos en un rincón decorado con bolas y guirnaldas. Era lo más divertido del año y a mi hermano y a mí nos encantaba adornarlo.

Pero aún quedaba demasiado lejos esa época del año como para pensarlo ahora.

Después de comer, recogimos y nos pusimos en marcha.

Nos pasamos el trayecto hablando y estábamos planeando nuestra siguiente escapada, cuando, de pronto, Olivia me pidió que parara tan repentinamente que, sin poder evitarlo, pisé el freno y el coche paró de golpe. Daba gracias que no había más coches, si no, no quería ni pensar cómo podría haber acabado.

La fulminé con la mirada y ella se disculpó mientras abría la puerta. Cuando me asomé no me lo podía creer.

Entró con tanta felicidad en esa librería de segunda mano que se me olvidó que me había cabreado con ella por el susto que me había dado tan solo unos minutos atrás. Fue entrar y perderla de vista.

—¿Cómo puede ser que compres tantos libros y no tardes toda una vida en leerlos? —pregunté cuando volví a encontrarla. Ella se encogió de hombros mientras pasaba las páginas del libro que tenía en sus manos—. Creo que nunca te he visto dos días seguidos con el mismo libro. ¿De verdad los terminas?

—Claro que los termino, ¿qué te crees? —Cada vez iba teniendo más libros en la mano.

—Luego te quejas de que tienes problemas de espacio —dije cuando vi que no tenía previsto dejar de mirar.

Poco después, desapareció de nuevo y yo aproveché para dar una vuelta y ver si también encontraba algo interesante. No era de los que acumulaban libros sin leer, así que no compraba demasiado, pero siempre me gustaba sumergirme en una buena historia.

No había vuelto a ver a Olivia desde que desapareció minutos atrás y estaba empezando a preguntarme si se le habría caído una montaña de libros encima.

Después de mirar un poco, no me sorprendió encontrarla subida a una escalera.

—¿Cuánto más piensas comprar? —Estaba tan concentrada mirando lo que tenía en las manos que estoy seguro de que ni me escuchó—. El otro día compraste un montón de vinilos en un mercadillo, ¿sabes ya dónde los vas a poner?

—Deja de ser tan pesado —me dijo mientras me tendía el libro que tenía en las manos—. Ya les encontraré sitio, no te preocupes.

—Pequeña, te recuerdo que nos esperan para cenar —le dije mientras ella bajaba—. Hope me ha preguntado ya tres veces si veníamos de camino.

—Sí, sí—dijo mientras cogía un montón de libros del suelo—. Cinco minutos más y nos vamos.

Obviamente, fueron más de cinco minutos.

Como Olivia decidió comprar media tienda, pasamos antes por su apartamento y, de paso, echamos un vistazo a Kane. El gato nos miró desde el sofá para después hacerse un ovillo de nuevo. Que bien vivían los animales.

Horas después, estábamos todos sentados frente al televisor con cajas de pizza. Olivia y Hope no pararon de hablar de la firma de discos que habría en pocas semanas.

—¿Por qué no te llevas al gato? —propuse mientras cogía otro trozo—. Seguro que le hace ilusión conocer a un animal que se llama igual que él. Mira mi hermano, está encantado de

llamarse igual que el perro. —Obviamente, era mentira.

—Venga, Alex —suplicó Olivia—. Acompañame.

—Está bien —accedí—, pero me debes una.

No sabía dónde me estaba metiendo.

Epílogo

No me podía creer que me hubiera dejado enredar de esa forma. Aún me estaba arrepintiéndome cuando Olivia me cogió de la mano.

—Ya casi estamos —dijo más para ella misma que para mí—. Solo un poco más. ¡Ya puedo verlos! Alex, ¿los ves? —Asentí por tercera vez consecutiva.

—Los veo, pequeña. También los veía hace media hora. ¿Puedes calmarte? —le pedí—. Van a pensar que eres una de esas fans chifladas, vendrán los de seguridad y habremos estado en la cola durante todo el día para nada. ¿Quieres eso? —Ella negó con la cabeza como una niña pequeña—. Pues respira e intenta no parecer una histérica, ¿vale?

—Está bien —accedió, aunque estaba convencido de que no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho—. ¡Es Kane! —dijo cuando estuvimos un poco más cerca—. ¡Qué guapo es! —exclamó.

—Me estoy sintiendo un hombre objeto, pequeña. —Olivia sonrió.

—Tu eres más guapo, cariño. —Hice una mueca.

—Claro, eso dices ahora, ya verás cuando estemos a dos pasos. —Olivia sonrió de nuevo y no pude evitar hacerlo yo también. Cuando fue nuestro turno, tuve que darle un pequeño empujón porque no reaccionaba

—Pequeña —la llamé, pero nada—. Olivia, es tu turno.

—Ah, sí claro. —Tragó con fuerza y se acercó al grupo—. Hola.

—Olivia, ¿verdad? —preguntó el cantante mientras la miraba. Ella le tendió el disco de vinilo que había comprado justo cuando salió a la venta y asintió—. Bonito nombre. —Se sonrojó hasta las orejas.

—A Olivia también le gusta mucho el tuyo —dije entre risas—. Es una historia muy divertida.

—Cállate, Alex —me advirtió Olivia—. O esta noche duermes en el sofá. —Kane sonrió mientras firmaba y después se lo pasó a sus compañeros.

—Me encantaría escucharla. —Pude notar cómo todas las chicas que había detrás de nosotros nos fulminaban con la mirada.

—Pues esto... estaba viendo la nueva serie en la que participas, me ha gustado mucho, por cierto —dijo de carrerilla—. Cuando una amiga trajo un gato abandonado y pues... eh... le llamé Kane. Es muy bonito, si quieres te enseño una foto. —El cantante estalló en carcajadas mientras a Olivia aún le temblaban las manos. Le enseñó la fotografía que le había sacado esa mañana, justo antes de irnos, al lado del vinilo. Miraba la cámara con sus ojos azules muy abiertos y seguramente preguntándose dónde narices nos íbamos.

—Sí que es bonito sí —admitió—. ¿Me la podrías pasar?

—Eh, sí claro. —Olivia tecleó a toda prisa y se la pasó por alguna red social que no llegué a ver—. Listo. —Kane sonrió.

—¿Quieres que nos hagamos una foto?

—¿En... en serio? —tartamudeó—. Tranquilo, no pasa nada si no... —Me acerqué a ella.

—No seas tonta. Hazte la foto —le dije al oído. Ella asintió.

—Tienes razón, sí. claro. —Hasta que no nos fuéramos, no lograría que dijera nada coherente.

—Déjame tu teléfono —pidió Kane mientras ella se colocaba. Abrió la cámara frontal y

disparó unas cuantas fotos—. Chicos —dijo mientras se giraba—. Sonreíd. —Los otros miembros se juntaron y Kane volvió a disparar unas cuantas fotografías más. Le tendió el móvil a Olivia y sonrió—. Ha sido un placer conocerte, Olivia.

—Lo, lo mismo digo. —Cogió su disco firmado por todos los componentes del grupo y sonrió.

—¿Has visto lo que acaba de pasar? —gritó cuando ya estábamos fuera—. ¡No me lo puedo creer! —Cómo era de esperar, continuó hablando de ello durante todo el camino.

—No me creo lo que ha pasado esta tarde —dijo aún en una nube—. ¡Me ha seguido! ¡A mí! ¿No es increíble? Ha visto mi perfil después de mandarle la foto y me ha seguido.

—Sí, pequeña —dije mientras la atraía hacia a mí—. Es absolutamente increíble. ¿Podemos cambiar de tema?

—He visto que han cambiado la puerta del piso que hay enfrente del nuestro—dijo Hope, en un intento de hablar de cualquier cosa que no incluyera la palabra Kane en una frase. Aleluya—. Ahora es azul. ¿Se habrá mudado alguien? Hace tiempo que no veo movimiento.

—El matrimonio que vivía allí se mudó hace unos meses, ahora vive una chica de nuestra edad, más o menos —explicó David—. ¿Dónde se ha metido esta niña? —preguntó refiriéndose a su hermana—. Hace casi diez minutos que ha dicho que estaba llegando. No me lo puedo creer.

—Conociéndola, se ha encontrado un animal por el camino. Sea lo que sea, no la dejes entrar antes de mirar en sus bolsillos —lo amenacé.

En ese instante llamaron al timbre y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me levanté del sofá para evitar que Paula entrara más animales en casa. No me fiaba ni un pelo de ella. Llegué en el mismo instante en que David abrió la puerta y los dos nos quedamos parados al ver quien había al otro lado.

—Me la he encontrado en el portal —explicó Paula señalando a la persona que había a su derecha. Era una chica alta, rubia y con una mirada de disculpa en el rostro.

—Paula, ¿qué te tenemos dicho? —Aunque realmente no le habíamos dicho nada sobre traer a gente que se encontraba en la calle. No creíamos que fuese necesario—. No queremos que traigas animales o a personas desconocidas. ¿Cómo tengo que decírtelo? —La chica en cuestión carraspeó.

—Hola, soy Violet —dijo con una sonrisa—. Me he mudado al piso de enfrente y bueno, no conozco a nadie por aquí. Quizá podríamos vernos algún día. De todos los que viven en el edificio, pienso que vosotros sois los que tenéis una edad parecida a la mía. —Se encogió de hombros.

—Yo soy David —se apresuró a decir mi amigo—. Él es Alex y dentro están nuestros compañeros, Hope y Brad. —Después me señaló a mí—. Y la novia de Alex, Olivia —explicó—. A Paula ya la conoces. Es mi hermana. íbamos a cenar, ¿quieres unirse a nosotros?

—Espero que estés de broma —le dije a mi amigo—. ¿Cómo sabemos que de verdad es nuestra vecina?

—Porque no es la primera vez que la veo entrar en su piso. Lleva aquí unos días, Alex. No pasa nada porque seamos amables durante unas horas.

—Está bien —acepté—, pero que no se te pegue la costumbre de tu hermana o tendrás que buscarte otro apartamento.

Violet entró junto a David y no pude evitar fruncir el ceño. ¿Qué había entre esos dos? De momento, no quería saberlo.

A la mañana siguiente me desperté con los primeros rayos de sol que entraban por la ventana y

sonreí junto a Olivia. Ella se removió a mi lado y la abracé sintiendo cómo ella me acariciaba el brazo.

—Está amaneciendo —dijo aún con voz de dormida—. Pensé que solo veríamos uno. —Le besé en el pelo y acerqué mi boca a su oído.

—No quiero solo un amanecer contigo pudiendo tenerlos todos, pequeña.

AGRADECIMIENTOS

La historia de Alex y Olivia no era un proyecto que tuviera en mente realizar, pero al terminar Solo hasta medianoche me di cuenta de que tenía que contar su historia. Este libro es especial por muchas razones y pensar que ha llegado a vuestras manos me hace mucha ilusión.

Empezaré por agradecer a mis padres y a mi familia, que siempre me están preguntando si estoy escribiendo algo nuevo.

También a Terciopelo por creer en esta historia y hacer realidad uno de mis sueños, como lo es verla publicada.

A mis amigos, en especial a Alba, por estar ahí desde el principio, leyendo una y otra vez todo lo que escribo y diciéndome todo lo que quería, o lo que no quería, oír. Por ayudarme, confiar en mis historias y animarme cada vez que una de ellas cae en sus manos.

A Anna por ayudarme cada vez que tengo una duda.

A mi hermana, por querer leerla aunque no le gusta leer.

A Miguel, por estar siempre a mi lado, por animarme cuando no veo salida y por creer siempre en lo que escribo.

Y sobre todo, a vosotros, a los que me leéis y le dais una oportunidad a mis historias.

Gracias de todo corazón.

© 2020, Laure Ever

Primera edición en este formato: julio de 2020

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marqués de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona actualidad@rpcaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-67-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.